

VICENTE PALLOTTI 1795-1850

Vida

Nació el 21 de abril de 1795 en Roma. Fue ordenado presbítero el 16 de mayo de 1818. Adquirió los grados de doctorado en filosofía y teología el 15 de julio del mismo año. Fundó la Sociedad del Apostolado Católico, una comunidad de sacerdotes y laicos, para el anuncio de la fe en el año 1835. Murió el 22 de enero de 1850. Fue declarado beato el 22 de enero de 1950 por el Papa Pío XII, y santo el 20 de enero de 1963 por el Papa Juan XXIII, durante la celebración del Concilio Vaticano II.

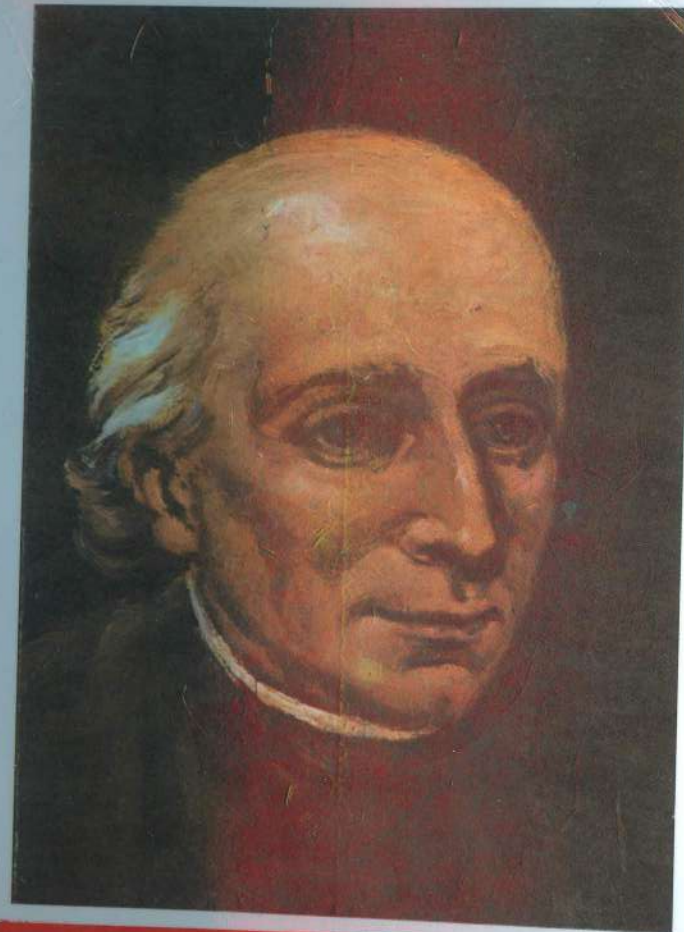
Figura

Ya en su tiempo Vicente Pallotti contaba entre las personalidades más conocidas y populares de Roma. Era considerado como un santo y le llamaban el "apóstol de Roma". El Papa Pío XI le nombró precursor del apostolado y gran amigo de las misiones. El Papa Juan XXIII calificó al santo de sacerdote distinguido y ejemplar.

Idea

Cada bautizado tiene que ser un apóstol. Esta idea era nueva en los tiempos de Pallotti. Para su realización fundó la obra del Apostolado Católico.

VICENTE PALLOTTI



DIOS,
EL AMOR INFINITO

VICENTE PALLOTTI

DIOS EL AMOR INFINITO

Editado por
Ansgar Faller SAC

PALOTINOS
Vitoria-Gasteiz

Traducción de los textos originales
y adaptación de Ángel Fz. de Aránguiz SAC

Censor: Matías García Acebes SAC
Del. Provincial para España

Imprímase:

Friedberg (Alemania), a 26 de mayo de 1990
Fiesta de Santa María, Reina de los Apóstoles
Rector Provincial de la Pcia. del Sgdo. Corazón
Sur de Alemania -

Josef Danko SAC

© Palotinos, Vitoria-Gasteiz 1990
ISBN 84-404-8272-8

Depósito Legal ZA 253-1990

Imprime: Ediciones Monte Cásino
Crta. Fuentesauco, Km. 2 - Teléf. (988) 53 16 07
49080 Zamora, 1990

PROLOGO A LA TRADUCCION CASTELLANA

El escrito de *Iddio l'Amore infinito* aparece por primera vez en Roma en 1936, publicado en italiano por Johannes Hettenkofer en una versión un tanto retocada. Posteriormente aparece también en Roma en 1948 y en Friedberg bei Augsburg en 1981 en lengua alemana, bajo la misma dirección e introducción que la de esta presente edición. En base a esa segunda edición alemana y partiendo de los escritos originales de san Vicente Pallotti, ofrecemos aquí esta traducción castellana.

La investigación ha hecho que hoy conozcamos mejor cómo surgió este libro. Por eso, en la introducción se exponen detenidamente los motivos y las circunstancias que han marcado la redacción de este escrito, teniendo en cuenta también el círculo de lectores, el fin del libro y otros aspectos de interés para la mejor comprensión y aprovechamiento del texto. Son, además, los apartados primero y segundo de la introducción los que hallan su cumplimiento esencial en otro escrito de Pallotti: "Novena in preparazione alla festa di S. Veronica Giuliani" (se quiere publicar en alemán bajo el título "Gebete um Liebe zum Leiden"); precisamente porque la mencionada novena surgió en los mismos años y brota de las mismas fuentes que el presente libro.

En ambos escritos Pallotti, el místico, tiene la palabra sin mengua alguna. En ellos se cumple a la vez un gran deseo: una autopresentación de Pallotti en sus últimos

años de vida. Sendos escritos se hallan completos. Además la introducción detalla claramente lo que el autor ha dicho y hecho al respecto. Con esto retiramos un abuso al que Pallotti ha estado ampliamente expuesto: el que se le utilice para fundamentar concepciones propias; además de escapar del camino, dando un rodeo a una serie de ideas incómodas, aunque sean auténtica y esencialmente palotianas.

La amplitud de la historia que expone la introducción se justifica por sí misma, pues a Pallotti se le presenta evidente en sus hechos y con sus propias palabras. Así mismo los demás apartados de la introducción, ampliamente mejorados respecto a los de la primera edición alemana, tienen el único fin de hacer oír las palabras de Pallotti que fácilmente son pasadas por alto.

El presente texto en castellano, haciendo legible el escrito en la medida de lo posible, se ajusta a una traducción literal. Sólo así el santo puede tener la palabra auténtica y plenamente. La traducción no sólo conserva el modo de ser propio de Pallotti en pensamientos y formulaciones, sino que también muestra claramente su dicción teológica y ascética.

Presentar el pensamiento palotiano de modo que llegue auténtico y en una traducción fluida a la vez, exige esfuerzo. Se necesita más paciencia que con otros autores. Toda traducción no deja de ser una obra imperfecta con una u otra deficiencia; pero cuanto más exacta es, tanto más comprensión y afecto supone en el lector. Así, por ejemplo, la mayoría de las frases, a menudo excesivamente largas, se han acortado, haciendo incluso varias frases de ellas. Esto perjudica al contexto general, da sen-

sación de monotonía, aumenta las repeticiones y resulta molesto.

El lector generoso verá recompensado el daño por la aclaración de cada una de las partes de cada frase.

Por lo demás, lo que podría parecer una desviación del texto, no es otra cosa que el esfuerzo por hacerlo más comprensible. A este objetivo sirven la división en apartados y la numeración de las cuatro partes de cada meditación. La lectura se hace también más fácil al prescindir del texto latino de la Sagrada Escritura, poniendo su traducción directa de la Biblia de Jerusalén, Bilbao 1981, en la medida de lo posible. Cuando la versión de los textos bíblicos coincide, las citas van entre comillas. Cuando no coincide, el texto latino se traduce directamente de la cita que ofrece Pallotti. En todo caso a pie de página se ofrecen en latín los textos bíblicos que usa el autor. (También se hace constar aquí que se procede del mismo modo en la introducción del editor).

Queda sólo la cuestión de la integridad que no parece ser obvia para todos. Cuando, en 1936, se imprimió por primera vez el escrito, el lector de lengua italiana recibió una edición un tanto corregida de ciertos párrafos o locuciones presumiblemente chocantes. Sin duda correspondía esto a la mentalidad que prevalecía en el momento. Se aducían motivos de peso para decuar el texto a los tiempos como suprema ley a seguir. Una elaboración del texto o una edición selecta puede tener sentido, cuando se quiere dar a conocer el escrito y se hace constar en cuanto tal. Pero dado que los escritos de Pallotti, con excesiva frecuencia, han sido presentados en redacciones abreviadas, existe un interés justificado por verlo tal cual es, también con todas sus presumibles desventajas.

No hay motivo alguno, por ejemplo, para apartar un pasaje bíblico que él cita. Tal vez se consigue con ello dejar al lado una advertencia incómoda, pero no la verdad que es tanto más importante cuanto más chocante parezca ser. ¿Hemos de indicar nosotros a Pallotti y al Espíritu Santo lo que él tiene que decir o ha de dejar de decir? A nadie beneficia el posible intento de querer presentar por 'aceptable' algunas páginas que en definitiva sólo buscan expresar su modo de ser y su propio fin.

La solución no está en silenciar sino en descubrir. Dejémonos impulsar por el hombre de Dios. Si él no tuvo el Espíritu de Dios, ¿quién lo ha tenido, pues? Por tanto, merece la pena aceptar su palabra auténtica y genuina y profundizar respetuosamente en ella. Lo cual supone que se nos ofrezca sin adulteración alguna.

Por estos motivos se presenta aquí el escrito sin lagunas de ningún tipo. Basado sobre el texto primitivo con entera seguridad crítica, se le ha traducido y se le ha dado su respectiva introducción con todo el esmero posible.

A pesar del procedimiento científico y teniendo en cuenta el fin edificante del escrito, el aparato crítico ha sido reducido al mínimo. También faltan referencias a fuentes que hoy ya están exactamente investigadas. Estas aunque no estén publicadas, sí se hallan debidamente ordenadas y dispuestas, siendo fácil su localización. De todos modos, aunque en castellano no tengamos tanta literatura al caso como fuera de desear, en otras lenguas como el italiano y el alemán existen amplias obras de consulta.

Desde las limitaciones propias de nuestro contexto

ofrecemos este libro, que sólo quiere servir a las ideas y deseos de su autor.

El editor y el traductor
de la versión castellana.

Abreviaturas de los escritos de Pallotti (palotianos)
que se citan en este libro:

- Collsp = Collezione spirituale, Roma 1933.
- Lettere = Lettere [Lett] e brani di lettere, Roma 1930.
- Lumi = I Lumi, tomo 10, Opere Complete, Roma 1977.
- MmE = Mese di maggio per Ecclesiastici, Roma 1833, 1. edición.
- Prop = Propositi ed aspirazioni, Roma 1922.

INTRODUCCION

1. CÓMO SURGE ESTE ESCRITO

Es tan curioso cómo ha llegado a ser realidad el librito *Dios, el Amor infinito*, que resulta atractivo juntar todos los detalles. Nos limitamos a lo que nos parece notable en términos generales, sacando del contexto de los sucesos y relaciones personales lo significativo para nuestro tema.

Lo más curioso comienza en el hecho de que ni Pallotti ni sus compañeros nos dicen ni *cuándo*, ni *cómo*, ni *por qué*, y ni tampoco *a causa de qué motivo* escribió Pallotti las meditaciones de *Dios, el Amor infinito*. Los entendidos dan claramente por seguro que él las escribió, incluso aquellos a quienes sólo les sirve el testimonio expreso. Con cierta facilidad se pueden seguir las líneas de cómo ha surgido la obra a partir de cartas y circunstancias temporales. El diseño a posteriori del camino de este libro se ha conseguido sólo después de que las investigaciones pertinentes hayan llegado al menos a una conclusión provisional.

a) Los *Inventos de Amor* de Cambi

El 17 de junio de 1847, un sacerdote secular de Alba-

no, llamado Contini, se dirigió a Pallotti. Le pidió una recomendación en favor de su conciudadano Giorni ante la condesa Adele Borghese (1793-1877); ésta era del linaje de Rochefoucauld de París. El santo cumplió la petición. A la carta que escribió, añadió él otras dos peticiones y "un precioso opúsculo recientemente reimpresso a cargo de una piadosísima señora polaca: *Inventos del Santo Amor*" (Lett 1368).

La señora polaca, de la que aquí habla Pallotti, era la condesa Natalia Komar (1821-1860), quien se casó el 4 de abril de 1848, con un funcionario romano de alta alcurnia, el conde Lavinio De Medici Spada.

Nos fiamos de la aseveración de Pallotti de que Natalia Komar procuró la impresión del librito; ello implica, en este caso, el hacerse cargo de todos los gastos de la impresión. Ciertamente que le unía una participación y responsabilidad interior. Ella no era la bienhechora que ponía el dinero encima de la mesa a disposición de cualquier obra. Tampoco ejercía el apostolado de la prensa a solas, aunque se presentaba como editora autónoma. Así compartía en la nueva edición de los *Inventos del Santo Amor* el mérito con otra persona. Esta se llamaba Clemente Solaro della Margherita (1792-1869). Secretario de la embajada en Nápoles en 1861, embajador en Madrid en 1826, desde el año 1816 al 9 de octubre de 1847 ministro de asuntos exteriores en Turín, era él un dechado de postura cristiana y el activo adversario de la política enemiga dirigida contra la Iglesia y de la acción nacionalista en Italia; pero que llegó a imponerse a partir

¹ *Invenzioni di Santo Amore*. Cambi la llama *Inventioni D'Amore* (*Inventos del Santo Amor* – *Inventos de Amor*).

del 9 de octubre de 1847. Sin este apóstol seglar, el piadoso librito, que apareció en Turín, no hubiera salido a la luz o no habría alcanzado literaria y editorialmente el nivel que tanto fascinaba a Pallotti. El 13 de abril de 1847, escribía Pallotti a este bienhechor cuya colaboración destaca en la carta, y a quien dirigía las siguientes palabras: "mientras la caridad y el celo de la piadosísima condesa Komar y vuestra Excelencia se ocupan de la impresión del opúsculo *Inventos del Santo Amor*, recen por mí para que saque provecho de tan preciosos y religiosísimos ejemplos".

El 17 de junio de 1847, escribió Don Vicente a ambos una carta de agradecimiento. La correspondencia epistolar con la condesa Komar se ha perdido. Al entonces ministro de asuntos exteriores, a quien pidió que diera curso al correo -a Niza o a París, donde ella residía preferentemente- le recomendó: "Oremos para que su vida ejemplar, en medio del gran mundo sirva para encender en el amor a Dios a los corazones más duros y terrenos" (Carta sin publicar).

El 26 de julio de 1847, escribió nuevamente a Turín el apóstol de Roma y observaba al final de la carta: "He escrito a la condesa Natalia Komar que ahora debe procurarse el mérito de traducir y hacer imprimir en el idioma francés y en otros idiomas el precioso opúsculo *Inventos del Santo Amor*. Vuestra Excelencia, con media palabra, podría inducir a ello eficazmente. Y he aquí, también por esta parte (podrían ser) multiplicados sus méritos" (Carta sin publicar).

Aunque de todo ello resulta que a la condesa Komar le pertenece el mérito principal por la edición de Turín,

permanece la pregunta de si era ella quien tuvo la idea de la nueva edición o si la había promovido Pallotti. Por razón de brevedad, nos conformamos con una respuesta ciertamente fundamentada, que no documentamos a continuación: Según la investigación actual, nos faltan los argumentos para la confirmación de que la misma Natalia Komar haya editado nuevamente el librito. En vez de ello, suponemos que Don Vicente o, primeramente, lo hizo imprimir de nuevo e incitó a una impresión posterior, o puso a disposición de la condesa un texto antiguo.

Aunque el alta estima de Pallotti por los *Inventos del Santo Amor* ha quedado fundamentada ampliamente por lo informado hasta el momento, se aducen algunas afirmaciones sobre el librito al que él, el 17 de junio de 1847, lo llama un "precioso opúsculo" (Lett 1368).

Del intercambio de cartas se desprende que el conde Solaro della Margherita envió 550 ejemplares de los *Inventos del Santo Amor* a Roma. Para Don Vicente era ésta una edición insuficiente. Así escribió en el verano de 1847² al barón Pío Grazioli (1823-1884): "Habrá que hacer otra edición para encender cada vez más en los corazones el purísimo *Amor* de nuestro Señor Jesucristo, tanto que si, para hacer multiplicar las nuevas ediciones innumerables, se quisieran otras copias, estoy dispuesto a cualquier señal" (Lett 1540 y sin publicar).

El 14 de setiembre de 1847, pidió él al oratoriano Vincenzo M. Michettoni (1805-1856) en Ripatransone, que llevara a cabo una impresión del librito en Las Marcas.

Pero, a pesar de las promesas, no se efectuaron nuevas

² Lettere núm 1540. Carta sin fecha.

impresiones del librito. Por eso, el 3 de noviembre de 1847, encomendó a Marianne Allemand (1797-1862): "Le ruego que se empeñe, cuanto pueda, en la perfecta desconfianza de sí y en la perfecta confianza en Dios, para hacer reimprimir con la ayuda de los piadosos bienhechores el opúsculo *Inventos del Santo Amor*, compuesto por el V. P. Batolomeo da Saluzzo, y la novena de la Preciosísima Sangre y la de sta. Verónica. Todos los que cooperen, tendrán gran mérito para encender cada vez más el santo amor de Dios en los corazones y para hacer que todos obtengan innumerables gracias" (Carta sólo en parte publicada en Lett 1411).

Allemand era ciertamente una hábil colaboradora; pero, a pesar de su celo, avanzaba sólo penosamente. Después de cinco meses, aún no había llegado a su objetivo. De modo que, el 3 de marzo de 1848, no presentó el librito sino un informe sobre sus "proezas para que sea impreso nuestro querido librito *Inventos de Amor*" (Carta sin publicar).

Como ya mencionado, Don Vicente urgió, ya en julio de 1847, a Natalia Komar una edición en lengua francesa. A causa de un desacierto que ella ocasionó en otoño —nos referimos al mismo en el segundo capítulo— repitió él la petición añadiendo que de este modo ella podría satisfacer por el daño infligido.

En la fecha del 6 de octubre de 1847, entregó él el libro a Raffaele Melia con la petición de traducirlo al inglés: "Si pudiera hacerlo imprimir, me alegraría mucho. Podría presentarlo al P. Faber, a quien saludo cordialmente en Dios" (Lett 1405).

Las cartas citadas sólo nos transmiten una pequeña

parte de lo que Pallotti escribió para divulgar los *Inventos del Santo Amor*. De palabra lo recomendaba aún mucho más, cuando le daba a mucha gente el piadoso libro.

A la vista de este celo, nos preguntamos: ¿Por qué se apasionaba él mismo y a los demás? ¿Tal vez por un escrito redactado por él? De ningún modo, sino por una obra ya entonces anticuada, compuesta en 1609, y que apareció por primera vez en Colonia en latín y en 1611 en Venecia en italiano. Su autor era Bartolomeo Cambi (1558-1617) un destacado defensor de los franciscanos reformados³. En el siglo XVII fue muy venerado y a la vez discutido. A pesar de muchos intentos por su canonización a lo largo de los decenios siguientes, decayó en la oscuridad del olvido. Sólo Pallotti se preocupó, en el siglo pasado, de una nueva edición de sus ejercicios y oraciones.

Mientras Pallotti conocía bien sus escritos, p.e. también *Paradiso dei Contemplativi*, presumiblemente sabía poco de su procedencia y vida. De ahí que le llame *Bartolomeo da Saluzzo*; pues al arrodillarse también junto a un sepulcro en San Francesco a Ripa en Trastevere, tal vez haya leído allí: *Bartholomaei a Saluthio*. Así se denominaba a sí mismo Cambi, según el domicilio de sus padres, en la época en que ingresó en la orden; o también simplemente: *Bartolomeo Saluthio*. Saluthio es un pueblo situado junto al río afluente con el mismo nombre del

³ La edición completa de sus escritos (*Opere*) apareció en Venecia en 1639, en dos tomos de 1872 páginas a 2 columnas encuadrado a cuatro pliegos.

Arno superior, no lejos del monte La Verna, conocido por san Francisco de Asís, donde él ingresó en la orden"⁴.

Resumiendo: No han sido la vida, la figura y el celo reformador, sino los escritos los que han llamado la atención de Don Vicente hacia este suscitador de vida cristiana. Su nombre y su gloria, igualmente hundidos en la oscuridad, han sido descubiertos de nuevo recién en nuestro siglo. Especialmente Francesco Sarri OFM ha dirigido hacia él la mirada en una edición selecta⁵ y en su amplia obra⁶. Según Sarri, se puede resumir su grandeza en tres palabras. "Orador, místico y poeta". Por su agitada oratoria, por su mística interioridad con Dios y por su religiosa poesía influyó decisivamente el siglo XVII.

Lo que Pallotti le impresionaba era el ser arrebatado y lo arrebatador del infinito. Además le agradaba que, a pesar de su rigor ascético, su "ascética podría definirse la ascética de la caridad"⁷. Aún más admiraba en él el arte

⁴ A la equivocación de Pallotti hay que añadir que también Forcella, *Iscrizioni... di Roma*, 1869-1884, y la Biblioteca Nacional en Roma, desconociendo el asunto, han hecho una lectura falsa. Se debe al olvido del que participa Pallotti en el siglo XIX. A pesar de mi indicación en la primera edición de 1948, la literatura sobre Pallotti (Frank, Schulte, Weber y otros) siguen hablando de "Bartolomeo da Saluzzo".

⁵ Ven. Bartolomeo da Saluthio, *Il Sacro Gigno. Prose e Poesie scelte*, Florencia 1924.

⁶ *Il verabile Bartolomeo Cambi da Saluthio, Oratore, Místico, Poeta*, Florencia 1925. Sobre su nombre ver p 4. A tener en cuenta: Saluthio no es el lugar de nacimiento, sino el segundo domicilio de sus padres. Su obra escrita está registrada bibliográficamente, p XLI-LIV.

⁷ *Ibid* 256.

de la oración en cuanto que la enseñaba claramente y sin pedantismo doctrinario. También valoraba en él el que instruya a menudo en la oración muda y que no permita que surja una excesiva valoración de las fórmulas dictadas. Lo que más le entusiasmaba de este heraldo toscano del amor era la mano con la que, a grandes y pequeños, introduce directamente en la altura y profundidad divinas.

Ya que al divulgador del devocionario franciscano le preocupaba también el contenido teológico, se sentía él impulsado a ofrecer un complemento del mismo. La debilidad de Cambi consistía en que en su libro *Inventos de Amor* había reunido un gran número de ejercicios espirituales y de oraciones, poniéndolos seguidos sin selección alguna. Como Don Vicente bien sabía que en la oración no se trata de un planteamiento humanamente sistemático, difundió el escrito de Cambi a pesar de estas carencias, sin cambiar nada en la obra; aunque la nueva edición motivada por él podría contener ciertas huellas palotianas. Además, durante el período de mayor propaganda de la obra *Inventos de Amor*, pensó él en una exposición ordenada y teológicamente conforme al tema del *amor infinito*.

b) El encargo hecho a V. Michettoni

En una adición escrita en la página posterior de la carta del 14 de setiembre de 1847, dirigida al oratoriano Michettoni, de Ripatransone en Las Marcas, desarrolla Pallotti, por primera vez, su plan:

"Me agradecería que hiciera una serie de meditaciones y consideraciones sobre el amor infinito de Dios en las obras

1. de la creación,

2. de la conservación,
 3. de la redención,
 4. de la santificación
 5. de la eterna glorificación
- } de las
almas"

El oratoriano aceptó su petición y le preguntó en la fecha del 23 de noviembre de 1847: "Haga el favor de indicarme si las meditaciones, que me ordenó escribir, deben ser breves o largas, si para un mes o más" (Carta sin publicar).

"Las meditaciones que deseo que escriba, está bien que sean breves. Ciertamente no podrán ser para un tiempo corto (breve), queriendo desarrollar las obras del Amor infinito..." (Lett 1426). Así es la decisiva respuesta del 23 de diciembre de 1847. Acertadamente refleja ella el auténtico fin del libro: "desarrollar las obras del Amor infinito" (Lett 1426).

Vicente María Michettoni, que fue compañero de Pallotti de junio a octubre de 1837 en Roma y a quien permaneció fielmente unido, recibió este encargo, no sin un motivo especial. Había adquirido ya cierto nombre como escritor. Aún hoy hay en la librería de Pallotti un libro sobre la Virgen Dolorosa, bajo el título de "El mes de setiembre"⁸, con treinta meditaciones (1844, 3ª edición) y un estudio monográfico sobre arqueología (1846)⁹. Manifiestamente Michettoni quería cumplir el deseo de Pallotti. Pero su actividad en el púlpito, en el confesionario y especialmente en jornadas de retiro, en tandas de

⁸ *Il mese di settembre dedicato a Maria SS. ma addolorata*, Ripatransone 1844, 132 páginas.

⁹ *Memoria intorno a S. Benedetto M[artire]*, Ripatransone 1846, 40 páginas.

pláticas y misiones populares ¹⁰ se amplió, precisamente en el año 1848, de tal modo que le quedó poco tiempo para el apostolado de la pluma. Además era profesor de teología en el seminario diocesano de Ripatransone, y las tareas de todo tipo, que le solían encomendar los superiores eclesiásticos, aumentaban visiblemente. De este modo Michettoni ni procuró la nueva impresión de los "Inventos de Amor" que, ante todo, le había sugerido el amigo romano, ni halló nunca tiempo para escribir una teología del amor orada popularmente. Ciertamente que no sentía en sí mismo el ímpetu palotiano por esta obra; sin embargo, a gusto habría llevado a cabo este encargo por amor a Pallotti. En vez de ello le pide a Pallotti, el 13 de enero de 1848, más ejemplares de "Inventos de Amor". Michettoni procuró, en la fecha del 29 de julio de 1848, en Ripatransone, una "copiosa edición" de las oraciones palotianas para apartar el juicio amenazante de Dios ¹¹. Pero del librito encargado del amor infinito no leemos nada en las cuatro cartas de los años 1848 y 1849 dirigidas a Pallotti. Por el contrario, ahora es Michettoni quien se dirige a Pallotti con peticiones y encargos. Además de otros escritos, Michettoni pide -quien no oculta que no dispone de momento de dinero alguno-, en la fecha del 10 de setiembre de 1848, la obra de dogmática del jesuita Juan Perro-ne. Y un año después, el 7 de octubre de 1849, cuenta incluso que está redactando dos escritos, uno sobre el Smo. Sacramento del Altar y el otro sobre los Angeles Custodios ¹². Y como si nunca hubieran hablado del

¹⁰ Cf el artículo necrológico impreso del Oratorio de Ripatransone, del 23 de noviembre de 1856.

¹¹ Collsp 18-20.

librito del amor infinito ni él ni su maestro, suplica él la "bendición y oraciones" (Carta sin publicar) de Pallotti sobre sus dos escritos.

c) El tiempo y el lugar de la redacción del escrito

El grano de la semilla de Pallotti, del 14 de setiembre de 1847, como otros muchos, no llegó a brotar. Digamos que por suerte. Pues, entonces fue creciendo en Pallotti la decisión de escribir él mismo las meditaciones, lo cual de suyo ni tenía intención de hacer.

Difícilmente habría hallado tiempo para ello, si las convulsiones revolucionarias del año 1849 no le hubieran proporcionado la obligada inactividad. Se tiene por seguro y cierto que él escribió el librito en la secular y venerable diaconía de *Sant'Agata dei Goti* - no lejos de su *Pia Casa di Carità*. Allí se hallaba el Colegio Irlandés por entonces. Ahí se escondió del 26 de febrero al 14 de julio de 1849. Son muchos los criterios internos y externos que hablan a favor de este tiempo para la redacción del escrito.

Así pues, mientras el empuje desolador de la revolución profanaba la Ciudad Santa -del 28 de abril al 4 de mayo fueron asesinados ¹³ doce eclesiástico y cuatro laicos-, mientras Pío IX, huido de Roma, permanecía en Gaeta, mientras la subversión profanaba la Ciudad Eterna, mientras el ruido saturado de odio rugía en torno a

¹² *Mese di ottobre dedicato ai santi Angeli Custodi*, Ripatransone 1850.

¹³ G. Spada, *Storia della Rivoluzione di Roma*, Firenze 1869, 3,450-451.

Sant'Agata y amenazaba con inundar su islote de paz, mientras Pallotti era señalado como 'enemigo del pueblo' y 'amigo de los jesuitas' y ya no estaba seguro de su vida, mientras su hermano Luigi perecía trágicamente en el Tíber, gestaba él en oración su librito del amor infinito. Lo escribió de rodillas. El hermano jesuita alemán Anton Weisel, que igualmente se escondía en el Colegio Irlandés y quien, como servidor, entró muy a menudo en la habitación de Pallotti, informa ¹⁴ que él halló a Vicente generalmente de rodillas, también cuando leía y escribía. Ya muy pronto se había acostumbrado el místico del infinito a orar y a escribir en lo posible de rodillas. La guerra que rugía en torno a Roma le fortaleció en esta postura de humildad in-finita. Quizá estaba él, totalmente abstraído del mundo y, sin embargo, tan cercano a él, precisamente en la redacción ¹⁵ de una meditación, cuando los esbirros registraron el Colegio Irlandés de arriba a abajo e incluso llamaron a la puerta de su habitación. Pallotti ni se dio cuenta y sus perseguidores siguieron su camino.

Pallotti empleó cuatro meses y medio de soledad para la oración y el apostolado de la pluma. Pero no consiguió llevar a cabo más que la tercera parte de la obra planificada. Con todo, son treinta y una meditaciones en total las que él escribió y repasó corrigiendo después de haberlas escrito. De modo que bien pueden tenerse estas meditaciones como una obra concluida.

La continuación del escrito fue impedida, primera-

¹⁴ Informe no publicado del 1 de marzo de 1859, de Ferrara.

¹⁵ Las meditaciones están redactadas en escritura pequeña y apretada en 76 páginas, de 9,5 por 13 cms. de tamaño.

mente, por el trabajo acumulado que le vino encima después del 14 de julio de 1849 y porque, finalmente, halló su ascensión al infinito el 22 de enero de 1850.

d) Incompleto y sin publicar

Resulta muy curioso que el santo, a quien urgía proclamar las obras del amor infinito, no moviera ni un dedo para editar lo que ya había acabado. Ningún intento para imprimirlo. Ninguna palabra a los compañeros para llamarles la atención al caso. Así el librito pasó desapercibido en su abandono. Nadie notó que este diminuto librito también contiene su canto del cisne. Dejando aparte a Raffaele Melia, nadie lo resalta convenientemente. En la primera biografía italiana impresa de Pallotti, ciertamente se menciona su celo por los escritos de ¹⁶ Cambi, pero no su propia obra de *Dios, el Amor infinito*. Recién en 1936 fue impresa ¹⁷ por primera vez de forma conveniente. Tres son los motivos a tener en cuenta:

Don Vicente sabía que sus días estaban contados. Además, él mismo censuraba, tal vez no sin tristeza, lo inacabado e incompleto de su último libro. Así de incompleto como estaba, él nunca lo habría editado. En tercer lugar, medía él su propio trabajo con una medida cada vez más pequeña. Así ocurrió que el escrito, nacido de una necesidad profundamente sentida, se quedara sin leer y sin prestarle atención alguna a lo largo de decenios.

¹⁶ Luigi Vaccari, *Compendio della vita del... Vincenzo Pallotti...*, Roma 1888, 165.

¹⁷ Iddio l'Amore infinito. Brevi considerazioni del Ven. Vincenzo Pallotti, Roma 1936. El editor era Johannes Hettenkofer (1876-1962).

2. EL CIRCULO DE LECTORES Y EL FIN DEL LIBRO

Pallotti ha dirigido la obra "a todos los fieles". Les habla como uno de ellos, a sus "hermanos en nuestro Señor Jesucristo crucificado" (Preámbulo). ¡Cuán hermosa es la imagen de los "padres de familia" (Preámbulo) que leen sus meditaciones a los suyos!

Presentada al pueblo sencillo de Dios, libre de pedantería, lejos del tratado magistral, aparte singularidades, en esta obra la doctrina de la fe quiere ser para los laicos una explicación del Símbolo Apostólico cercana al pueblo. El escrito no sólo se apoya en él, sino que quiere descubrir su contenido, como lo demuestran el preámbulo y el contexto de la obra. El título del escrito y su estado incompleto no pueden llevarnos a la opinión de que el autor no ha querido ofrecer una introducción a todo el Símbolo de la fe¹⁸. Más que él, nosotros lamentamos que nos haya dejado la obra incompleta. Notamos mucho la falta del capítulo sobre la Iglesia y sobre la glorificación del cristiano. Igualmente con dolor, echamos de menos el capítulo sobre el Espíritu Santo. De quien escribió: "Hasta que no venga el Espíritu Santo a destruir el espíritu del mundo en los corazones, esté seguro que se puede obtener poco" (Lett 1395). Así escribe, el 14 de setiembre de 1847, a Raffaele Melia, a quien saludaba, el 15 de noviembre de 1845, con las palabras: "El Espíritu Santo que es el Amor infinito del Padre y del Hijo esté siempre

¹⁸ Cf Henri de Lubac, *La foi chrétienne - Essai sur la structure du Symbole des Apôtres*, Paris, Aubier-Montaigne 1970.

en nuestra alma" (Lett 1190). A lo largo de los años 1846 y 1847 inicia sus cartas con la fórmula: "El Espíritu Santo esté siempre en nosotros y en todos". Con la misma minuciosidad e insistencia que se manifiesta en las meditaciones expuestas, tendría su desarrollo el pensamiento fundamental palotiano en la presentación completa del mundo de la fe.

Un motivo externo corroboró presumiblemente al apóstol de Roma en su decisión de editar una doctrina de la fe. Natalia Komar había impreso en Turín el escrito *Símbolo della fede* y le había enviado un gran número de ejemplares. De éstos él debía dar 200 ejemplares a Giovanni Merlini (1795-1873), el segundo sucesor de san Gaspar Del Bufalo. Sin embargo, el 11 de octubre de 1847, Pallotti respondió a cerca del escrito a él enviado, que lleva injustamente el título de Símbolo de la fe, que es dudoso y, por tanto, se ha de quemar y no ha de ser dado al público. La doctrina de la fe palotiana, a la que no le hace falta visión profunda de los misterios de la fe, destaca por una sencillez tal que, por así decirlo, al lector le parece obvia la doctrina de la Iglesia desde el primer instante. Lo más característico de ello es la forma bajo la que es ofrecida. El autor presenta una dogmática orada, accesible "a todos los fieles". Con todo es más oración que dogmática, más oración meditativa que explicación de la fe.

Finalmente, se ha de tener en cuenta el objetivo que el maestro da en el título. En los últimos años de su vida, él presenta, más insistentemente que antes, la doctrina del amor puro y del sufrimiento puro. Esta ha hallado expresión popular en la *Novena in preparazione alla festa di S.*

Veronica Giuliani ¹⁹, aparecida en 1847. El no limita la invitación a los especialmente agraciados, sino que invita a cada cristiano. Entiende por tal doctrina el amor verdadero, auténtico, puro y desinteresado de sí mismo, que él deduce de Dios. Con ello hace retroceder la idea de ganancia y reduce los motivos del temor. Este objetivo lo describe él desde 1835 con la expresión de *reencender*. Lo dice sabiendo del amor enfriado de muchos. Sin la llama del amor originaria de la primitiva comunidad cristiana, le parece baldío el llamamiento al apostolado. Llama a reencender en vista de las formas de vida, que amenazan volverse una marcha en vacío. La solución significa: retorno a lo original y primitivo cristiano, sobre todo en la fe viva y en el amor desinteresado.

3. EL SIGNIFICADO DEL LIBRO

El significado de *Dios, el Amor infinito* no se agota en el fin nombrado por el autor del libro.

La valoración resulta de la amplitud de la fuerza de expresión que él ha puesto en el escrito, en parte inconscientemente.

a) El descubrimiento de la vida interior de Pallotti

En primer lugar, este libro, surgido en el último año de su vida, representa una manifestación de su propia vida

¹⁹ Torino 1847.

interior y de lo que él era: un genio religioso. Lo que en 1849 le movía fuertemente, lo describió él con las mismas palabras que en sus notas personales, a las que llamó "Lumi" = "iluminaciones" ²⁰. A veces da la impresión como si hubiera copiado de algún libro. Pero no es así. Sino que la expresión hecha aquí o allá testimonia cuán impresionado estaba él por entonces de la respectiva verdad. De fijo que sería equivocado si aceptáramos que la ideología de su último año de vida fuera diferente esencialmente de la del período precedente. Nuestro libro de meditaciones está lleno de una ideología propia y genuina que él ha desarrollado orgánicamente desde su juventud. Por todas partes se hallan formas, matices, frases y relaciones palottianas. De modo que podemos resumir: *Dios, el Amor infinito* significa: el descubrimiento de la vida del alma interior de Pallotti en su madurez próxima a la muerte; la reproducción de sus propias meditaciones y de su propio modo de meditar; las notas de un místico, pero descritas de tal modo para el uso común que son un indicador generalmente aceptado para la piedad cristiana. Lo personalmente único y exagerado está lejos. Cualquiera, también el inculto puede penetrar en lo divino de la mano de estas meditaciones.

Sin embargo, es válido que a quien no sigue la oración de estas meditaciones con corazón ardiente, lo escrito le seguirá siendo algo extraño o simplemente literatura. Pero quien busca calcular su valor, podrá repetir cuando

²⁰ Prop (Propositi ed aspirazioni) = Textos elegidos, elaborados y cronológicamente ordenados por Johannes Hettenkofer.

Lumi = La edición crítica completa de las notas espirituales procurada por Francesco Moccia.

ore la petición palotiana: "Oren para que yo conozca que no sé orar"²¹.

b) El maestro de la oración

El principal mérito literario de Pallotti es la creación de oraciones de todo tipo. Hay que añadir la transcripción o la elaboración de oraciones ya compuestas por otros. ¡Cuántas oraciones hizo imprimir! ¡Cómo correspondía al mandato de Jesús de orar por trabajadores en la mies del Señor: "Envía, Señor, obreros a tu mies!"²².

La introducción a la oración fue a lo largo de su vida la pastoral más preferencial que ejerció. Le parecía lo más necesario de todo y lo más grande: enseñar a los hombres a orar²³. También por esta preocupación surgió *Dios, el Amor infinito*. Es válida para todo tiempo la exhortación que dirigió a Raffaele Melia el 14 de setiembre de 1847: "¡Oración! ¡Oración! Para que llegue el momento en que se pueda hacer todo" (Lett 1395).

Con ello se refería él al tiempo del Espíritu Santo, nombrado anteriormente.

Especialmente buscó él promover la oración meditativa, que ayuda a formar la vida divina en el hombre más que la oración verbal. El libro recomendado "a todos los

21 Carta a la Salesiana Geltrude Costantini, sin fecha, hacia el verano de 1833, y sin publicar; numerada por Orlandi con el número 306.

22 Pagella di aggregazione all'Apostolato Cattolico, OOCC IV p 22; traducción según V. Pallotti - Escritos seleccionados, Vitoria-Gasteiz 1988 p 186.

23 Cf la colección de 209 oraciones en italiano con su respectiva introducción: V. Pallotti *Preghiere*, Roma 1981. Las oraciones redactadas en latín aparecen bajo el título *Preces*.

fieles" es una ayuda "en sus oraciones ... de la tarde o de la mañana", para cuidar la meditación, la cual sirve "para sacar provecho del incomprensible don de la fe" (Preámbulo).

Totalmente alejado de minusvalorar la oración verbal, este hombre de oración da gran importancia al orar digno y lento. Censuraba el modo de aquellos cuya preocupación principal no parecía ser la reverencia ante el tres veces santo, sino la prisa por cumplir el deber de la oración. Le importaba mucho la postura y el recogimiento externos, sin los que Dios niega la postura y el recogimiento internos. La disposición y la preparación le eran tan importantes como la oración misma.

c) El fundador de la Sociedad del Apostolado Católico

Nunca se puede separar en Pallotti al místico del apóstol y, menos aún, del fundador de la Sociedad del Apostolado Católico. Sólo el místico puede descubrirnos los motivos de donde emana el entendimiento de la obra de su vida. Por cierto que él no ha escrito estas meditaciones para su Obra. No obstante, en ellas encontramos las ideas básicas de Pallotti en consumada unidad, sencillez y madurez.

Pallotti ha fundado en 1835 la Sociedad del Apostolado Católico con el fin de reavivar la fe y reencender la caridad. En esta Sociedad, él a cada uno le asigna apostolado, y de cada uno exige la fuerza del amor, "porque es fuerte el amor como la muerte" (Ct 8,6). Pone en la boca del miembro la oración al Espíritu Santo: "Dignaos difundir vuestra ardentísima y omnipotente caridad en

todos los corazones. Así habrá un solo rebaño y un solo pastor en todo el mundo”²⁴.

El escrito de *Dios, el Amor infinito* significa un testamento, porque expresa desde dentro lo que el fundador realmente quiere de su Obra. Contiene el fundamento y el alma, aquello que “forma todo el sustancial constitutivo de la Sociedad”²⁵, aquello que solamente crea hombres apostólicos. Sólo el amor genuino de Dios y de Cristo puede y debe apremiar al apóstol (cf 2 Co 5,14). Aunque Pallotti describa en este escrito su propio ideal de la oración y de la vida, precisamente porque presenta lo generalmente cristiano, muestra él, desde la primera frase, la espiritualidad de su Obra imborrable y persistentemente. Es decir, que queda fijado para siempre en una expresión definitiva el entendimiento teológico fundamental en el que se ha originado la misión del hombre de Dios y de su Obra. Anclada en este entendimiento fundamental, su Obra posee el supuesto para la estabilidad de su misión.

Así pues, sus admiradores harán de este escrito un libro para la vida y proclamarán, desde los tejados, lo que su maestro no pudo anunciar a lo largo de un siglo.

4. EL CONTENIDO

De la meditación introductoria hablaremos en el próximo apartado.

²⁴ Pagella di aggregazione all'Apostolato Cattolico, OCCC IV p 22; traducción según V. Pallotti - Escritos seleccionados, Vitoria-Gasteiz 1988 p 186.

²⁵ Vincenzo Pallotti, Regole fondamentali, A. Faller - Roma 1944; traducción según Reglas fundamentales, Carranza 1981, p 28.

De la meditación segunda a la quinta hay un tema preferido de Pallotti. Se apoya en su doctrina sobre los ángeles en la Sgda. Escritura, en la Tradición y en la teología²⁶. Los fieles de su tiempo se atenían por lo general aún a la división, acostumbrada ya desde el siglo VII, de la doctrina de los ángeles en tres jerarquías y en nueve coros; como la había dispuesto por primera vez el llamado Dionisio Areopagita. Hoy, nos parecen cuestionables algunas cosas. Por eso pueden surgir recelos contra las exposiciones al caso de Pallotti. Sin embargo, estas cuatro meditaciones sobre los ángeles no pierden nada de su valor, pues el pensamiento fundamental no sufre menoscabo en lo más mínimo. Dios actúa generalmente por causas segundas. El deja a la criatura trabajar con él, dominar con él, amar con él. La providencia de Dios se sirve de instrumentos libres. Este pensamiento era para Don Vicente algo que siempre le daba felicidad. Precisamente por eso era tan predominante para él el amor de Dios, que tiene a sus órdenes un ejército incontable de espíritus puros subordinados al hombre, a la criatura de barro. Su doctrina y veneración de los ángeles²⁷ fortalece nuestra atención ante las tendencias de la desmitologización y nos da ocasión para acentuar que la Constitución

²⁶ Cf MmE 23,1 tres notas de abundante contenido.

²⁷ Debido a la polémica existe una amplia literatura al caso. Me limito y refiero a los siguientes: Erik Peterson, *Buch von den Engeln* (libro de los ángeles) Leipzig 1935; Mich. Seeman y Damasus Zähringer, *Die Welt der Engel und Dämonen* (el mundo de los ángeles y de los demonios) en *Mysterium salutis*, Einsiedeln, tomo 2, 1967, 943-1019; Ferdinand Holböck, *Gute und böse Geister* (Espíritus buenos y malos) en *Unwandelbares im Wandel der Zeit*, Aschaffenburg tomo 2, 1977, 286-324.

Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* los da como supuesto evidente en los números 49 y 50.

En las meditaciones sexta y séptima ha hallado amplia expresión su alto concepto de las *cosas creadas*, que, sin quererlo, recuerda a san Agustín. (Más sobre esto contienen los siguientes apartados).

De la meditación octava a la vigésima Pallotti se crea su propio espacio para hacer comprensible la creación del hombre a *imagen y semejanza de Dios*. Ahí se encuentra en su salsa. ¡El Dios trino la imagen original del hombre! Incluso hace ser al alma la imagen del Todopoderoso, del Infinito, del Inmenso; aunque sabe con toda certeza que esos atributos no son comunicativos, ya que no pueden existir de ningún modo en las criaturas (cf capítulo 7 de esta introducción).

La vigésimo primera meditación es un fantástico *resumen* de la difusión amorosa de Dios en sus criaturas.

Adecuadamente conduce ella a *las meditaciones sobre Cristo* (XXII-XXXI). Estas, así como las imágenes de Cristo que indica el autor por todas partes, merecen la máxima atención, sobre todo para aquellos que ven en el apostolado el seguimiento de Cristo.

5. EL PENSAMIENTO FUNDAMENTAL

Ya el título de la primera meditación conduce al punto central de la teología de Pallotti: "Dios, *movido por su amor infinito* y por su infinita misericordia, hace la obra de la creación *para comunicarse todo él mismo a sus criaturas*" (I, título). O también como él mismo responde a Dios: "Vos sois bondad infinita y como tal, sois *infinitamente difusivo*" (I,2). *El amor infinito* -así reza origina-

riamente el título de las meditaciones- es el creador del mundo, la fuerza creadora e impulsora en Dios hacia afuera. Pallotti quiere anunciarla y hacerla comprensible; pero ni él mismo es capaz de comprenderla. Por eso, a menudo, las meditaciones se vuelven un balbuceo y una admiración: "¡yo me quedo estupefacto!" (XXXI,3); una admiración del amor y, especialmente, de la misericordia, en la que más se manifiesta el amor de Dios.

Dios es amor y por eso -escribe Pallotti en el mes de mayo para uso de los eclesiásticos (25,2)- "Él (Dios) se difundiría sin medida, ya que por su parte no pone medida, pues su medida es su infinita caridad". A gusto cita el Santo en este contexto a santo Tomás de Aquino: "... la caridad por esencia es a la vez bondad infinita. Y como bien infinito es difusivo de sí mismo, como dice el doctor angélico: 'Bonum est diffusivum sui ipsius'"²⁸. Esta es una representación esencial y dominante ante todo del Dios de Pallotti, precisamente también cuando él llama a Dios el infinito. Pues Dios, "con amor infinito, difunde de todo sí (mismo) y de todos sus infinitos atributos y perfecciones infinitas gracias, dones y misericordias, porque es la bondad por esencia en todo sí (mismo) y en todos sus infinitos atributos y perfecciones, y por eso infinitamente difusivo. Dios siempre está ocupado en hacer tal difusión en todos los momentos, sea que nos hallemos vigilantes o no. Por medio de esta difusión el alma recibe a Dios mismo por alimento, ya que Dios es la comida del alma... Por tanto, estemos mucho más vigilantes en que el alma sea alimentada realmente bien con

²⁸ Memorie biografiche, Roma 1937, p 77 - S.th. I, q 19, a 2; III, q 1, a 1; I, q 5, a 4, ad 2; De veritate q 1, a 1, ad 4.

su propia comida que es Dios en la unidad de la esencia y en la trinidad de las personas divinas y en sus infinitos atributos y perfecciones”²⁹. Por esta infinita comunicación del mismo Dios, Pallotti ora: “Me perdonas si me atrevo a decir a viva voz: Eres el loco de amor y misericordia por mí. Pues, en todo momento y siempre, desde toda la eternidad, piensas en mí y derramas sobre mí los infinitos diluvios de gracias, de favores, de dones, de misericordias, de todos tus infinitos atributos, todos infinitamente misericordiosos. Y siempre -¡oh Padre, oh Hijo, oh Espíritu Santo!- me nutres y me alimentas con toda tu substancia, esencia, propiedad, acciones divinas y con todos tus infinitos atributos. Y siempre más me destruyes y me aniquilas en mi ser malvado y cada vez más me transformas todo en todo tú mismo. Y todas estas acciones de tu amor y de tu misericordia las obras de día y de noche, ya vele, duerma, coma, beba, pasee, piense en ti o no piense en ti”³⁰.

Por este amor infinito Pallotti casi pasa por alto las obras de la creación y de la redención. Las roza solamente. Ellas son medios, y nos ocupan sólo en cuanto que hacen visible y comprensible el amor infinito, lo ‘desarrollan’.

Así él, con santa Teresa de Avila y san Juan de la Cruz, presenta a Dios como la causa primera que no sólo es totalmente *comunicativa*, sino que es *infinitamente difusiva*. Pues *difundir* significa: derramar, extender, verter, propagar, repartir total y profusamente. Con esta palabra Pallotti dice, que Dios se da totalmente y que este

²⁹ Collsp 123-124.

³⁰ Prop 544; Lumi 235-236 (hacia el año 1843). Traducción según V. Pallotti - Escritos seleccionados, Vitoria-Gasteiz 1988, p 304-305.

impulso de comunicarse a sí mismo es tan divino como infinito.

La misma causa es también el fin primero: “Me debo esforzar en imitar a Dios que, como bondad infinita, es difusivo de sí mismo”³¹. Pallotti señala a menudo el proceso de la divinización con *transformar en Dios*.

La última palabra no es justificación, sino glorificación: “A los que justificó, a éstos también los glorificó” (Rm 8,30). En Dios, en el amor infinito, todo acontecimiento humano alcanza no sólo lo más profundo de su ser, sino también la transfiguración en Cristo. Pallotti habla más de la *glorificación* que de la beatificación en el cielo. Este modo de expresión es paulino³². Como Cristo entra en su gloria³³, así también el cristiano. Según “la medida de los dones de Cristo” (Ef 4,7), se irá él “llenando hasta la total plenitud de Dios” (Ef 3,19), y será conducido a los cada vez más altos “grados de la gloria”³⁴.

Tanto se habla de la *transformación* en Dios y de su gloria que surge la interrogante: ¿No se promueve por medio de ello el sueño o la tentación hacia una interpretación panteísta? Que Pallotti excluye toda equivocación resulta no sólo del contenido y del uso lingüístico bíblicos, sino también está comprobada por la no menos extendida y acentuada doctrina de la naturaleza pecadora y de la necesidad de redención del hombre, como lo muestran los siguientes apartados³⁵.

³¹ Collsp 34 Núm 12.

³² Cf Rm 5,2; 8,17; 9,23; Col 1,27; Ef 5,27.

³³ Cf Lc 24,26; 1 P 1,11.

³⁴ Mese di maggio... a chi vive nel chiostro 8,1.

³⁵ Cf *Exercitia spiritualia sancti patris Ignatii de Loyola*, Contemplación para alcanzar amor, nota y punto 1º.

6. EL GRAN MOVIMIENTO DE LA VIDA

A lo largo del librito discurre un gran movimiento, por decirlo así. A ése, le siguen automáticamente los demás pensamientos. Sí, este movimiento atraviesa por medio de Pallotti mismo. Todas sus notas personales no contienen en el fondo otra cosa que este movimiento ascendente y descendente. "Abyssus abyssum invocat" (Sal 42,8). El abismo "de la nada y del pecado" avanza hacia el abismo de la misericordia y del amor. Este fluir de un polo al otro, unido a la tensión que surge de por sí, ondea como un vivo vaivén a lo largo de las treinta y una meditaciones; siendo, más bien, un recorrido doble a través de cada meditación.

En la primera parte, hay en general ³⁶ toda una serena reflexión, sobria y formalmente. La memoria y el entendimiento buscan la iluminación del Espíritu Santo: "Iluminado por la santa fe... debo recordar... estoy obligado". La formulación en primera persona es aquí la antesala de la reflexión.

Con un estallido de admiración y de adoración comienza la segunda parte. Ya no hay más meditación sobre Dios. Desde ahora ya no reflexiona la cabeza, sino el corazón; éste no medita sobre Dios, sino junto a Dios y con Dios; ha entrado en su santuario. El corazón late, no medita, late hacia Dios. Va hacia Dios. El corazón no habla consigo mismo, habla con otro, habla con Dios. La segunda parte es la de la segunda persona. Aquí domina

³⁶ Sólo en la meditación undécima rompe este límite el celo palotiano; ya en la primera parte, la criatura pasa a tratar a Dios en segunda persona.

un fluctuante embate de olas (dejando aparte las primeras meditaciones a las que él no aporta aún tan fuertemente su propia vida interior). El alma trata lo meditado anteriormente con Dios. ¿Trata? No, casi nunca es un coloquio amado entre dos, ni una conversación confidencial, sino que mayormente es un reconocimiento conmovedor de la culpa, un llorar arrepentido ante el amor incomprendible, una dura lucha. Pues como parece ser más fuerte lo que va en contra de lo divino, el alma se aferra a la misericordia infinita y recibe la gracia de la oración.

Ahora, cuando el alma recoge por tercera vez el pensamiento, lo formula en una auténtica oración y lo presenta después de una desenfadada charla, festiva y vinculadamente, como petición al Padre por medio de Cristo; entonces es cuando se ha alcanzado la mitad de la victoria. Por cierto que comienza de nuevo la lucha... Pero cuanto más profundamente se abaja el alma, tanto más alto vuela para cobijarse junto al corazón de Dios. Cuanto más desesperadamente se contrae el yo humano, tanto más confiadamente balbucea, por fin, ese vos hacia el Padre que ya no callará jamás.

En cierto modo, ya en posesión de la gloria eterna, el redimido ofrece la preciosa sangre de Jesucristo -un componente esencial de la oración palotiana. En esta cuarta parte de la meditación, ya no se nota nada de la corriente alterna de abismo a abismo. Ya no hay ningún tono discordante. Todo es calma y recogimiento en Dios, todo es acción de gracias; el alma se arrodilla con Jesús y María en adoración en el Sancta sanctorum ante el Padre. "Vuestra misericordia infinita ha vencido sobre mi incomprendible miseria" ³⁷.

³⁷ Prop 348; Lumi 310 (julio de 1839).

Visto desde el punto de vista del hombre es, como dice Rudolf Graber, "la tragedia del Infinito en lo finito, en una frágil vasija"³⁸. Pallotti la sentía doblemente fuerte como místico del Infinito. "Esta tragedia, continúa Graber, es por cierto sólo una apariencia. Pues esta plenitud imperfecta del conocimiento de Dios y del amor de Dios, despierta el anhelo y da entonces su dinámica a la vida del cristiano". Ciertamente que esta dinámica no aparta los abismos que, en enormes medidas, se hacen visibles en la vida y en los escritos de Pallotti, sino que despierta aún mucho más el anhelo hacia Dios. Pues otorga, "con el deseo veraz de hacerlas (las obras buenas) infinitas en el número y en la perfección' (XX,1), amar y padecer sumamente por amor a Dios"³⁹.

Visto más de cerca, este movimiento es la tensión entre el temor y la esperanza. La confianza, firme como la roca, nos permite dejarnos caer en Dios, el Amor infinito. Pero cuando el autor dice que él es el mayor monstruo, que él merece todos los castigos del tiempo y de la eternidad, nos parece ampliamente exagerado. No deja de ser una interrogante, si nosotros, alguna vez, fuéramos capaces de decir de todo corazón lo que él ha dicho. Pues percibimos muy poco el peligro en que se sabía metido el santo. Nosotros afirmamos la exclamación de Gregorio I: "¡Qué hay más sublime que la humildad, la cual, mientras se abaja a lo más profundo, se une a su creador que permanece sobre todo!"⁴⁰. Pero nosotros censuramos la humillación y la desconfianza sin fin, que Pallotti predica

38 *Die Gaben des Heiligen Geistes*, Regensburg 1936, p 57.

39 Prop 61; Lumi 69 (1816).

40 S. Gregorio I Papa. *Regula pastoralis* III, 7 (Adm 18).

con la palabra siempre repetida de la *desconfianza en sí mismo*. En una salvedad tal debiéramos darnos aún mucho más cuenta de que el predicador sólo repite la frecuente exhortación de la Sgda. Escritura: "Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (St 4,6). Del mismo modo que no se trata de un pensamiento especial, cuando ve en el temor salvador una parte integrante de la humildad. El hace efectivo el "trabajad con temor y temblor por vuestra salvación" (Flp 2,12). Refleja correctamente la exhortación evangélica a la vigilancia y al cambio escatológico "con temor" (1 P 1,17; cf 5,5-9). Pues al final, el temor lleva a la confianza en Dios y a la "seguridad"⁴¹ feliz; su oración es "la inhalación de la fuerza divina"⁴² y la afirmación: "con Dios lo puedo todo". Aunque la primera frase diga al respecto: "De mi no puedo nada", se trata "del respiro de la insuficiencia humana"⁴³. El primer paso precede necesariamente al segundo. De este modo todo pende de la genuina tensión entre estos dos puntos, incluso cuando el parejo contrario-desconfía en ti, confía en Dios- aparece acrecentado hasta la desmesura. La solución está en que "la confianza y temor salvador" se pertenecen mutuamente.

Lo mismo sirve para el temor y para el amor. El místico que confiesa que Dios está en los hombres, que está enamorado de la miseria (cf XXII,1.3) y que con Catalina de Siena llama a Dios "el loco de amor"⁴³, ha de vivir en un temor de Dios grande correspondientemente. El no

41 V. Pallotti, *Monte di perfezione*, 1846.

42 Ferd. Kastner, *Marianische Christusgestaltung* (configuración mariana en Cristo), Paderborn 1936, 219.

43 "Pazzo d'amore". S. Catalina de Siena, en *Il Dialogo della Divina Provvidenza*, Florencia 1928, cap 30 y 153; a cargo de Innocenzo Taurisanno OP.

olvida nunca la distancia in-finita entre creador y criatura. Vive al mismo tiempo en un temor reverente y en un amor in-finitos. Su vida es una tensión in-finita entre temor reverente y amor. Esto no está opuesto al amor perfecto del que habla 1 Jn 4,17-18, pues el trato confiado con el solo Santísimo enraza por necesidad natural siempre en el temor de Dios y en la adoración.

El motivo más profundo de esta tensión y de este movimiento no está tanto en la vida del alma, sino que viene dado en el ser en cuanto tal. La naturaleza misma del hombre es la causa generadora, es decir, en el fondo: Dios, el creador de la naturaleza humana. El es el que mueve esta corriente de un polo al otro.

7. EL SER A IMAGEN Y A SEMEJANZA DE DIOS

El amor es una fuerza que tiende a la acción semejante. El amor -Dios es amor- urge a Dios a derramar su vida en sus criaturas, a hacerse el hombre semejante a El. En todas las meditaciones resuena este tema. Es el acorde básico del que todo arranca y al que todo fluye de vuelta. El ser a imagen y a semejanza de Dios del hombre, dado por naturaleza, elevado y hecho efectivo por Cristo, consumado en la gloria, es la suma dignidad de toda la humanidad. "Ser transformado todo, totalmente en Dios, serle totalmente todo semejante", como dice Pallotti a menudo y a gusto, este es el fin último de toda búsqueda de Dios.

También en su obra *Le orazioni*, Roma 1978, p 46 (oratio IV) usa: "fuoco d'amore, pazzo della fattura tua".

Sobre esta temática en general cf Scheller OP, *Gebete der hl. Katharina von Siena* (Oraciones de S. Catalina de Siena), Vechta 1936, 24.

El 12 de mayo de 1849 -es decir, en el escondrijo del Colegio Irlandés- Vicente escribe: "En cada momento os queréis comunicarme todo a mí con todo vos mismo, uno en la esencia, trino en las personas, infinito en los atributos y con todas vuestras perfecciones infinitas, para comunicarme todo en todo vos mismo, para hacerme uno con vos Padre, Hijo y Espíritu Santo"⁴⁴.

Igualmente ora él pocas semanas antes de su muerte en sus últimos días de retiro (del 25 de noviembre al 1 de diciembre de 1849) con palabras que se podría pensar, que él mismo haya pasado verbalmente de estas meditaciones a sus notas espirituales o al revés: "¡Dios mío! Con amor infinito os habéis dignado crearme a vuestra imagen y semejanza. Me habéis concedido el don del libre arbitrio para sacar provecho de él. A fin de que me perfeccione a mí mismo en cuanto soy viva imagen de todo vos Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de todos vuestros infinitos atributos y perfecciones. Pues me queréis hacer semejante a vos en la gloria, y en todo vos en vuestra esencia, en las personas, en los atributos, en vuestras infinitas perfecciones y en todo vuestro ser eterno, infinito, inmenso, incomprensible. ¡Oh amor incomprensible!"⁴⁵.

Por Raffaele Melia sabemos que, Pallotti predicaba con preferencia sobre el ser imagen de Dios y el ser miembro de Cristo. Vicente -así nos informa Melia⁴⁶- hacía visible a sus oyentes "el gran beneficio recibido por los cristianos al ser elevados a la dignidad de hijos de

44 Prop 565; Lumi 277.

45 Prop 570; Lumi 749.

46 En la "Copia publica - Processo Apostolico" Vol III, cap VIII, p 1313 ("Vita grande" I cap 7) sin publicar.

Dios y hermanos de Jesucristo". Y añade Melia: "Que él exponía con palabras tan afectuosas que movían al llanto".

Esta doctrina, claramente destacada también en sus últimas notas, del ser a imagen de Dios del alma y su total transformación en Dios nos hace tan valioso este librito.

¿Pero cómo es esto posible, si él por todas partes señala al hombre, incluso a sí mismo -aunque sea sacerdote de Dios, como "nada, peor que la nada, infinitamente por debajo del puro abismo de todos los pecados"? ¿No falsifica Pallotti la imagen del hombre? ¿Qué tiene que ver este hombre con el ser a imagen de Dios?

Con ello Pallotti sólo describe al hombre que está en contra de lo divino, que se desentiende de Dios, al hombre "bestial". "En el hombre se halla metida, desde el comienzo, la capacidad para la resistencia. Y porque la resistencia no es digna del ser a imagen de Dios, está simbolizada en el animal, que no sabe nada de un Dios personal y prohibidor"⁴⁷. Cuando piensa en ello el que tiene a su cargo la pastoral, se asusta. La capacidad para la resistencia es, excesivas veces, tanto como la oposición misma en la naturaleza humana perdida por el pecado original. Y sin embargo, para Pallotti está claro como el sol: "Si la criatura no pusiera inpedimento alguno, El (Dios) se derramaría sin medida, ya que, por su parte, no pone medida; pues su medida es su infinita caridad"⁴⁸.

Es horrible: Dios, el infinito, quiere darse -en cierto modo- sin medida; y el hombre lo impide, se opone pre-

47 Bernhart Josef, en *Theologie der Zeit*, 1936, 2/3, p 74.

48 MmE 25,2.

cisamente a esta comunicación amante de Dios. El obra, de este modo, contra la propia disposición de la naturaleza que le ha sido donada, para que se haga imagen e hijo de Dios. Bajo la condición de animal, se hunde el hombre en el pecado. Con ello se vuelve infra-animal y demoníaco. Aunque no siempre peque mortalmente, ¿no es la incesante desfiguración de la imagen de Dios, la permanente oposición en contra del amor, que se dona infinitamente, algo horrible? El hombre debería ser luz eterna en Dios. Pero se rebela. El, que también en su hermosura querida por Dios es como una nada, se compara con el Infinito. Pero en esta rebelión contra Dios; él se hunde en cierto modo "infinitamente bajo la pura nada".

Sin embargo, Dios ha llamado al hombre a lo más glorioso: "Dios se hizo hombre, para que el hombre se haga Dios"⁴⁹, dice san Agustín -o como se expresa su maestro san Ambrosio: "La palabra se hizo carne, para que la carne se haga Dios"⁵⁰.

Para Pallotti, estos dos textos de los Padres le significan el más breve resumen de toda la doctrina sobre Dios y sobre el hombre, lo más profundo y lo último. El oye hablar al Infinito: "No seré yo mudado en ti, sino tú serás mudado en mí"⁵¹.

Ante un no total se plantea un sí total: El hombre plenamente animalizado y el hombre plenamente divinizado.

49 *Sermo 13 de tempore*. Así lo leyó Pallotti en su Breviario Romano, segundo nocturno en la víspera de la Epifanía.

50 De Virg. lib 1. Cf Collsp 194.

51 Non Ego mutabor in te, sed tu mutaberis in Me (Prop 505, 557; Lumi 460-461, 472-473).

En cada meditación, estos dos hombres surgen ante Pallotti ⁵² -mejor dicho: en él- y quiera Dios que también nosotros los veamos en nosotros mismos. Y con un horror que ya ha visto el juicio sobre el mundo, expulsa Pallotti al hombre opuesto a lo divino. Pues sólo por eso debe “ser destruida y aniquilada toda su vida”, para que “toda la vida de nuestro señor Jesucristo y la vida de la santísima Trinidad, de la Virgen María, de todos los ángeles y santos sea toda su vida para siempre” ⁵³.

La “mística del apostolado” ⁵⁴, santa Catalina de Siena, ofrece de modo sorprendente la misma visión de conjunto de las contradicciones más opuestas. El P. Scheller OP escribe: “Sorprende oír hablar a la santa, por una parte, de la gran oposición entre Dios, que es el ser, y la criatura, que frente a El no es nada; y, por otra parte, de la conformidad y de la coincidencia” ⁵⁵.

Tal contradicción tratamos de solucionar en Dios con la “coincidencia de los opuestos” y con la “docta ignorancia” de la que habla Nicolás de Cusa, entre otros.

Pero no debiéramos pasar por alto que, ante la capacidad de conocimiento agraciada por Dios de una Catalina de Siena o de un Pallotti, nuestro entendimiento es comparativamente torpe. Reflexionando sus pensamientos y

⁵² Cf La mejor exposición resumida de Pallotti sobre el ser a imagen de Dios. (*Dio mio, chi siete Voi, e chi son io* = Dios mío, quien sois Vos, y quien soy yo; en Prop 553-564; Lumi 462-483, que Pallotti escribió para Virili).

⁵³ Ibid y a menudo.

⁵⁴ Leclercq-Kaufmann OP, *Die Mystikerin des Apostolates* (La mística mujer del apostolado) Vechta i. O., 1929.

⁵⁵ *Gebete der hl. Katharina von Siena* (Oraciones de ... Vechta 1936, p 18.

sintiendo su admiración a posteriori, primeramente, tendríamos ante los ojos la incomprendibilidad de esta contradicción. Sólo así podremos comprender conociendo y reconocer adorando que el Sin-nombre es en sí mismo el ser y que ante El el ser creado es totalmente de otro modo, que antes no es que es.

Para aclarar mejor tal contradicción, a la que, al mismo tiempo, se puede tender o no tender un puente, echemos una mirada al maestro Eckhart, quien en la búsqueda de la realidad original, igual que Pallotti, ha visto y ha experimentado lo paradójico: cómo la “ignorancia” supera a la “ciencia docta”. Lo que Alois Dempf ⁵⁶ dijo de ello, atina exactamente con lo que Pallotti enseñó. De este modo podemos decir: Ambos -los dos eran “amantes de lo Infinito”- anuncian, “al mismo tiempo, la nada de la criatura y la divinización del hombre por la gracia: la plena no- semejanza del creador y de la criatura y la plena semejanza del creador y de la criatura; y precisamente la plena no- semejanza y la semejanza a la vez; la no- semejante semejanza del ser infinito y finito”. Ciertamente existe siempre, como añade Dempf a las palabras recientemente mencionadas, el siguiente peligro: “El arte del sí y del no es escuchado, por los de un lado o por los del otro sólo a medias”. Aún más sucede esto, cuando de los altos senderos del pensamiento bajamos al ámbito de lo normal de la vida. En los niveles del hombre predominantemente dispuesto a lo natural, es pasado por alto

⁵⁶ Meister Eckhart, *Eine Einführung in sein Werk* (una introducción en su obra), Leipzig 1934 (Vorwort: Meister Eckharts Verhängnis pp 13-15 ó el artículo con el mismo título en *Hochland* XXXII (1934) cuadernillo X, según el cual citamos aquí).

totalmente este arte del sí y del no. Tanto al no como al sí, a ambos se les cierra el oído. En general, inconscientemente, el hombre movido por los instintos, en lo más hondo, rechaza la palabra de la humildad infinita y a quien se lo dice, y se ciega consecuentemente en su trivial arrogancia también a las alturas vertiginosas de la incomprensible intimidad con Dios.

Además, ambos abismos se hallan reunidos en los escritos palotianos múltiplamente juntos y entremezclados. Donde encuentres tú un no abismal, allí hallarás a menudo también el sí ascendente hacia las alturas infinitas. Los textos ofrecidos anteriormente son en general trozos de la corriente alterna que va de la nada al todo, líneas tajantes entre la criatura y el creador, recortes de un cuadro del alma, estremecedor, clarioscuro, infernal y celeste, divino y humano. Y cuando Pallotti acaba las oraciones y las jaculatorias a veces con un "¡Mi Dios!, más-más-más, todo-todo-todo, nada-nada-nada, todo" o añade el signo matemático del infinito, entonces bien podemos valorar este "todo-nada-infinito" como su auténtica firma. De fijo que él sufre por estas contradicciones de las tensiones, pero las amaestra.

El ritmo del sí y del no desmesurado pertenece, pues, esencialmente a este modesto sacerdote de Roma. Quien sabe que el cegador brillo de la luz del ser imagen de Dios, -el cual hasta nos introduce "dentro de la esencia de Dios, totalmente en Dios"- ilumina desde la tiniebla del pecado y de la reprobación humana, ése no se extrañará cuando Pallotti añada al diluvio divino de luz en el hombre la más profunda oscuridad.

Como Vicente ha impregnado su característica a sus comunidades apostólicas en todo, de igual modo también

aquí. Sobre la semejanza con Dios del alma él construye el deber general del apostolado⁵⁷. El apostolado como seguimiento de Cristo y como conformación con Cristo fundamenta por último en el ser imagen de Dios del hombre y aspira a ella. Ambos están unidos recíprocamente en una relación continuadora y mutuamente perfeccionadora. Sí, esta verdad le es tan importante a Pallotti que él la incluye en la fórmula de la consagración solemne⁵⁷. De ella deduce él la obligación al amor, por el que consecuentemente nosotros estamos obligados a la entrega total. Amor, entrega total, consagración, conformación con Cristo están entrelazados aquí hacia una admirable unidad, pero basan todos en el ser a imagen de Dios del hombre.

8. CUANDO LAS FÓRMULAS ESTAN LLENAS DE VIDA

Cuando continuamente surgen los mismos pensamientos resulta de suyo que, involuntariamente, también se usan las mismas palabras. Pero en el caso de Don Vincenzo, es más que involuntario; en cierto sentido es voluntariamente.

El motivo más profundo de por qué Pallotti es un hombre unido a formas, a pesar de su carácter tempestuoso y progresista, es su naturaleza reflexiva. No podemos discutir cómo se puede relacionar esto con su disposición interior, con su aspiración, con su ideal personal. Noso-

⁵⁷ Cf Regole fondamentali, Roma 1944, pp 85-90; en castellano: Reglas fundamentales, Carranza 1981, pp 85-92.

tros sólo nombramos el hecho, lo esclarecemos en cuanto posible, e indicamos sus valores para nosotros.

El estilo de Pallotti, si prescindimos de la construcción entrelazada de la frase, es “claro, sencillo, fácil; él no quiere agradecer a nadie”⁵⁸. El, que tenía la capacidad de escribir de una forma consumada, quería ser en primer lugar apóstol. Por eso él se esforzaba en ir “no con el prestigio de la palabra o de la sabiduría”, y en predicar con “los persuasivos discursos de la sabiduría” (1 Co 2,1.4). No es de un “estilo hacia lo sublime, sino simple y evangélico”⁵⁹; es bíblico, totalmente embebido de la Biblia. Como ella, usa él para los mismos pensamientos las mismas palabras. Al repetirse continuamente los pensamientos básicos y no esforzarse por el uso de otras palabras, se amontonan precisamente las repeticiones y las formas fijas.

Sobre estas formas hay que tener en cuenta inicialmente los aspectos siguientes:

1. Vicente procede servera y lógicamente según un plan previamente marcado. Además, a él le gusta nombrar todos los contextos, motivos y efectos. Quiere decir todo de una vez. Esto significa un volver continuo a las verdades básicas que sirven de soporte. Es decir, no se trata de una divagación, sino una sobrestimación de las verdades fundamentales. En Pallotti también tiene vigencia lo que Otto Karrer dice sobre Eckhart: “Ciertamente domina un gusto en el afinado más consumado de los

⁵⁸ MmE 21,1; 24,3; 30,3.

⁵⁹ V. Pallotti, *Ordo et preces sacrarum functionum* C.A.C., Roma 1936, 46.

pensamientos y la expresión más fuerte le es siempre la más querida”⁶⁰. Pero no domina tanto el ardor de los sentimientos que se prodiga en imágenes llenas de fantasía, sino el espíritu. Eugen Weber⁶¹ dice con razón de las oraciones de Pallotti, así como de todas sus notas que “no tienen fantasía”. Es este un motivo de por qué tienen poco eco en mucha gente.

2. Los giros lingüísticos establecidos no son para él lo que nosotros entendemos normalmente como fórmulas. Para él son vida latente; aunque dominada y obligada a la calma: ardor contenido. Por eso, cada palabra se ha de tomar en serio; así como él toma plenamente en serio la palabra de Dios. La vida son sus fórmulas, aunque de momento parezcan poco visibles. pero el mañana y el pasado mañana lo reconocerán en sus frutos. Así el hombre que desde la juventud se ejercitó en ejecutar cada acción conscientemente, que escribió en la bandera de su comunidad apostólica: “reavivar y reencender todo”, no tenía en sí mismo y de suyo nada anquilosado.

Cuando habla de Dios, cada vez tiene que decir: infinito, eterno, inmenso, incomprendible. Pues su idea de Dios, sólo sabe de un Dios así. No es un mero recuerdo de lo aprendido en su época de formación, cuando él habla tan a menudo del “Dios uno y trino”, “simple en su ser, trino en las personas, infinito en sus atributos y perfecciones”. El lo tiene que decir así; pues, cuando él

⁶⁰ *Die große Glut* (Textgeschichte der Mystik im Mittelalter) – El gran ardor (Historia de los textos de la mística en la Edad Media) –, Munich 1926, 306.

⁶¹ V. Pallotti, Limburg 1927, 245.

piensa en Dios, surge vivo todo el admirable mundo de Dios en su alma. Tendría que hacer violencia a su corazón, si escribiera sólo: Dios. El tiene que decir: “el infinito amor, la infinita misericordia”⁶², si ha de expresar lo que vive. Tiene que servirse siempre de las palabras “*sempre, tutto*” = “siempre, todo” (total, entero)⁶³. Ha de usar en nuestro pequeño librito seiscientas veces la palabra “infinito”, porque él lleva en sí mismo el Infinito, el Dios todo con todos sus atributos y perfecciones infinitas, el Uno y Trino, el Inmenso e Incomprensible. Entonces se le doblan las rodillas y balbucea: ¡Dios mío, Padre mío, amor infinito, misericordia infinita de mi alma, inefable e incomprensible amor!

¡Cómo debía expresarse de otro modo, cómo habría de transmitir de otra manera lo que ardía en su alma! Infinito, ¿cómo podría buscar él otra palabra en su lugar? Mil veces ya quiso vislumbrar su ojo en la visión abismada en Dios un cabo del amor, y no lo había divisado. Cómo tendía él hacia ese amor en un impulso místico y, sin embargo, nunca podía abarcarlo. Infinito es in-finito. Incomprensible es in-comprensible. ¿Por qué deber él elegir otras palabras y debilitar su contenido?

Cada meditación transmite un conocimiento sobrena-

62 En nuestro librito: 190 veces “amor infinito” y 230 veces “misericordia infinita”. También en los demás escritos numéricamente sobrepasa la palabra “misericordia”. En la in-finita misericordia de Dios se manifiesta lo más visiblemente su amor sin límites.

63 Muchísimas veces, sobre todo en las notas espirituales. En los años 1817-1819, Pallotti puso en abreviatura o escribiendo todo el texto la consigna “D.O.S.-Deus! Omnia! Semper!” = ¡Dios! ¡Todo! ¡Siempre! en el encabezamiento de sus cartas y escritos.

tural y lleno de gracia: ¿Puede introducirla él más sencilla, breve y bíblicamente que con las palabras: “iluminado por la santa fe”? Sólo podemos orar bien en el Espíritu Santo. ¡Cómo habría de empezar él la oración, si no es con la petición litúrgica de pedir socorro para orar bien!

El perfeccionamiento del alma está innegablemente unido a los méritos. ¡Qué admirable! La gracia perfecciona y el hombre adquiere en ello reales y verdaderos méritos. En consecuencia, el hombre tiene que recordarse, en agradecimiento y alegría, cada vez que diga “perfeccionar”, de que esto sólo sucede “meritoriamente”.

Cristo rechazó al criado que envolvió los talentos en un lienzo para empapar el sudor: “¿Por qué no colocaste mi dinero en el banco? (Lc 19,23). A Vicente siempre le sonaban estas palabras en sus oídos. Por eso, en cada página, sale su avaro “*profittare*” - “sacar provecho, aprovecharse”⁶⁴. ¿Por qué se ha de encubrir esta verdad o esta palabra, cuando el Salvador exige también lo evidente tan seriamente? “¿Díme, Vicente” - así habla él el 25 de noviembre de 1849 en su último gran examen de su vida-: “cómo has sacado provecho del amor infinito con el que El te ha creado a su imagen y semejanza?”⁶⁵.

¿Quién ha sacado provecho siempre plenamente del amor infinito de Dios? Pallotti estaba ya convencido desde siempre, de que su vida “forma entre todas las criaturas la primera, más clara e infinitamente abominable historia del abuso”⁶⁶ de todos los dones de Dios y, por tanto, representa también “la verdadera y única historia

64 En nuestro librito sale 87 veces *profittare* o bien *profitto*.

65 Prop 571; Lumi 752.

66 Prop 532; Lumi 732.

de la ingratitud, incorrespondencia y malicia de la criatura en contra del creador”⁶⁷. De este modo ora Vicente: “¡Oh mi Dios, misericordia mía! Tú sólo conoces mi incomprensible ingratitud, desconocimiento y oposición a tu amor infinito”⁶⁸.

Dios da al hombre todo lo que la naturaleza humana puede abarcar. ¿Cómo podría expresar Pallotti más clara y determinadamente la consecuencia y la exigencia resultante que con las palabras “debo, estoy obligado”? El ve el in-finito amor de Dios. Y aquí es donde palidece el concepto de “obra de excesiva obligación”. Pues él sólo sabe aún de un amoroso deber. Vicente forma su vida según la oración de la Iglesia en el Domingo de Ramos en la que dice: “Oh Dios, a quien querer y amar es justicia”. Pues Cristo mismo pone en su boca: “Para ser justo hacia Dios debo amarlo con todo el corazón (XVI,1). “Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (XIX,1)⁶⁹. Ahí es donde desaparecen las diferencias entre culpa grave y venial, entre pecado y

67 Prop 520; Lumi 683.

68 Lumi 728 del 25 de noviembre de 1842; traducción de V. Pallotti, Textos seleccionados, Vitoria-Gasteiz 1988, p 314.

69 Pallotti se refiere muchas veces a las palabras del Señor precisamente también en sus exposiciones sobre el apostolado de los laicos. La cita anterior proviene de la consagración de las palmas del Domingo de Ramos de aquella época.

67. Prop 520; Lumi 683.

68. Lumi 728 del 25 de noviembre de 1842; traducción de V. Pallotti, Textos seleccionados, Vitoria-Gasteiz 1988, p 314.

69. Pallotti se refiere muchas veces a las palabras del Señor precisamente también en sus exposiciones sobre el apostolado de los laicos. La cita anterior proviene de la consagración de las palmas del Domingo de Ramos de aquella época.

negligencia. Todo lo que no es según Dios, está en contra de Dios y, por tanto, es infinitamente detestable ante el amor infinito. Esta medida personal, que él no aplica a los demás, la introduce incoscientemente en nuestras meditaciones (cf XXVII,2).

Cuando el apóstol de los gentiles considera la necesidad del hombre y grita desesperadamente: “¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo que me lleva a la muerte?”. Entonces, lleno de júbilo, le sale de sus labios la respuesta “¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!” (Rm 7,24.25; cf 1 Co 15,57).

Pallotti da, en el fondo, la misma respuesta que Pablo. También ella contiene un júbilo incommensurable en sí misma y no es una fórmula vacía. Igualmente se dirige ella primeramente al Padre y es una oración de acción de gracias a Él. Pero la respuesta de Pallotti suena diferente. Este cuño palotiano de conjunto “por nuestro Señor Jesucristo” de los primeros cristianos es para nosotros sumamente importante. Su legado escrito está sembrado totalmente de él. Además se lo ha dejado a los suyos como preciosa heredad: “*Por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos*”. Así Pallotti forma, en su visión global, la alegre charanga que, al final de cada meditación, anuncia liberadoramente el claro día partiendo de la noche oscura. Pallotti tiene que decir todo. “Por nuestro Señor Jesucristo” no le es suficiente. La fuerza originaria del apremiante amor divino nos ha dado todo en Jesús (cf XXII,1 y XXV,1): todo su cuerpo místico y con él su corazón: María. Vicente tiene ante sus ojos

claro como el sol, que Dios con su unigénito Hijo también nos ha dado la Madre como propiedad personal. El se siente obligado a decirlo. ¡Cómo sería posible tener una meditación sin pensar en María!

¿Sería él capaz de meditar sin los ángeles y los santos? Pero, si él mismo dice* “debo recordar también que, habiéndome dado (Dios) por hermano primogénito a Jesucristo, juntamente me ha dado por hermanos a todos los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento” (XXV,1). Pallotti vive de tal modo en Cristo Jesús que ve a Cristo entero. Y a este Cristo le pertenece -como a menudo él dice- “toda la santa Madre Iglesia: la militante, la purgante y la triunfante”.

A la Jerusalén celestial, según su doctrina y la vida de los ángeles -él siempre se encontraba a gusto con los ángeles-, le pertenecen también los espíritus celestiales.

¿Qué tipo de visión y qué clase de vida hay en esas fórmulas construidas a modo de tesis? Eso que, recién hoy, nosotros creemos volver a vivir correctamente, en eso y por eso mismo se incorpora, vive y obra el fundador de la Sociedad del Apostolado Católico. Aún habría muchas cosas más para reflexionar. Pero si intentáramos completar las verdades que continuamente nos vienen acompañando con su eco, el marco de esta introducción rompería su medida.

Sin embargo, una cosa no podemos pasar por alto: la forma de la oración de acción de gracias. El santo no formula otra oración que aquella en la que él está con Cristo ante el Padre mirando hacia El con agradecimiento. Así la oración se vuelve eucaristía, es decir, oración de acción de gracias; y... ¡qué oración de acción de gracias! Pues no

sólo se exige a quien las reza una fe que mueva montañas, sino una fe en las montañas ya movidas del tiempo escatalógico y de la nueva tierra.

Las palabras “... os ofrezco... en agradecimiento como si ya me hubiéseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre”, superan el tiempo y el espacio hacia lo no-finito; sitúan a cada persona en la fila interminable del género humano. Quien así ora, aspira más allá de sus propios límites. Se vuelve un peregrino del infinito. Sabe que ya ahora recibe más de lo que pide, precisamente infinitas gracias, más de lo que el entendimiento pueda imaginar y más de lo que el corazón pueda anhelar (cf Rm 8,26; Ef 3,20).

¿A nosotros, nos sería suficiente repetir atentamente esta fórmula? No, nosotros debiéramos ir un paso más allá. La oración del místico que acostumbra a decir: “... os ofrezco... en agradecimiento como si ya me hubiéseis concedido todas las gracias a mí y a todos...”, debe ser imitada en plenitud interiormente en permanente agradecimiento.

Repetida así, la fórmula adquiere vida. El formulario se pierde. Cada palabra representa una gran realidad. Se vuelve vivencia.

La exaltación del corazón se expresa en las muchas exclamaciones: ¡oh!, ¡ah!. San Juan de la Cruz, maestro de Pallotti, dice que ahí se hace visible la vehemencia del sentimiento. En el interior del alma vive un sentimiento mucho más poderoso que lo que se pueda expresar por medio de palabras.

De este modo, a pesar de lo que pueda tener de formulista, este librito de meditaciones sobre el amor infinito

nos puede interesar. Se trata de un autorretrato de Pallotti, sin firma, surgido del vivo pulso de su corazón amante, poco antes de que cesara su latido. Por lo demás, hemos de dar por hecho el formarnos según su espíritu, resaltando especialmente dos valores y fuerzas educacionales.

9. LA UNIDAD Y LA PASION

Lo que nuestro tiempo necesita, no son tanto *muchos* pensamientos, ideas bien formuladas. Los hay de sobra. Tampoco escasean los *grandes* pensamientos. Pero, para escoger la expresión más firme, nos falta el *gran* pensamiento.

Esta misión bien puede cumplirla este librito sobre el amor infinito.

Escrito para el pueblo llano, el librito es sencillo bajo cualquier aspecto imaginable, aunque de una profundidad nada fácil de sondear. El valor, contenido en su conjunto interior, apenas puede manifestarse a muchos después de un gran esfuerzo. El hombre, marcado por la pluralidad, se siente rechazado por la uniformidad del lenguaje y de los pensamientos. En lo fundamental sólo hay un pensamiento: Dios, el amor infinitamente comunicativo, que apremia a la criatura al amor recíproco en cada manifestación de su ser por medio de cada acción salvífica, pero también en cada fallo y caída. Y cada vez se deja arrastrar la criatura hacia la fe en el amor infinito. Treinta y una veces desata el amor de Dios las mismas tensiones y oscilaciones en la criatura, la sube a lo largo de la siempre misma escalera de la humildad, de la confianza y del amor, la redime y la conduce a casa a lo largo del eterna-

mente mismo camino por Cristo al Padre. Sí, "las meditaciones quieren en cierto modo martillar el alma con repeticiones conscientes para hacerla suave y manejable a la actividad de Dios"⁷⁰.

Cada meditación es en sí la sencillez misma. En la primera parte se presenta un único pensamiento: la meditación propia. De su contenido trata el alma con Dios en la segunda parte: el desarrollo y la profundización de ese único pensamiento. La plegaria, la tercera parte, que en su construcción interna y externa es la misma en todas las meditaciones, no aporta nada nuevo. El ofrecimiento⁷¹, la cuarta parte, es literalmente siempre el mismo.

Casi es demasiado fácil. Sin embargo, cuánto sentido tiene para el que lo convive que Vicente, por ejemplo, por medio de la oración y del ofrecimiento, aunque misimamente sólo hable de la creación (meditación I a XXI), siempre vuelva a la redención y glorificación, a Jesús, a María y a la Iglesia. Así, por último y en el fondo, pone ante el alma la suma de todas las verdades de la fe, aunque ella sólo persiga un sencillo pensamiento.

Esta sencillez y simplicidad de Pallotti forma. Su vida interior, unitariamente compacta a pesar de toda variedad

70 Cf Prólogo a la segunda edición alemana de Gebete der Schw. Elisabeth von der hhl. Dreifaltigkeit, *O mein Gott, Dreifaltiger, den ich anbe* (Oraciones de la Hna. Isabel de la Stma. Trinidad, ¡Oh mi Dios trinitario, a quien adoro!), Explicada por Vandeur OSB, Regensburg 1931.

71 En el escrito primitivo, el ofrecimiento de la Sangre de Jesús formaba la parte última de la oración; y no fue separado por él formalmente hasta la trigésima meditación. Recién en la meditación trigésimo primera que él escribió después de la reelaboración de las treinta meditaciones precedentes, aparece el ofrecimiento como un apartado cuarto y autónomo.

universal, produce también en nosotros más unidad por medio de estas meditaciones casi uniformadas. Pallotti no sería el gran guía, si no valiera también para él lo que se dijo del fundador de la Compañía de Jesús: Era un hombre "de pocas ideas, pero grandes"⁷².

La segunda fuerza silenciosa de la formación es de suyo sólo un efecto de la educación para la unidad. Un texto de san Buenaventura sobre Dios dice: "Por eso es máximo, porque es simplísimo. Y en verdad, siendo como es simplísimo en la esencia, por lo mismo ha de ser máximo en la virtud o potencia, que cuanto más unida esté la virtud, tanto más infinita es"⁷³.

No nos faltan los grandes pensamientos, pero nosotros les faltamos a ellos. Les faltamos, porque nos falta la pasión por ellos.

¿Cómo nos da, pues, Vicente la gran fuerza y pasión? En ninguna parte nos hace tomar propósitos. Apenas da aplicaciones prácticas. Tampoco crea una postura apostólica de inmediato. El sólo quiere la postura correcta ante Dios. Nos quiere unir a Dios, hacernos semejantes a El. (Con ello nosotros queremos destacar lo más claramente posible las presentes meditaciones, y no tanto juzgar sobre métodos de meditación). En cualquier caso, sorprende que Pallotti prescinda aquí de verdaderos propósitos y aplicaciones; totalmente en contraposición a sus otros escritos en los que procede desde este modo tan antiguo. Pero es que aquí escribe su corazón.

⁷² Otto Karrer, *Des hl. Ignatius von Loyola Geistliche Briefe und Unterweisungen* (Cartas e instrucciones espirituales de san Ignacio de Loyola) Freiburg 1922, p 2.

⁷³ *Itinerarium mentis in Deum*; Obras completas de san Buenaventura, tomo I - BAC, Madrid 1945, pp 618-619.

— Sin importarle los propósitos santificados, se dirige a avivar el ardor interior: el amor al amor infinito.

— Nos preguntamos si esto nos da prudencia y fuerza para un trabajo minucioso y tenaz en nosotros mismos, si nos mantiene abiertos a todas las interrogantes de la vida, si nos da una voluntad tan decisiva como para crearnos un espacio cristiano de vida y encontrar el estilo de vida que es verdaderamente católico y que no se aferra a formas provenientes del pasado, si esto nos anima a la acción con alegría buscando y seleccionando los medios. En una palabra: ¿es éste el camino para el apostolado?

Sí, Pallotti lo dice. Lo dice, pero no lo enseña; sino que guía. Guía para hacer fuerte para la lucha victoriosa con el mundo y, en primer lugar, guía a la lucha con Dios. *Divina pati*, padecer por Dios, contraponer siempre lo finito a lo infinito, atreverse a medir lo humano según lo divino; dejarse dominar por la gloria, la grandeza y el amor infinito de Dios; hacia ahí quiere guiar él. ¿No es un riesgo? ¿No crea esto personalidades que, porque están formadas a imagen de Dios y por Dios, trabajan independiente y espontáneamente por el reino de Dios?

Dios aplasta el ego humano cuando domina. Exponer lo finito a merced de lo infinito significa dejar penetrar sin impedimento alguno el ardor original, el amor de Dios, de Cristo y de María. Un amor que quiere impulsar de nuevo hacia fuera, que quiere seguir fluyendo: fluir por medio del hombre divinizado hasta la reacción inanimada. Un amor, sin embargo, que refleja de nuevo y reconduce a Dios, al Dios personal. Las verdades de la fe, que Pallotti nos da a meditar, sólo son puertas a través de las que lleva a decir un "vos" (tú filial y directo) al Padre

totalmente respetuoso, pero igualmente confiado, para balbucear un amoroso Abba. La reflexión primera sólo tiene el fin de inquietar el corazón y el sentimiento, el despertar la voluntad. Pero no sólo la voluntad de hacer o dejar esto o aquello, sino la voluntad de querer a Dios con un corazón apasionado.

Quien desde este vos personal quiere ir totalmente a Dios, ése será apóstol siempre, y en todas partes y en todas las situaciones de la vida, correspondiendo a su carácter propio.

En el pleno desarrollo de sus condicionamientos, él será una corporización viva y natural de la petición del Padre Nuestro: Venga a nosotros tu reino.

Así Pallotti forma apóstoles llenos de gracia y de fuerza, llenos del único Espíritu Santo, del amor esencial del Padre y del Hijo.

10. PARA ENTRAR FINALMENTE EN EL TEMA

Nada nos parece más acertado y más profundo que resumir, finalmente, lo dicho y lo que en general se pueda decir de este librito sobre el amor infinito; nada hay que nos manifieste más claramente su espíritu que las palabras con las que *san Buenaventura* introdujo su "*Itinerarium mentis in Deum*". Queremos dejar, por tanto, que se vaya apagando el eco de nuestra introducción y, al mismo tiempo, nos introduciremos en el santuario de las meditaciones: "nadie, en efecto, está dispuesto en manera alguna para las contemplaciones divinas que llevan a los excesos mentales, si no es, con Daniel, varón de deseos. Y los deseos se inflaman en nosotros de dos modos: por

el clamor de la oración, que exhala en alaridos los gemidos del corazón, y por el resplandor de la especulación, por la que el alma directísima e intensísimamente se convierte a los rayos de la luz.

Por eso primeramente invito al lector al gemido de la oración por medio de Cristo crucificado, cuya sangre nos lava las manchas de los pecados, no sea que piense que le basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada.

Propongo, pues, las siguientes especulaciones a los prevenidos de la divina gracia, a los humildes y piadosos, a los compungidos y devotos, a los ungidos con el óleo de la alegría y amadores de la divina sabiduría e inflamados en su deseo; a cuantos quisieren, en fin, ocuparse libremente en ensalzar, admirar y aun gustar a Dios, dándoles a entender que poco o nada sirve el espejo puesto delante al exterior, si el espejo de nuestra alma no se hallare terso o pulido. Ejercítate, pues, hombre de Dios en el agujón remordedor de la conciencia, antes de elevar los ojos a los rayos de la sabiduría que relucen en sus espejos, no suceda que de la misma especulación de los rayos vengas a caer en un foso más profundo de tinieblas"⁷⁴.

Lo que el maestro seráfico escribe en el mismo libro (cap. 7) sobre la visión mística, también sirve para el espíritu de las meditaciones de Pallotti:

⁷⁴ *Itinerarium mentis in Deum*, San Buenaventura, cf n 72 p 558-560.

“Ni nadie la recibe (esta visión), sino quien la desea; ni nadie la desea, sino aquel a quien el fuego del Espíritu Santo lo inflama hasta la médula. Por eso dice el Apóstol que esta mística sabiduría la reveló el Espíritu Santo...”

Y si tratas de averiguar cómo sean estas cosas, pregúntalo a la gracia, pero no a la doctrina; al deseo, pero no al entendimiento; al gemido de la oración, pero no al estudio de la lección; al esposo, pero no al maestro; a la tiniebla, pero no a la claridad; a Dios, pero no al hombre; no a la luz, sino al fuego, que inflama totalmente y traslada a Dios con excesivas unciones y ardientísimos afectos ⁷⁵.

⁷⁵ *Itinerarium mentis in Deum*, San Buenaventura, cf n 72 p 630-633.

VICENTE PALLOTTI

DIOS EL AMOR INFINITO

A TODOS LOS FIELES,

*hermanos
en nuestro Señor Jesucristo crucificado.*

Nadie es capaz de sacar provecho de algún objeto precioso, si no conoce el valor y el beneficio que pueda sacar de él para sí y para los demás. Por eso, todos nosotros, los que estamos en preferencia ante tantos millones de hombres favorecidos por el don de la fe, tenemos necesidad de conocer o al menos de recordar a la luz de la fe el amor infinito y la misericordia infinita, con la que Dios nos ha creado y nos conserva, nos ha redimido y nos ha santificado con la gracia del santo bautismo. Y si hemos perdido la gracia del santo bautismo por haber pecado, el mismo Dios, continuamente ofendido por nosotros, nos santifica de nuevo con el sacramento de la penitencia. Aún más, nos vuelve a llenar de sus dones con el sacramento de la confirmación. Y todavía más nos santifica con la santísima eucaristía, porque nos quiere glorificar con amor infinito por toda la eternidad.

Por consiguiente, en estas pocas páginas, recordaremos aquellas verdades de la fe que ya conocen todos los católicos; las cuales están contenidas en el Símbolo Apostólico, vulgarmente llamado el *credo*¹. [En él, los

¹ [...] La primera redacción decía así:

Todas aquellas operaciones de Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, son obras de su infinito amor y de su misericordia infinita. ¡Ay de nosotros si

santos Apóstoles, con otros tantos artículos de la fe, han expresado con pocas palabras la obra divina de la creación, de la conservación de todas las criaturas y de la redención, santificación y glorificación eterna de nuestras almas.

Y puesto que Dios ha hecho todo con amor y movido por su infinita misericordia a favor nuestro,¹ así oraremos para conocer y recordar el amor infinito y la infinita misericordia de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo para disponernos siempre mejor a sacar provecho de ellos como Dios quiere, según los designios amorosísimos de su misma infinita misericordia.

no sacáramos provecho! Pero, para sacar provecho de ellos, tenemos necesidad de conocer este amor infinito y esta infinita misericordia al menos, en cuanto es posible, según las luces de la fe.

Sin embargo, ¿quién querrá ser tan atrevido que crea poder hacer conocer a los hombres el amor infinito de Dios y su infinita misericordia, con la cual nos ha creado, nos conserva, nos ha santificado y nos quiere glorificar y beneficiar por toda la eternidad?

Por consiguiente, recordemos más bien las iluminaciones de la fe y oremos al Padre de las Misericordias, porque, aunque por nuestros pecados somos infinitamente indignos de ser iluminados para conocer su amor y su misericordia infinita, con ella ha obrado y quiere obrar en favor nuestro y de todos por toda la eternidad.

También por su misma infinita misericordia amorosísima, y por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo y por la intercesión de María santísima, de todos los ángeles y de todos los santos —que han sacado provecho más que todos del amor infinito y de la misericordia infinita del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo— nos conceda la gracia y la misericordia de conocer este amor infinito, esta misericordia infinita. (Que de este amor) no conocido por nosotros, no correspondido por nosotros, ultrajado siempre y varias veces al día por nosotros con la más monstruosa ingratitude, saquemos provecho de él, como Dios quiere.

Cada uno de los fieles podrá sacar provecho del presente opúsculo, leyendo cada día al menos una de las verdades de la fe y recitando con fervor la correspondiente plegaria que sigue. Felices aquellos padres de familia y aquellos superiores de los hospicios, casas asistenciales y comunidades de cada especie que, en sus oraciones comunes de la tarde o de la mañana, se unan a este piadoso ejercicio de fe, a ser practicado siempre para sacar provecho del incomprensible don de la fe, según las miras del amor infinito y de la infinita misericordia de Dios.

ARTICULO PRIMERO

del

Símbolo Apostólico

Creo en DIOS Padre, todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra.

I

Dios, feliz en sí mismo, movido por su amor infinito y por su infinita misericordia, hace la obra de la creación para comunicarse todo él mismo a sus criaturas.

1.

Iluminado por la santa fe, creo que existe un Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible, infinitamente feliz en sí mismo desde toda la eternidad. Uno en la esencia y trino en las personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, infinito en los atributos y perfecciones; todopoderoso, que puede hacer todo, exceptuado el pecado y la muerte, porque es vida por esencia y santidad infinita.

Creo que la primera persona se llama Padre, porque ha generado y genera, desde toda la eternidad y por toda la eternidad, la segunda persona que es y se llama el Hijo. Y creo que Dios mismo, sin tener necesidad de las criaturas, igualmente con amor infinito y movido por su infinita

misericordia, ha creado de la nada el cielo y la tierra y todo lo que existe en el cielo y en la tierra.

2.

¡Mi Dios! Vos sois infinitamente feliz en vos mismo desde toda la eternidad y por toda la eternidad. No necesitáis de nadie. ¿Y por qué desde toda la eternidad habéis dado el amoroso decreto de crear el cielo y la tierra?

¡Ah, mi Dios! La fe me recuerda que vos sois bondad infinita y, como tal, sois infinitamente difusivo. Con amor infinito, desde toda la eternidad, habéis decretado misericordiosamente la obra inefable de la creación de todo el universo para difundiros en vuestras criaturas todo vos mismo eterno, infinito, inmenso, incomprensible.

¡Ah, mi Dios! La fe me recuerda que habéis llevado a cabo el amoroso decreto de la creación y que, antes de crear al hombre, habéis creado el cielo y la tierra; en el cielo los ángeles, y en la tierra todo lo visible. Los ángeles, que son beatísimos espíritus, para asistir a los hombres en las necesidades del alma y del cuerpo. Todo lo visible al servicio del hombre; a fin de que esté provisto también de todo lo menester para las necesidades de la vida presente, para usarlo en cuanto baste para llegar al último, único, beatísimo fin.

¡Ah, mi Dios! Vos habéis visto, desde toda la eternidad, cuán pocos han conocido vuestro infinito amor y que aún menos han sacado provecho de él, y cuántos, en gran número, se han servido de vuestros mismos dones y

de todas las cosas creadas para pecar; por consiguiente para ofenderos, para ultrajaros. Pero vuestro amor infinito es infinitamente misericordioso. Por eso ha vencido el amor, que infinitamente os impulsa a daros todo vos mismo a aquellos pocos que os quieren recibir.

¡Ah, mi Dios! La santa fe me recuerda todas estas verdades de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia. Mas, ¿quién podrá llegar a conocerlas y a sacar provecho de ellas como vos queréis?

¡Mi Dios! Vos solo me podéis iluminar y ayudar. Por eso, por vuestra misma infinita misericordia, ayudadme a orar así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra!

Vos solo comprendéis mi monstruosa ingratitud hacia vuestro amor infinito y hacia vuestra infinita misericordia, con la cual habéis creado los ángeles para asistirme en el alma y en el cuerpo, y todas las demás criaturas para proveer todas las necesidades de mi vida presente. Por mi propia ingratitud, vos solo comprendéis cuánto más indigno soy de tener el don de recordar siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, y de sacar provecho de ella como vos queréis. Mas, todo me lo concedéis por vuestra misma infinita misericordia y por los méritos de Jesús, de María santísima, de los ángeles y de los santos.

4. Ofrecimiento²

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

II

De la creación de los ángeles en general, a beneficio también de los hombres.

1.

Debemos recordar que, según las luces de la fe que tenemos de las Sagradas Escrituras y de las declaraciones de los santos Padres, todos los ángeles están divididos en tres jerarquías y cada jerarquía está compuesta de tres coros. En la primera están los serafines, los querubines y los tronos; en la segunda las dominaciones, las potestades y los principados; en la tercera las virtudes, los arcángeles y los ángeles. Y cada coro está compuesto de un número casi innumerable de beatísimos espíritus, todos siempre ocupados en amar, alabar, bendecir, adorar, con-

² Pallotti hace notar: "A ser repetido siempre después de la plegaria que sigue a cada punto". La redacción primitiva decía: "Y con los santísimos corazones de Jesús y de María os ofrezco la sangre preciosísima de Jesucristo en agradecimiento como si me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre."

templar y agradecer a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; y todos siempre obedientes a las órdenes de Dios.

Dios siempre está ocupado en comunicar a los hombres sus dones, sus gracias, sus misericordias, o inmediatamente por sí mismo u ordinariamente por medio de los ángeles de la guarda³. Aunque a veces, según las necesidades mayores de los hombres, comunica gracias mayores por medio de los ángeles de los coros superiores, inmediata o mediatamente, para hacerlos llegar a la incomprensible beatitud de la eternidad.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío, amor infinito de mi alma, misericordia mía infinita, inmensa, incomprensible! ¿Quién puede llegar a comprender el amor infinito y la misericordia infinita de tus amorosos y misericordiosísimos inventos hacia nosotros? Pues, tanto estimáis nuestra alma que creéis sabiamente empleada toda vuestra obra y el ministerio de tantos millones de ángeles para proveer todas nuestras necesidades del alma y del cuerpo, para ser ayudados y no impedidos en la consecución de nuestro único, último, beatísimo fin; que sois todo vos mismo en la manifestación de vuestra gloria inmensa, infinita, eterna, incomprensible.

¡Ah, mi Dios! La santa fe me dice todo esto. Y yo no he sacado nunca provecho de ello. ¿Quién podrá llegar a

³ Con esta referencia Pallotti no se opone a la mediación universal de María, que enseña en otro lugar.

comprender mi ingratitud? ¿Y quién podrá cantar, alabar, bendecir y agradecer cuanto merece vuestro amor infinito y la misericordia infinita con la que durante tantos años me habéis soportado en mi monstruosa ingratitud? ¡Ah! Por vuestra misma infinita misericordia ayudadme, ahora y siempre, a orar así:

3. Plégaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Mi amor infinito, autor y distribuidor ingenioso de la gracia!

Vos comprendéis el horrendísimo monstruo de ingratitud que yo soy ante vos, por no haber sacado provecho, como debía, de los amorosísimos inventos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia al comunicarme vuestras gracias, y por el abuso mismo que yo he hecho de este amor y misericordia infinita.

¡Oh! Cuánto más indigno me he hecho yo de vuestros dones, de los que tengo tanta mayor necesidad cuanto más he abusado de ellos. Mas, por vuestra misma amorosísima misericordia infinita, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima, de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza de que no sólo me recordaréis, según las luces de fe, la preciosa variedad de las gracias que por medio de los coros angélicos me habéis comunicado misericordiosamente y me queréis comunicar abundantemente, sino que también, cuanto mayor es mi indignidad tanto más abundantes y eficaces me las concederéis, para sacar provecho siempre de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia, como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

III

Del ministerio que ejercen los ángeles de la primera jerarquía en nuestras almas.

1.

Illuminados por la santa fe, debemos recordar que Dios, amor infinito y misericordia infinita de nuestras almas, quiere que todas las almas, también mientras viven en esta tierra, tengan en sí un reino que es su santo amor. Por eso dijo nuestro Señor Jesucristo: El Reino de Dios está en vosotros ⁴. Y este amor hace que el alma tenga a Dios en sí. Por eso dijo san Juan: "Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" ⁵.

En tal estado, el alma no posee un reino de la tierra, sino que posee a Dios que es infinitamente más que todos

⁴ Regnum Dei intra vos est (Lc 17,21).

⁵ Deus caritas est, et qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo (1 Jn 4,16).

los reinos existentes y posibles. Y lo posee en el orden de la gracia santificante que la dispone a poseerlo por toda la eternidad en la gloria. De modo que apenas un alma consigue hacer un acto de amor a Dios, merece el paraíso. Por eso dijo santo Tomás: "Cualquier acto de caridad merece la vida eterna" ⁶. Y la posee en cada momento con la capacidad de acrecentar el reino. Por así decir, el alma que vive en el amor de Dios, en su gracia, puede adquirir tantos paraísos multiplicados cuantos son los pensamientos, las palabras, las obras buenas que hace en todos los momentos, y que los hace por amor a Dios. Pero, no sólo cuantos son los fines buenos por los que piensa, habla, obra, desea, sino también en las cosas más indiferentes con tal que todo se haga por amor a Dios, exceptuado el pecado. Y si el alma que posee el reino del amor de Dios intenta hacer explícitamente, con humildad, amor y confianza, todo por todos los fines buenos que agradan a Dios -los cuales son tantos que nosotros no llegaríamos a comprenderlos-, entonces el alma merece en todo, por así decir, *tantos paraísos aparte*, o sea, el paraíso en tantos grados de gloria cuantos son los fines buenos para los que piensa, habla y obra por amor a Dios.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Esta es la verdadera riqueza eterna, infinita, inmensa, incomprensible, que pueden y deben alcanzar todas las almas!

⁶ Quilibet actus caritatis meretur vitam aeternam (S. th. II, II, q. 24, a. 6, ad I responsio; cf I, II, q. 114, a. 7, ad 3 responsio; I, q. 62, a. 5.).

¡Ah, mi Dios! ¿Cómo harán nuestras almas para poseer el reino de vuestro santo amor?

Illuminado, empero, por la santa fe, recuerdo que, para encender todas las almas de vuestro santo amor por medio de aquellos beatísimos espíritus que forman el coro de los serafines, arrojáis siempre, en cada momento, dardos de amor a nuestra alma.

Y a fin de que todas las almas que llegan a poseer el reino de vuestro santo amor no lo pierdan nunca, vos, por medio de aquellos ángeles que forman el coro de los querubines, comunicáis aquellos dones, luces y gracias, que nos hacen conocer que vos solo sois digno de infinito amor, porque sois Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible.

Y porque queréis que nuestra alma, que posee el reino de vuestro santo amor, sea aún el trono de la divina sabiduría, de vuestra infinita misericordia y de todos vuestros infinitos atributos: *El Señor me poseyó en el inicio de sus caminos* ⁷. Por eso, por medio de aquellos ángeles que forman el coro de los tronos, nos queréis comunicar todas aquellas gracias, dones y divinas ilustraciones que preparan nuestra alma para ser vuestro trono: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío! ¡Amor infinito y misericordia infinita de nuestra alma! ¿Quién habría podido imaginar tantos y tan preciosos, amorosos inventos de vuestro amor y de vuestra misericordia infinita? ¿Y quién puede comprender la felicidad de un alma que llega a poseer el reino de vuestro santo amor y, enamorada de vuestra

⁷ Deus possedit me in initio viarum suarum (Pr 8, 22).

infinita amabilidad, no deja nunca de amaros y llega a ser el trono de vuestra divinidad?

¿Y quién puede comprender mi horrendísima ingratitud hacia vuestro amor infinito y hacia vuestra infinita misericordia, de la que yo no he sacado provecho nunca como debía, sino que he abusado siempre de ella y en vez de amaros os he ultrajado, y en vez de ser vuestro trono he llegado a ser el asilo de todos los vicios y de los demonios?

¡Ah, mi Dios! Ayudadme por vuestra misma infinita misericordia a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Oh Dios mío! ¡Padre mío infinitamente amable, eterno soberano de mi alma!

Vos, movido por vuestro amor infinito y por vuestra infinita misericordia, siempre estáis ocupado en comunicarme por medio de los serafines las gracias para amaros, por medio de los querubines las luces para conoceros digno de infinito amor, por medio de los tronos me comunicáis otras gracias para que mi alma llegue a ser siempre vuestro trono.

Y yo, en vez de ello, he amado a las *criaturas* y hacia ellas he vuelto mi *mirada*, y por ellas me he hecho preocupar la mente y el corazón.

¡Ah, mi Dios! Me arrepiento de ello. Mas vos ayudadme a dolerme siempre de ello. Y por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, concededme al menos

recordar siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, para sacar provecho de ella como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

IV

Del ministerio que ejercen los ángeles de la segunda jerarquía sobre nuestras almas.

1.

Illuminados por la santa fe, debemos recordar igualmente que Dios, movido por su amor infinito y por su infinita misericordia, por medio de aquellos ángeles que forman el coro de las dominaciones, comunica a nuestra alma aquellas gracias, favores, dones e ilustraciones sobrenaturales, de las que tenemos necesidad para sujetar y domar nuestras rebeldes pasiones, para que no perdamos el reino de su santo amor. Por medio de aquellos ángeles que forman el coro de las potestades, se digna comunicar a nuestra alma aquellos dones y gracias de las

que tenemos necesidad para vencer todas las tentaciones de las potestades infernales, para que no nos despojen del reino del amor de Dios. Y, a fin de que el solo y purísimo amor de Dios regule toda nuestra vida con perfecto y bien ordenado régimen de todos los pensamientos, afectos, palabras y obras, nos comunica las gracias necesarias por medio de aquellos ángeles que forman el coro de los principados.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío, amor infinito y misericordia infinita de mi alma! ¿Quién podrá llegar a conoceros? ¿Quién osaría pedirnos tantos y tan preciosos inventos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia a favor de nuestra alma?

Y, quién podrá llegar a conocer mi ingratitud y mi horrendísima indignidad por no haber sacado provecho nunca de estas gracias de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia, como debía; de haber desahogado, en vez de ello, mis rebeldes pasiones, de haberme adherido a las tentaciones del enemigo infernal y de haberme hecho regular en todo por mi amor propio, verdadero enemigo de mi alma. Ahora, sin embargo, por vuestra misma infinita misericordia, ayudadme a que yo ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Eterno dominador universal, amor infinito de mi alma!

Vos solo os podéis comprender en vuestro mismo

amor infinito y en vuestra misma infinita misericordia hacia nuestra alma. Y vos solo podéis comprender cuán ingrato he sido y cuánto he abusado de todas aquellas gracias que, con amor infinito, me habéis concedido misericordiosamente.

Ahora, sin embargo, tengo firme confianza que, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima, de todos los ángeles y santos, me concederéis recordar siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia. Con la cual me habéis concedido y me queréis conceder innumerables gracias y, especialmente, el don de sacar provecho de ella siempre hasta la muerte, como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

V

Del ministerio que ejercen los ángeles de la tercera jerarquía sobre nuestras almas.

1.

Iluminados por la santa fe, debemos recordar que Dios, todo amor y todo misericordia infinita, para hacer

bien a nuestra alma, impulsado por su mismo amor infinito y por su infinita misericordia, se digna comunicarnos sus dones, gracias y favores divinos también por medio de aquellos ángeles que forman el coro de las virtudes. A fin de que el alma, que ha llegado a poseer el reino del amor santo de Dios, pueda dar, aún con las obras más grandes y difíciles a la condición humana, las pruebas más luminosas del verdadero amor de Dios. Ya que las obras son las verdaderas pruebas del amor: "la prueba del amor es la muestra de las obras"⁸.

Y como la fe en los sacrosantos misterios de la divinidad, de su amor infinito y de su infinita misericordia hacia los hombres, alienta al alma a vivir la vida del santo amor de Dios, así, por medio de aquellos ángeles que forman el coro de los arcángeles, nos comunica todos aquellos dones, favores, gracias y misericordias inefables, de los que tenemos necesidad para sacar provecho de la preciosísima luz de la fe en tan incomprensibles misterios.

Para proveer a todas las demás necesidades de nuestra alma y liberarnos de cada verdadero mal, nos comunica todas las gracias necesarias por medio de aquellos ángeles que forman el coro de los santos ángeles; los cuales, por esta connotación, se llaman custodios. Porque nos custodian noche y día y siempre, también cuando pecamos y vivimos en pecado; y no nos abandonan nunca. Por un don inefable del amor infinito y de la misericordia

⁸ Probatio dilectionis exhibitio est operum (Gregorio I, homilía sobre los Evangelios 30). La frase citada en latín era conocida por Pallotti. Se hallaba en la lectura de la liturgia de las horas (Breviario) del lunes de Pentecostés, que en el año 1849 cayó en el 27 de mayo.

infinita cada alma tiene su ángel que la custodia, que le comunica las santas inspiraciones para obrar el bien, la ilumina para huir del mal y, si peca, le provoca el remordimiento por ello. Este ángel está siempre con nosotros. Y a cualquier parte que vayamos, siempre se encuentra con nosotros para guiarnos prontamente a nuestro único, último, beatísimo fin.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío: Amor, Amor! ¡Amor inefable, amor infinito, amor eterno, amor incomprensible! ¡Misericordia mía, misericordia eterna, misericordia infinita!

¿Quién te puede comprender, amor no correspondido, amor ultrajado, amor?

¿Y quién puede comprender mi ingratitud y mi indignidad por no haber sacado provecho nunca, como debía, de las gracias que me habéis concedido para dar pruebas del verdadero amor, para sacar provecho de la fe en todos los sacrosantos misterios de tu divinidad incomprensible, de tu amor infinito y de tu infinita misericordia, y por haber abusado de la preciosa asistencia amorosísima de mi santo ángel custodio? Ahora, sin embargo, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Padre de las misericordias, Dios de todas las consolaciones!

Es imposible que yo conozca tu amor infinito y aquella misericordia infinita que te ha impulsado y que te impulsa siempre a concederme innumerables gracias, favores, dones y misericordias, por medio de todos los santos ángeles. Es imposible que yo llegue también a comprender mi monstruosa ingratitude hacia tus gracias y mi indignidad infinita. Mas, porque tú eres amor infinito y misericordia infinita, tengo firme confianza y estoy cierto que, por tu misma amorosísima misericordia infinita, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima, de todos los ángeles y santos, me concedes conocerte a ti en tu amor infinito, en tu infinita misericordia y en todos tus divinos atributos, y conocerme a mí en mi indignidad, en cuanto a ti te place. Y me darás el don de recordar siempre tu amor infinito y tu infinita misericordia en la distribución de tus gracias y de sacar provecho de ellas, en cuanto a ti te place.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

VI

Uno de los fines primarios del amor infinito y de la misericordia infinita de Dios: el habernos dado el uso de todas las cosas creadas.

1.

Iluminados por la santa fe, recordamos que Dios obra siempre por un fin digno de sí mismo, eterno, infinito, inmenso, incomprendible. Y por eso nos ha dado la luz, especialmente porque quiere que aspiremos a ver y contemplar eternamente la luz inaccesible que es Dios mismo. Nos ha dado las tinieblas de la noche que nos atraen el reposo después de las fatigas del día, también para disponernos al reposo eterno del paraíso. Nos ha dado los olores para que nos dirijamos hacia la suavidad eterna de Dios, en Dios. Nos ha dado la variedad de los sonidos y cánticos para enamorarnos de los eternos cánticos de gloria en los esplendores de los santos. Nos ha dado la innumerable variedad de los sabores de los alimentos y bebidas para enamorarnos también de los eternos y verdaderos placeres que hay en Dios. Nos ha dado los vestidos, y de tanta variedad, para que nos empeñemos también en tener el alma siempre revestida de todas las virtudes que la dispongan a ser revestida de la gloria eterna en el paraíso. Ha dado las riquezas, oro, plata, joyas, perlas preciosas, para hacernos aspirar a las eternas riquezas, que es Dios mismo en la manifestación de su gloria.

Y todas estas cosas nos las ha dado temporales, corruptibles y limitadas, para hacernos aspirar al eterno, al inmortal, al infinito, al inmenso, al incomprensible, *que es Dios mismo.*

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío! En los sapientísimos trabajos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia habéis creado, consiguientemente, todas las cosas visibles y me habéis dado el uso sobre todo, para que saque provecho de ello para conoceros a vos, que sois el creador todopoderoso de todas las cosas, y para llegar a poseeros a vos, bien infinito, inmenso, incomprensible, con toda vuestra esencia y naturaleza, y con todas vuestras infinitas perfecciones y por toda la eternidad.

Queréis que todo lo visible me sirva para tener vivo en mi alma y siempre en crecimiento el reino de vuestro santo amor, para llegar a estar todo inmerso y como transformado en vuestro divino amor, en vuestra infinita caridad y en todo vos mismo.

¡Oh amor infinito, amor incomprensible, amor no conocido, amor infinito no amado por mí, amor no correspondido, amor ultrajado, misericordia incomprensible! ¡Ah, mi Dios! Por vuestra misma infinita misericordia dignaos ayudarme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Luz inaccesible, riqueza eterna, bien infinito, amor y misericordia infinita, mi todo!

¿Quién puede llegar a comprender los infinitamente amorosos y misericordiosos trabajos de vuestra misma caridad y misericordia infinita en la creación de todas las cosas visibles, dirigidas a haceros amar por los hombres; no porque vos tengáis necesidad, sino porque nosotros tenemos necesidad de ellos para llegar a gozaros por toda la eternidad en los esplendores de la gloria?

¿Quién puede comprender mi monstruosa ingratitud y frialdad hacia vuestro amor infinito y hacia vuestra infinita misericordia; pues, nunca los he aprovechado según los designios inefables que vuestra misma amorosísima misericordia infinita? Mas, por vuestra misma infinita misericordia y por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos. Tengo firme confianza y estoy cierto que me concederéis el don de recordar siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, y de sacar provecho del uso de todas las cosas creadas como vos queréis, para contemplaros, poseeros y gozaros por toda la eternidad en los esplendores de la gloria.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

La amorosísima misericordia infinita de Dios en la conservación de todas las cosas creadas al servicio del hombre; aunque el hombre no sólo no saque provecho de ellas según los fines de Dios, sino que en vez de ello, abuse de ellas para ofenderle con el pecado.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que, según las miras del amor infinito y de la infinita misericordia de Dios, estoy obligado a sacar provecho de las cosas creadas, especialmente para conservar y acrecentar en mi alma el reino del santo amor de Dios, a fin de llegar al reino de la eterna caridad en la gloria.

Pero en vez de ello, ¡oh, cuántas veces he abusado yo de la luz para contemplar objetos pecaminosos y para escandalizar a mis prójimos; He abusado de las tinieblas de la noche para pecar y para hacer pecar más atrevidamente. He abusado de los sonidos y cantos para solicitar mis malvadas pasiones. He abusado de los alimentos y de las bebidas para multiplicar mis brutales intemperancias. He abusado de los vestidos y de su variedad por vanidad, para galantear y ser galanteado. He abusado de las riquezas y de cualquier objeto creado para alimentar todos los vicios y todas las brutales pasiones. Y viviendo así, ¡oh, cuántas veces al día he despreciado y ofendido a mi Dios, a mi Padre, a mi creador! Que, a la vez, es creador y conservador de todos aquellos objetos creados, de los cuales ha abusado para pecar.

¡Ah, mi Dios! Por este abuso de vuestros dones, ¡oh! cuántas veces y cuán justamente, con infinita razón, he merecido que la luz ya no resplandezca más sobre mí; que para mí ya no haya más el tiempo nocturno para el necesario reposo, sino, en vez de ello, una vigilia tormentosa; que para mí ya no haya más la capacidad de oír la armonía de los sonidos y cantos. He merecido que para mí ya no haya más alimento ni bebida de clase alguna, y que todas las cosas creadas por vos, para proveer a todas nuestras necesidades temporales para todos los fines de vuestro amor y misericordia infinita, me sean quitadas. Y en vez de ello, vos aún las conserváis, y las conserváis también para mí, ingrato y pecador.

¡Ah, mi Dios! ¿Cómo podéis hacer esto, si no es impulsado por vuestro amor infinito y por vuestra misericordia infinita hacia mí, siempre desagradecido, siempre ingrato, siempre pecador?

¡Mi Dios!, aquella luz que cada día continuáis haciendo resplandecer sobre mí, permitidme, consiguientemente, que la llame: *luz de vuestra infinita misericordia*; al tiempo nocturno que me concedéis para el necesario reposo: *tiempo de vuestra infinita misericordia*; al alimento y a la bebida que hacéis que no me falte: *alimento y bebida de vuestra infinita misericordia*; y a cualquier otra cosa creada y conservada por vos que me daís a usar para mis necesidades temporales, a todo lo debo llamar: *don de vuestra infinita misericordia*; también al aire y a la tierra que me sostiene la debo llamar: *aire y tierra de vuestra infinita misericordia*.

¡Ah, mi Dios! ¿Quién puede llegar a comprender vuestro amor infinito y vuestra misericordia infinita, y mi ingratitud y el abuso que yo he hecho siempre en contra de vos: Padre, Hijo y Espíritu Santo? Mas, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito, mi infinita misericordia, creador amorosísimo y pacientísimo conservador de todas las cosas!

Es imposible que yo llegue a comprender el amor infinito y la misericordia infinita, con la que conserváis todas las cosas creadas para continuar proveyendo todas mis necesidades temporales, según vuestros santísimos y amorosísimos fines. No obstante que yo siempre he abusado de ellas para cometer pecados y para hacerlos cometer también a otros, es aún imposible que yo llegue a comprender cuán ingrato y reo soy ante vos.

Mas, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que vos me daréis el don de una perfecta contrición, de recordar siempre vuestro infinito amor y vuestra infinita misericordia y de sacar provecho de él, como vos queréis.

4.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero

inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

VIII

El amor infinito y la misericordia infinita de Dios en la creación del hombre.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que cuando Dios, según los sapientísimos designios de su amor infinito y de su infinita misericordia, fue a crear al hombre, dijo: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra"⁹. Puesto que la fe me dice que Dios no tiene cuerpo, por eso se debe entender que el hombre en el alma está creado a imagen y semejanza de Dios. De modo que nuestra alma es un ser viviente espiritual racional, que tiene por distintivo suyo el ser viva imagen de Dios, de todo Dios.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor mío infinito, amor inefable, amor incomprensible! Es, pues, de fe que mi alma está creada a imagen y semejanza vuestra. No es una imagen

⁹ Faciamus hominum ad imaginem et similitudinem nostram (Gn. 1,26).

pintada en tela, ni una imagen de madera, de piedra, de metal, sino una sustancia viviente, racional, espiritual. Lo que forma su verdadero, real y sustancial constitutivo por su natural distintivo de creación es el ser creado, subsistente que os representa a vos, ¡oh Dios mío! Y a todo vos en vuestra esencia, en las divinas personas y en todos vuestros infinitos atributos y perfecciones; porque, aunque sois uno en la esencia y trino en las personas, también sois uno solo con todos vuestros infinitos atributos y perfecciones.

¡Ah, mi Dios! Vos sois eterno, infinito, inmenso, incomprendible. Por consiguiente, es de fe que mi alma porque es una viva imagen de vos, asimismo es una viva imagen del eterno, del infinito, del inmenso, del incomprendible.

Vos, ¡oh mi Dios!, sois trino en las personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por consiguiente, es de fe que mi alma es una imagen de vos: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Vos, ¡oh mi Dios!, sois la potencia infinita. Por consiguiente, es de fe que mi alma es una viva imagen de vuestra potencia infinita.

Vos, ¡oh mi Dios!, sois la sabiduría infinita, la bondad infinita. Por consiguiente, es de fe que mi alma es una viva imagen de vuestra infinita sabiduría y de vuestra bondad infinita.

Vos, ¡oh mi Dios!, sois también la justicia por esencia, la misericordia y la pureza por esencia. Por consiguiente, es de fe que mi alma es una viva imagen de vuestra justicia, misericordia y pureza por esencia.

¡Mi Dios! La fe me recuerda que vos sois la santidad y la perfección por esencia. Por consiguiente, es también de

fe que mi alma es una viva imagen de vuestra santidad y perfección por esencia.

Mas, infinitos, inmensos, incomprendibles son vuestros atributos; y vuestras perfecciones son también infinitas. Por consiguiente, es de fe que mi alma es una viva imagen de todo vos y de todas vuestras infinitas perfecciones y de todos vuestros atributos infinitos, eternos, inmensos, incomprendibles.

¡Ah, mi Dios! ¿Cómo os habéis dignado crear mi alma así, aunque en vuestra sabiduría infinita hayáis conocido desde toda la eternidad, cuán pocos y qué poco apreciarían la propia alma, y que menos aún estarían agradecidos por tan incomprendible beneficio?

¡Ah, mi Dios! Yo sé que vuestro amor infinito es a la vez infinitamente misericordioso. De este modo, ni el desconocimiento e ingratitud de todos los hombres y ni siquiera el mío —que supera por gran distancia a aquel de todas las criaturas que han existido, existen y existirán— podrán impedir que se lleve a cabo el eterno, amorosísimo y misericordiosísimo decreto de crear nuestra alma a imagen y semejanza de todo vos y de todos vuestros infinitos atributos y perfecciones; uno en la esencia, trino en las personas, eterno, infinito, inmenso, incomprendible.

¡Ah, mi Dios! ¿Quién podrá comprender vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, mi desconocimiento e ingratitud por no haber apreciado mi alma cuanto debía? Mas, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío; ¡Padre mío misericordioso y misericordiosísimo creador mío!

Es imposible que yo llegue a comprender la preciosidad de mi alma creada a imagen y semejanza vuestra, porque yo no llego a conocerlos.

Pero, es mucho más imposible que yo alcance a comprender aquel amor infinito y aquella infinita misericordia con la que os habéis dignado crearme así, aunque con vuestra infinita y eterna sabiduría hayáis conocido la poca estima que yo haría de tan incomprensible beneficio y cuán ingrato os sería. Y por eso es también imposible que yo alcance a comprender mi indignidad.

Mas vos, por vuestra misma infinita misericordia y por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima, y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que me concederéis el don de una perfecta contrición, de recordar siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, de apreciar siempre y estimar mi alma y la de mi prójimo y de ser agradecido a vos por tan inefable beneficio, como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

IX

Dios nos ha donado el libre arbitrio para que, con la ayuda de su gracia, saquemos provecho del él para perfeccionar nuestra alma, en cuanto es viva imagen de sí mismo.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que Dios no sólo me ha creado a su imagen y semejanza, sino que me ha dado también el don del libre arbitrio. El cual don es necesario para poder merecer al obrar el bien, aunque no podemos hacer obra buena alguna meritoria de vida eterna sin la ayuda de la gracia sobrenatural. Esta verdad nos la ha enseñado claramente nuestro Señor Jesucristo con aquellas palabras: "Separados de mí no podéis hacer nada"¹⁰.

Del don del libre arbitrio estoy obligado a sacar provecho para perfeccionar meritoriamente mi alma, en cuanto es viva imagen de Dios, uno en la esencia, trino en las personas, infinito en sus divinos atributos y perfecciones; para que, después de la vida presente, llegue a ser semejante a Dios en la gloria por toda la eternidad. Por eso dijo s. Juan apóstol y evangelista: "Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es"¹¹.

¹⁰ Sine Me nihil potestis facere (Jn 15,5).

¹¹ Carissimi nunc filii Dei sumus et nondum apparuit quid erimus. Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est (1 Jn 3,2).

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío! ¡Amor infinito y misericordia infinita de mi alma! Impulsado, pues, por vuestro infinito amor y por vuestra infinita misericordia, os habéis dignado crearme a vuestra imagen y semejanza y a la vez donarme el libre arbitrio. A fin de que durante toda mi vida, con todos los pensamientos de la mente, con todos los afectos del corazón, con todas las palabras de la lengua y con todas las obras también las mínimas, llegue a perfeccionar meritoriamente mi alma en su ser constitutivo, como está creada por vos a imagen y semejanza vuestra. Para que, después de la vida presente, cuando se separe de mi cuerpo miserable, se halle dispuesta y capaz de ser semejante a vos en la gloria. Por consiguiente, ¡mi Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible!, no basta a vuestro amor infinito y a vuestra infinita misericordia haberme creado a vuestra imagen y semejanza, sino que me queréis también semejante a vos en la gloria, feliz como vos, rico como vos, todo como vos.

¡Mi Dios! ¡Amor mío infinito, amor incomprensible! ¡Misericordia mía inefable, eterna, infinita! ¡Quién podrá llegar a comprenderos en vuestros sapientísimos, amorosísimos y misericordiosísimos designios! Y, ¡quién podrá expresar mi ingratitud a vuestro infinito amor y a vuestra infinita misericordia! Pues, he obrado en oposición a vuestros amorosos y misericordiosos designios, ofendiéndolos y arruinando cada vez más mi pobre alma. A la que, en vez de perfeccionarla en su ser con las santas obras, la he deformado con mis vicios, con el desahogo de mis brutales pasiones, con mis innumerables pecados. Mas,

por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que siempre os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor mío, misericordia mía infinita!

Vos sabéis que yo no podré nunca llegar a comprender aquella infinita misericordia y aquel infinito amor, con que me habéis creado semejante a vos y me habéis dado el don del libre arbitrio para obrar siempre con algún mérito; a fin de que, perfeccionando mucho más con las obras mi alma, ya que ella es viva imagen vuestra, llegue a ser semejante a vos en la gloria por toda la eternidad. Tampoco nunca podré comprender mi ingratitud e indignidad por no haber sacado provecho, más bien, por haber abusado siempre de vuestro amor infinito y de vuestra misericordia.

Mas, por vuestra infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que me concederéis una perfecta contrición de mis pecados, el don de recordar siempre vuestro infinito amor y vuestra infinita misericordia y de sacar provecho de ella, como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento

como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

X

Nosotros, siendo creados a imagen y semejanza de Dios, estamos obligados por naturaleza y razón de creación a obrar siempre y bien, sin admitir nunca la ociosidad, para imitar a Dios que obra siempre.

1.

Iluminado por la santa fe, debo considerar que Dios desde toda la eternidad ha obrado siempre y que obra por toda la eternidad. Porque, con amor infinito y según los fines de su infinita misericordia, él quiere que nosotros nos enriquezcamos de innumerables obras meritorias de vida eterna, aprovechando el don del libre arbitrio en todos los momentos de aquella vida que misericordiosamente se digna otorgarnos. Y para que haya en el alma por naturaleza de creación como un injerto y como un impulso para obrar siempre y bien, sin admitir nunca una ociosidad, de modo que el hacer de modo diverso sería un degradar nuestra alma y un obrar contra el fin de mi creación, por eso se ha dignado crearnos semejantes a sí mismo. A fin de que como él siempre obra, así nosotros, ayudados por su gracia, saquemos provecho del sublime don de la creación para obrar siempre el bien y con mérito. Y por esta connotación, apenas creado nuestro primer padre Adán, lo puso dentro del paraíso terrenal. Y aunque

era inocente y las fatigas no eran pena del pecado, igualmente lo puso dentro del él para que trabajase: "Tomó, pues, Yaveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo *labrase y cuidase*"¹².

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Padre mío amorosísimo! ¡Misericordia mía infinita! ¡Oh, cuán ciego he sido! ¡Oh, qué monstruo de ingratitud soy! ¡Oh!, cuánto merezco la privación de todas vuestras gracias por no haber sacado provecho nunca bien del preciosísimo don de la obligación natural, según la naturaleza de mi alma, de obrar siempre y bien y, por tanto, con mérito. En vez de ello, he perdido tantos años de vida haciendo poquísimas obras buenas y malamente; pero cometiendo muchos e innumerables pecados, si se quisieran enumerar los solos producidos por mi culpable ociosidad. Ya que es de fe: "Que mucho mal enseñó la ociosidad"¹³.

Obrando así, me he opuesto directamente a los designios sapientísimos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia. He obrado también directamente contra el fin sublimísimo de la creación de mi alma. Con ello he buscado no enriquecerla con obras meritorias de vida eterna, como vos queréis, sino que, en vez de ello, la he cargado de innumerables deudas ante el tribunal de vuestra divina justicia.

¹² Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret illum (Gn 2,15).

¹³ Multam enim malitiam docuit otiositas (Si 33,28).

¡Ah, mi Dios! ¡Amor infinito, amor inefable! ¡Misericordia mía infinita! Que aún me toleráis sobre esta tierra, aunque yo soy el monstruo de ingratitud y de deslealtad contra vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia. Mas, por vuestra misma misericordia infinita ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Creador mío, infinitamente amoroso! ¡Misericordia mía infinita, siempre propicia hacia mi!

Durante tantos años me habéis soportado sobre esta tierra, aunque yo no haya sacado provecho nunca como debía del amor infinito y de la infinita misericordia. Con la cual, me habéis creado semejante a vos, que obráis siempre. Por eso, soy de una naturaleza que me obliga a imitaros en obrar *siempre y bien*, sin admitir jamás una *verdadera ociosidad*. De modo que el mismo reposo necesario debe estar dirigido para tomar más vigoroso el ejercicio de todas las obras buenas, religiosas, del propio estado, oficio, empleo, profesión. Yo, más bien, he hecho lo opuesto. Después de todo este cúmulo de desórdenes innumerables de mi vida, vos que sois amor infinito y misericordia infinita, ¿queréis que yo me desespere?

¡Ah no, mi Dios! Más bien, por vuestra infinita misericordia amorosísima, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y estoy cierto que me concedéis la perfecta contrición de mis pecados y la gracia de reparar todas las pérdidas pasadas, comenzando por obrar *siempre y bien*

hasta la muerte, con ese *fervor* por *suplir* aquello que yo debía hacer y que no he hecho bien. Me recordaréis también siempre vuestro infinito amor y vuestra infinita misericordia para sacar provecho de ella como vos queréis, en todos los momentos de la vida que misericordiosamente me otorgáis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XI

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto nuestra alma es una viva imagen del eterno Padre.

1.

Illuminado por la santa fe, recuerdo que mi alma está creada a imagen y semejanza de Dios. Por eso, es de fe que es una viva imagen del eterno divino Padre. Pues, debo sacar provecho del don del libre arbitrio para perfeccionar mi alma con obras meritorias de vida eterna, en cuanto soy viva imagen del mismo eterno divino Padre.

Según las luces de fe, desde toda la eternidad y por toda la eternidad, el eterno Padre se contempla a sí mismo y, contemplándose a sí mismo, genera al divino Hijo que es el Verbo eterno, es decir, la expresión personal, viviente, eterna, infinita, incomprensible de su infinita inteligencia de sí mismo. Por eso sé, ¡oh eterno divino Padre!, que, habiéndome creado vos a vuestra imagen y semejanza, por naturaleza de creación me habéis creado así que, para llevar una vida conforme a la naturaleza de mi alma, la debo llevar habitual y virtualmente y con los actos más o menos frecuentes, según las mayores o menores necesidades espirituales; toda ocupada y dirigida a volver la mirada, meditar y contemplar en la fe a mi alma y a vos, a todo vos en vuestra esencia y naturaleza, y a los atributos infinitos, de los que mi alma es una viva imagen, para imitaros, ¡oh eterno divino Padre!, en la eterna contemplación de todo vos mismo.

Por consiguiente, ¡mi Dios!, para decir todo en pocas palabras: según los designios sapientísimos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia, por naturaleza me habéis obligado a ejercitar el arte de volver la mirada siempre a mi alma y a vos, de quien soy viva imagen.

2.

¡Ah, mi Dios! Según la obligación natural que habéis puesto en mí, si yo, en toda mi vida, hubiese vuelto la mirada siempre a mi alma y a vos, ¡cuánto habría crecido en mí el reino de vuestro santo amor, y cuánto se habría perfeccionado con mérito mi alma como viva imagen de

todo vos, y no me habría rebelado contra vos con el maldito pecado!

Por consiguiente, ¡mi Dios!, todos los innumerables pecados que continuamente al día he cometido con suma ingratitud en el curso de mi vida, y todas las obras buenas que no he hecho y que podía y debía hacer, todo ha provenido por no haber sacado provecho del amor infinito y de la infinita misericordia. Con la cual me habéis obligado a volver la mirada siempre a mi alma y a vos, de quien soy viva imagen.

¡Ah, mi Dios! Por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo siempre os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Eterno divino Padre! ¡Padre nuestro amorosísimo! ¡Misericordia infinita y amor infinito de mi alma, viva imagen de todo vos!

Quién podrá comprender cuán reo soy ante vos por no haber sido fiel a mi natural deber de volver la mirada siempre a mi alma y a vos, para imitaros en vuestra eterna contemplación, a fin de huir del pecado y vivir siempre ocupado en el verdadero y único asunto de la salvación eterna de mi alma, según los designios sapientísimos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia.

Después de este abuso de las gracias durante toda mi vida, ¿deberé creer que me queréis abandonar? ¡Ah no, mi Dios! Más bien, por vuestra infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y san-

tos, tengo firme confianza y creo ciertamente que vos no sólo me concedéis súbitamente la perfecta contrición de todos mis pecados, sino que además me otorgáis el don de vivir siempre volviendo la mirada en la fe a mi alma y a vos, y de sacar provecho como vos queréis de aquel amor infinito y de aquella infinita misericordia con la que me habéis creado a imagen y semejanza vuestra.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XII

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos meritoriamente nosotros mismos, en cuanto somos viva imagen del Hijo.

1.

Illuminado por la santa fe, debo recordar que mi alma está creada a imagen y semejanza de Dios. Por eso es también una viva imagen del Hijo divino. Y como tal, por obligación natural de creación, con la confianza en la gracia, debo sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme cada vez más a mí mismo, en cuanto soy una

viva imagen del mismo divino Hijo del eterno divino Padre.

Ya que la divina persona del Hijo es infinitamente semejante al Padre, principio fontal de toda la divinidad, por eso mi alma tiene una tal necesidad de naturaleza de ser perfeccionada siempre más meritoriamente en su ser natural de imagen de Dios, de todo Dios. El hacer de modo diverso sería obrar contra la naturaleza y la exigencia de la naturaleza de mi alma, según los fines sapientísimos del amor infinito y de la infinita misericordia de Dios, que la quiere semejante a sí en la gloria. Por eso en todos los pensamientos, afectos, palabras, y obras de toda mi vida, en cuanto es posible, ayudado por la gracia, estoy obligado a regular todo de modo que llegue a imitar a Dios en todas las cosas, según los fines de Dios.

2.

¡Ah, mi Dios! Si me habéis creado así, como es de fe, me habéis puesto en mi alma esta preciosísima obligación natural. Me la habéis puesto, aunque hayáis previsto cuán ingrato os sería yo y cuánto obraría en oposición, ofendiéndoos y arruinando mi alma. Y, ¿por qué me soportáis aún sobre esta tierra? Al menos, para vuestra mayor gloria, dad a conocer a todo el universo vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, y dad igualmente a conocer a todos mi monstruosa ingratitud y el abuso que yo he hecho de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia. Y, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito y Misericordia infinita de mi alma! ¡Amor inefable, amor incomprendible!

Vos solo comprendéis cuán ingrato he sido y cuántos pecados he cometido; y todos —como otras tantas consecuencias de mi ingratitud hacia vuestro amor infinito y hacia aquella infinita misericordia, con la que me habéis creado a vuestra imagen y semejanza—, por no haber sacado provecho de ella y, especialmente, por haber obrado en oposición al ser de mi alma viva imagen del Verbo eterno, vuestro Hijo divino infinitamente semejante a vos.

¡Ah, mi Dios! Si hubiese sacado provecho de ello como vos queréis, ayudado por vuestra gracia, no habría pecado jamás. ¡Oh, cuánto habría multiplicado las obras santas para la mayor gloria vuestra y para la mayor santificación de mi alma y de la de mi prójimo! Por eso, en vez de ello, me hallo reo de tantos pecados, sin méritos; y mi alma envenenada, llagada y tantas veces encadenada con innumerables culpas.

¡Ah, mi Dios! ¿Quién me dará lágrimas para llorar tan negra y monstruosa ingratitud hacia vuestro amor infinito y hacia vuestra infinita misericordia?

¡Mi Dios! ¡Amor mío! ¡Amor! ¡Amor infinito de mi alma pobre, deformada, llagada, envenenada! En tal abismo de miseria vos, ¡oh mi Dios!, que sois la misericordia por esencia, ¿queréis que no espere en vos? Más bien, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y san-

tos, tengo firme confianza y creo ciertamente que vos, súbitamente, me concederéis la perfecta contrición de todos mis pecados y de mi monstruosa ingratitud. Me daréis súbitamente la gracia para comenzar ahora a proseguir hasta la muerte toda una vida ocupada en prestar atención a la mayor perfección de mi alma siempre con fervor y diligencia aumentada, y de recordar siempre vuestro amor infinito y aquella vuestra infinita misericordia, con la cual me habéis creado semejante a vos para sacar provecho de ella como vos queréis, a fin de llegar a ser semejante a vos en la gloria por toda la eternidad.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero immaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XIII

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen del Espíritu Santo.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que mi alma, siendo viva imagen de Dios, es también una viva imagen

del Espíritu Santo, que es el amor infinito, inmenso, incomprensible del Padre y del Hijo.

Pues, según las luces de la fe, siendo mi alma viva imagen del eterno, inmenso, incomprensible e infinito amor del Padre y del Hijo y, por eso, existiendo en el alma un constitutivo natural que aspira al amor infinito en oposición al amor terreno, así estoy obligado a sacar provecho del libre arbitrio, ayudado por la gracia para perfeccionarme meritoriamente a mí mismo, en cuanto soy una viva imagen del amor infinito del Padre y del Hijo. Por tanto, estoy obligado a vivir una vida de amor en el amor infinito.

Por consiguiente, debo regular todos los pensamientos de mi alma y los afectos del corazón con el amor para aspirar al amor infinito. Igualmente debo regular todas las palabras con el amor para el amor infinito. Todas las obras de la vida, también las más necesarias e indiferentes (exceptuado el pecado del que debo huir siempre), debo regularlas con el amor para aspirar al amor infinito. Y así mi alma, cada vez más perfeccionada meritoriamente en cuanto es viva imagen del amor infinito, se vuelve siempre más semejante al amor infinito, se transforma en el amor purísimo de Dios, y llega a ser semejante al amor infinito en la gloria por toda la eternidad.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor mío, amor inmenso, amor inefable, amor misericordiosísimo! ¿Cuándo he sido yo agradecido por este sapientísimo invento y amorosísimo trabajo de vuestro amor infinito? Y, ¿cuándo he sacado provecho de ello según los designios de vuestro mismo amor infinito y de vuestra infinita misericordia?

¡Ah, mi Dios! Vos solo conocéis cuánto he obrado en oposición; puesto que, en vez de vivir la vida de amor en vuestro amor infinito, me he amado a mí mismo, he amado el desahogo brutal de todas mis malvadas pasiones, he amado la tierra, he amado hasta el pecado ofendiéndoos innumerables veces y arruinando cada vez más mi pobre alma.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor infinito! El indigno de vuestro amor soy yo. El indigno de vuestras gracias soy yo. El indigno de vuestras misericordias soy yo. Por mi ingratitude tan monstruosa y por mi abuso tan horrendo de vuestra misericordia y amor infinito, yo merezco que no penséis ni siquiera más en mí, que me privéis de todos los dones de la naturaleza y de la gracia.

¡Mi Dios! ¡Amor mío infinito, amor no correspondido, amor ultrajado, amor olvidado! Vos solo conocéis cuáles y cuán graves castigos sin número he merecido; y todos eternos, inmensos, infinitos, incomprensibles; porque yo me he rebelado contra vuestro amor infinito, eterno, inmenso, incomprensible.

¡Mi Dios! Todo esto es verdad, muy verdadero. Y ni tan siquiera he dicho todo. Pero vos sois la misericordia infinita y queréis que yo crea. ¿Vais ahora a castigarme como merezco? Más bien, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Misericordia infinita y amor infinito de mi alma, viva imagen vuestra!

Si me permitís que os ruegue, lo cual no me negáis, estoy seguro de una mirada vuestra. Si me volvéis la mirada, os movéis súbitamente a compasión de mi pobre alma, toda deformada en su ser de imagen viva de vuestro amor infinito, toda enfangada en el amor terreno y brutal, tiranizada por todos los vicios y por todas las más abominables pasiones malvadas.

Y, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de toda mi brutal vida. Reencenderéis súbitamente en mi alma la llama de vuestro purísimo amor y me daréis una gracia eficaz para que viva siempre una vida de amor tan ardiente por reparar no sólo las pérdidas hechas por mí, sino también por los pobres pecadores que hay en el mundo. Y me transformaréis todo en vuestro santo amor para ser semejante a vos en la gloria. ¡Oh mi amor infinito, eterno, inmenso, incomprendible!

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XIV

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos imagen viva de Dios, potencia infinita.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar siempre que mi alma como es viva imagen de Dios, así también es viva imagen de la potencia divina, porque Dios es la potencia infinita, inmensa, incomprendible.

Por eso estoy obligado a sacar provecho siempre del don del libre arbitrio para perfeccionarme meritoriamente a mí mismo, en cuanto soy viva imagen de la potencia infinita de Dios; a fin de que, fortificado y hecho poderoso en Dios, pueda hacer todas las obras santas para la mayor glorificación de Dios y para la mayor santificación de mi alma y de la de mi prójimo, y viva lejano siempre del hacer, decir o pensar aquello que se opone a la santa ley de Dios y de la s. madre la Iglesia, a las obligaciones de mi propio estado y a cualquier otra obligación mía. Que no llegue nunca a debilitarme de modo que ceda a las tentaciones del demonio, a las lisonjas del mundo engañoso, a los halagos de las brutales pasiones, sino que, en vez de ello, pueda decir con el apóstol s. Pablo: "Sé andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me confor-

ta”¹⁴. Y así, lleno de obras santas, rico en victorias contra todas las tentaciones y halagos de los enemigos espirituales, pueda llegar, al fin de la presente vida mortal, a ser semejante a la potencia infinita (que es Dios mismo) en la gloria.

2.

¡Ah, mi Dios! Si yo os hubiera sido agradecido y hubiese sacado provecho de aquel amor infinito y de aquella infinita misericordia vuestra, con la cual me habéis creado semejante a vos, ¡oh potencia infinita!, no habría pecado nunca. Y en vez de ello, habría hecho siempre obras santas, habría ejercitado todas las virtudes cristianas, también en los casos más difíciles, y me encontraría dispuesto a ser semejante a vos en la gloria, ¡oh, Dios mío!, potencia infinita de mi alma. Pero ahora, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío todo poderoso! ¡Padre mío! ¡Amor infinito del alma, misericordia infinita!

Espero que os dignaréis volver sobre mí una piadosa mirada de amorosa misericordia. Me veréis como soy por mi siempre monstruosa ingratitud y por mi gravísima

¹⁴ Scio et humiliari, scio et abundare (ubique et in omnibus institutus sum) et satiari et esurire et abundare et penuriam pati; omnia possum in eo qui me confortat (Flp 4,12 s).

culpa, todo inmerso en las más nefandas debilidades del maldito pecado. Y no de un pecado solo, sino de innumerables pecados que yo he cometido y hecho cometer también a otros con mis innumerables y horrendísimos escándalos. Me veis todo deformado en el ser viva imagen de vos que sois potencia infinita. Estoy cierto que aunque tengáis infinitas razones para castigarme eternamente, sin embargo os moveréis súbitamente a compasión de mi pobre alma.

Y, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de todos mis pecados y la gracia de usar todos los medios espirituales y, especialmente, el don de la santa oración vocal y mental, y la gracia de frecuentar con provecho los santísimos sacramentos; a fin de perfeccionar mi alma, ya que ella es viva imagen de vuestra infinita potencia, para disponerme, después de la vida presente, a ser semejante a vos en la gloria.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen de la sabiduría infinita.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que mi alma, estando creada a imagen y semejanza de Dios, es también viva imagen de la sabiduría infinita, porque Dios es la infinita sabiduría misma. Y por eso, por naturaleza de creación, estoy obligado a sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme a mí mismo en cuanto soy viva imagen de la sabiduría infinita. De ahí que, por naturaleza de creación, esté obligado a conocer a Dios mismo que es la divina sabiduría; y esto, con el medio de las Sagradas Escrituras, de los santos Evangelios, de las doctrinas de los santos Padres, y con la doctrina de la santa madre Iglesia católica, apostólica, romana, con escuchar la divina palabra, y con el ejercicio de la santa oración y, especialmente, de la santa meditación. A fin de que mi alma, después de la vida presente, llegue a ser semejante a la sabiduría divina en la gloria por toda la eternidad.

2.

¡Ah, mi Dios! Qué favor hay más que éste que, sin pedíroslo, me lo habéis concedido; movido por vuestro amor infinito y por vuestra infinita misericordia. Aunque hayáis previsto mi ingratitud y cuán poco provecho sacaría de ello y, además, cuánto obraría en oposición, ofen-

diéndoos y arruinando cada vez más mi alma con la falsa sabiduría del siglo malvado, con la falsa doctrina de los enemigos de la verdad y con las brutales máximas de las rebeldes pasiones.

¡Ah, mi Dios! ¡Verdadera e infinita sabiduría amorosísima de mi alma! Después de tan horrendo abuso de los favores, de los dones y de las gracias de las cuales me he hecho reo, merezco ser abandonado por vos. Pero si vos me abandonáis, como merezco, ¡yo estoy perdido! Mas no, que vos sois amor y misericordia infinita. ¿Con qué coraje puedo creer yo que me queréis abandonar? Más bien, por vuestra misma misericordia infinita ayudadme vos a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito, misericordia infinita de mi alma!

Es verdad, muy verdadero, que yo soy un monstruo horrendísimo de ingratitud hacia vuestro infinito amor y hacia vuestra infinita misericordia, con la que me habéis creado a imagen y semejanza de vuestra infinita sabiduría. Confieso que no sólo he abusado de ella pecando no obstante tantas luces de fe, con las cuales, desde el primer uso de razón, me habéis iluminado. Y mucho más he pecado obrando innumerables veces según las falsas máximas del siglo malvado. Por eso he merecido todas las penas del tiempo y de la eternidad.

Mas, por vuestra misma infinita misericordia y por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e

intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto, que vos me concedéis súbitamente la perfecta contrición de todos mis pecados y la gracia de usar siempre y cumplidamente todos los medios para perfeccionar meritoriamente cada vez más mi alma, ya que es viva imagen de vuestra infinita sabiduría; a fin de que, después de la vida presente, llegue a ser semejante a vos en la gloria por toda la eternidad,

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XVI

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen de la justicia por esencia.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que mi alma, es una viva imagen de Dios. Y puesto que Dios es también la justicia por esencia, por eso, estoy obligado a sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme a mí mismo cada vez más meritoriamente, en cuanto soy

viva imagen de la justicia por esencia. Por tanto, con todos los pensamientos de la mente y con todos los afectos del corazón, con todas las palabras y con todas las acciones y en el uso de las cosas creadas, debo regularme de modo que me haga justo hacia Dios, justo hacia mi prójimo y justo hacia mí mismo.

Para ser justo hacia Dios debo amarlo con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas las fuerzas; y si he pecado debo hacer penitencia por ello.

Para ser justo hacia mi prójimo, debo amarlo como a mí mismo por amor a Dios. Aún menos debo ofenderle en lo que se refiere al alma, ni en lo que se refiere al cuerpo. Y si le he ofendido, debo satisfacer mis deudas.

Para ser justo hacia mí mismo, debo procurar siempre la mayor perfección y santificación posible de mi alma, hasta que llegue a salvarla eternamente.

2.

¡Ah, mi Dios! ¿Cuándo he hecho todo esto? Y si he hecho alguna cosa, ¿cuándo la he hecho bien, como debía y podía hacerlo? Y en vez de ello, ¡oh, cuán injusto he sido hacia vos! Porque os he ofendido siempre y no puedo decir nunca de haberos amado verdaderamente con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas las fuerzas; más bien, os he ofendido con todas las fuerzas del alma y del cuerpo.

No puedo decir de haber amado verdaderamente siempre a mi prójimo como a mí mismo. Más bien, ¡oh, cuántas veces le he ofendido y escandalizado!

Y en vez de atender a propósito a santificar y perfec-

cionar y salvar mi alma, ¡oh, cuánto la he arruinado y me he esforzado para mandarla al infierno por toda la eternidad!

¡Ah, mi Dios! Aunque me reconocéis el más horrendo monstruo de ingratitud hacia el don amorosísimo y misericordiosísimo de la creación, sin embargo, vos ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor mío infinito, justicia por esencia!

Yo soy una viva imagen vuestra. Mas, por mi horrendísima ingratitud, ¡oh! cuán deformado estoy, ¡oh! cuán reo soy por innumerables pecados, que he cometido y que he hecho cometer por no haber sacado provecho; más bien por haber obrado en oposición al amor infinito y a la misericordia infinita, con la cual me habéis creado a vuestra imagen y semejanza. Por eso he merecido todas las penas del tiempo y de la eternidad tantas veces multiplicadas cuantos son los pecados que he cometido y he hecho cometer.

Mas, por vuestra infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y creo ciertamente que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de todos mis pecados, la gracia de usar todos los medios para ser justo con vos, ¡oh bondad infinita!, con mi prójimo y conmigo mismo; a fin de que, en el momento de mi muerte, me halle dispuesto a ser semejante a vos en la gloria por toda la eternidad.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de María y de María, os ofrezco la sangre preciosa e inmaculada, nuestro divino redentor, e imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XVII

De la obligación que tenemos de servir a Dios por nosotros meritoriamente, en cuanto a la imagen de la misericordia por esencia.

1.

Iluminado por la santa fe, debo reconocer que, habiendo sido creado Dios a su imagen y semejanza, también una viva imagen de la misericordia divina, ya que Dios es la misericordia misma, infinita, inmensa, incomprendible. Y con todos los designios amorosísimos de Dios, a fin de que el hombre, por naturaleza, halle siempre obligado a sacar provecho de su misericordia corporales y espirituales. Debo recordar claramente que lo ha hecho Dios con la ayuda de la gracia, para ejercitar su misericordia también después de haber sido creado lleno de pecado. Pues, nuestro Señor

razones de Jesús
sima del cordero
n agradecimiento
todas las gracias
re.

erfeccionarnos
to somos viva

cia.
encia; mi alma es
ardía por esencia;
er misericordia eter-
ha hecho Dios
de su misericordia
que lo ha hecho
de creación, se
del libre arbitrio
das las obras de
e ahí que pueda
una vida llena,
Jesucristo dijo:

“Bienaventurados son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”¹⁵.

¡Oh, la gracia! ¡Oh, el don preciosísimo que Dios me ha dado creándome así: soy una viva imagen de su misericordia!

Por eso, por razón de creación, siempre estoy obligado ayudado por la gracia, a sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme a mí mismo meritoriamente, en cuanto soy viva imagen de la misericordia por esencia. Por tanto, en cuanto puedo, según mi estado, grado, condición, y con todos aquellos medios que hay en mi poder, debo ocuparme, durante toda mi vida, en el ejercicio de todas las obras de misericordia corporales y espirituales. Y esta vida me hará encontrarme siempre dispuesto y preparado a recibir de Dios siempre nuevas, mayores y multiplicadas misericordias sin número, y me asegurará la bendición que el divino juez dará a los elegidos en el día del juicio universal en el valle de Josafat.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor mío infinito! ¡Oh, cuán ingrato he sido! Y cómo he obrado en oposición a todos vuestros amorosos designios y, especialmente, a este designio de vuestra infinita misericordia obrando cuán negligentemente y cuántas veces en oposición. Mas, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

¹⁵ Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur (Mt 5,7).

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito de mi alma!
¡Misericordia eterna, infinita, incomprensible, inmensa!

Vos véis que por vuestra obra soy vuestra viva imagen. Mas, por mi ingratitud y por mi culpa, ¡oh cuán deformada, cuán rea soy!, por las obras que yo he hecho en oposición a mi ser de viva imagen de vuestra misericordia. Por eso, es verdad que merezco que me abandonéis y merezco todas las penas del tiempo y de la eternidad. Pero vos, que sois la misericordia infinita, ¿queréis que yo crea que me abandonáis? Más bien, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que, súbitamente, ahora, me concedéis el dolor perfecto de todos mis pecados y de mi siempre reprobable ingratitud, me dáis la gracia de llevar siempre una vida ocupada en el perfecto ejercicio de todas las obras de misericordia corporales y espirituales. Para que, cada vez más, me perfeccione en el ser viva imagen de vuestra misericordia y, todo transformado en vuestra misericordia, llegue, después de la vida presente, a ser semejante a vuestra misericordia en la gloria por toda la eternidad.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento

como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XVIII

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen de Dios, pureza por esencia.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que, habiéndome creado Dios por su infinita misericordia y con amor infinito a su imagen y semejanza, mi alma es una viva imagen de la pureza por esencia. Puesto que Dios es pureza por esencia, pureza inmensa, incomprensible.

Por eso, por razón de creación, ayudado por la gracia, estoy obligado a sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme a mí mismo, en cuanto soy viva imagen de la pureza por esencia.

Por consiguiente, en todo y siempre debo aspirar a la pureza por esencia. De ahí que estoy obligado a usar los medios para vivir en toda la pureza posible del alma y del cuerpo. Con el arma potentísima de la santa oración vocal y mental, debo alejar siempre cada pensamiento impuro de mi mente y cualquier afecto impuro de mi corazón. Con la frecuencia de los santos sacramentos, debo fortalecerme para vencer siempre todas las tentaciones impuras. Y para sujetar todas las malvadas y brutales pasiones, debo custodiar diligentemente todos los sentimientos del cuerpo; debo huir de los peligros, las ocasiones y la con-

versación de las personas, por las cuales podría perder o ensombrecer el precioso lirio de la pureza del alma y del cuerpo.

Para perfeccionarme mucho más en la santa pureza, debo obrar y vivir a modo y con tal ejercicio de mortificación de la carne, de los vicios y de las malvadas concupiscencias que todos los pensamientos sean *pureza*; que los afectos del corazón sean *pureza*; que las palabras, las obras y toda la conducta de mi vida sean *pureza*; ya que por la divina misericordia soy una viva imagen de la pureza por esencia. Y haciendo de otro modo, obraría en oposición a la naturaleza de mi alma, que es una viva imagen de la pureza por esencia.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Pureza por esencia, inmensa, incomprensible! Me ruborizo de comparecer ante vos. Cuán desagradecido e ingrato soy al amor infinito y a la misericordia infinita. Con la cual, aunque hayáis previsto mi monstruosa ingratitud y cuánto habría obrado yo en oposición a mi ser de creación, igualmente os habéis dignado crearme a imagen y semejanza de vos, que sois la misma pureza por esencia. Mas, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito de mi alma!
¡Resplandecientísima pureza eterna, incomprensible!
Es verdad, muy verdadero, que yo soy el verdadero

monstruo de ingratitud hacia vuestros dones, que yo he obrado siempre en oposición a las santísimas miras de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia; con la cual me habéis creado y me conserváis. Y por eso, ¡oh!, qué deformada está mi alma por innumerables fealdades. Y por una vida tal; ¡oh!, cuán impura y cuán lejana está de aquella sublime pureza a la que, por naturaleza de creación, podía y debía aspirar ayudado por vuestra gracia.

Mas, ¿qué?; ¿por esto me queréis abandonar, me queréis flagelar, me queréis castigar como merezco?

¡Ah, mi Dios! Sé que en cuanto es de razón, de razón infinita, yo estaría perdido eternamente. Mas, vos sois la pureza por esencia infinitamente misericordiosa. Por eso, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que ahora, súbitamente, me dais la perfecta contrición de todos mis pecados, destruís toda mi vida impura, me dais vuestra pureza, y me concedéis la gracia de sacar provecho siempre del libre arbitrio; para usar todos los medios necesarios y útiles para perfeccionar cada vez más meritoriamente mi alma, en cuanto es una viva imagen de vuestra pureza por esencia.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento

como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XIX

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen de la santidad y de la perfección por esencia.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que por la misericordia divina, siendo creado a imagen y semejanza de Dios, mi alma es también una viva imagen de la santidad y de la perfección por esencia, ya que Dios es la santidad y la perfección por esencia.

Por consiguiente, Dios, movido por su amor infinito y por su infinita misericordia, me ha creado así que, por naturaleza de creación, me ha obligado, ayudado por su gracia, a sacar provecho del libre arbitrio para perfeccionarme siempre más a mí mismo, en cuanto soy una viva imagen de la santidad y de la perfección por esencia.

Por eso, nuestro Señor Jesucristo nos dio un precepto nuevo cuando dijo a todos: "Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial"¹⁶.

¡Quién habría podido imaginar que Dios me crease así que, por naturaleza de creación, esté obligado a hacerme

¹⁶ Estote ergo vos perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus est (Mt 5,48).

santo y perfecto; y, en cada instante, siempre más santo y perfecto para llevar a cabo más exactamente tan preciosa obligación! De ahí que siempre más esté obligado a acercarme a la santidad y a la perfección por esencia, aunque no pueda igualarla nunca. Dios me ha creado así que, si no me hago santo y perfecto en cuanto puedo con la ayuda de su gracia durante toda mi vida, estoy siempre y obro siempre más o menos en contradicción conmigo mismo, porque soy una viva imagen de la santidad y perfección por esencia.

2.

Por consiguiente, ¡mi Dios!, para no degradar la naturaleza de mi alma y no estar en oposición a las sapientísimas miras de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia, durante toda mi vida hasta la muerte, estoy obligado a procurar toda la santidad y toda la perfección posible en todos los pensamientos, en todos los afectos del corazón, en todas las palabras y obras, en todos los pasos, en el uso de todas las potencias del alma y de los sentimientos del cuerpo, y en el uso de todas las cosas creadas y de todos los dones de la naturaleza y de la gracia que me habéis concedido y me queréis conceder.

¡Ah, mi Dios! Y ¿cuándo he actuado así?

¡Oh, cuán ingrato soy hacia vuestro amor y hacia vuestra misericordia infinita! ¡Oh, cómo he obrado siempre harto negligentemente e innumerables veces todo lo contrario! Mas ahora, por vuestra misma misericordia infinita ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío amorosísimo! ¡Misericordia infinita! ¡Santidad y perfección eterna, infinita, inmensa, incomprensible!

Vos me habéis creado semejante a vos para que, perfeccionándome a mí mismo como viva imagen de vuestra santidad y perfección que soy, después de la vida presente, llegue a ser semejante a vuestra santidad y perfección en la gloria por toda la eternidad. Yo no he sacado provecho de este don incomprensible de vuestro amor y de vuestra misericordia infinita. No os he sido agradecido, más bien he abusado de ella obrando en oposición.

¡Dios mío! Mas por esto, ¿me queréis abandonar? Sí, lo merezco por inifinitas razones, pero no lo creo de ningún modo. Más bien, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme, firmísima confianza y creo con certeza que ahora, al momento, me dais la perfecta contrición de mis pecados y la gracia eficaz. Y me la daréis siempre para comenzar súbitamente una vida santa y perfecta; con tanto fervor para reparar no sólo todas las pérdidas pasadas, sino también para perfeccionarme cada vez más como vos queréis, y para mantenerme perseverante en este tenor de vida. Y me recordaréis siempre vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, para que llegue a ser semejante a vos en la gloria por toda la eternidad.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero immaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

•
XX

De la obligación que tenemos de perfeccionarnos nosotros mismos meritoriamente, en cuanto somos viva imagen de Dios que es el eterno, el infinito, el inmenso y el incomprensible.

1.

Illuminado por la santa fe, debo recordar que por la divina misericordia, siendo creado yo a imagen y semejanza de Dios, mi alma es una viva imagen del eterno, del infinito, del inmenso, del incomprensible; porque Dios es eterno, infinito, inmenso, incomprensible.

Por consiguiente, Dios, movido por su amor infinito y por su infinita misericordia, para hacerme llegar a ser semejante a él eterno, infinito, inmenso, incomprensible en la gloria por toda la eternidad, me ha creado así que, por naturaleza de creación, estoy obligado a sacar provecho del libre arbitrio, ayudado por su gracia, para perfeccionarme meritoriamente a mí mismo, en cuanto soy una viva imagen del eterno, del infinito, del inmenso, del incomprensible.

Por consiguiente, en todo el curso de mi vida, al obrar el bien y al huir del mal para perfeccionarme a mí mismo en cuanto soy viva imagen del eterno, debo hacer el bien y huir del mal, o sea, del pecado. Y debo hacer el bien siempre y, si Dios lo quisiera, también por toda la eternidad.

Para perfeccionarme a mí mismo en cuanto soy viva imagen del infinito, debo huir de cualquier pecado, también de la más ligera imperfección, y debo hacer todas las obras buenas que pueda. Ayudado por la gracia y no siendo capaz de hacer infinitas obras buenas, debo, sin embargo, hacer todas aquellas que pueda, con el deseo veraz de hacerlas infinitas en el número y en la perfección.

En cuanto soy viva imagen del inmenso, estoy obligado a huir del pecado; y debo aspirar a destruir el pecado en todo el universo. Y debo hacer el bien por todas partes con el deseo de hacerlo en todo el universo, también si fuese inmenso.

En cuanto soy viva imagen del incomprensible. Debo querer siempre todo aquello que Dios quiere, y debo obrar por todos los fines que agradan a Dios, con el humilde y sincero deseo y la piadosa intención de hacerlo, y con la perfección de Dios.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Cuándo he hecho yo todo esto! Mas, vos sabéis que he hecho lo opuesto. ¡Oh, cuánto he abusado de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia! Y por eso, ¡oh, cuán ingrato os he sido, ingrátísimo! Yo soy el monstruo más horrendo de ingratitud.

Mas ahora, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío amorosísimo! ¡Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible!

¿Quién podrá comprender aquel amor infinito y aquella misericordia infinita con la que me habéis creado semejante a vos? Desde la eternidad habíais visto con vuestra infinita sabiduría que sería un monstruo de ingratitud contra vuestro amor y misericordia infinita. Puesto que no he sacado provecho nunca de ella, he abusado siempre de ella y he obrado en oposición a los sapientísimos fines de vuestra misericordiosísima bondad infinita. Mas, ¿por esto me queréis abandonar? Sí, mi Dios, lo merezco por infinitas razones, pero vos siempre sois misericordia infinita.

Por eso, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme, firmísima confianza y tengo por cierto que ahora, súbitamente, me concedéis el dolor perfecto de todas mis culpas y de mi monstruosa ingratitud y la gracia de huir siempre del pecado mortal y venial, de hacer siempre todas las obras buenas posibles y con el veraz deseo de mi pobre corazón, ayudado por vuestra gracia, y de aspirar a hacer también aquel bien que yo no puedo hacer; mas, que podéis hacer vos siempre y por todas partes inmensa e incomprensiblemente para perfeccionarme meritoriamente, como queréis vos, en el ser

una viva imagen de vos eterno, infinito, inmenso, incomprensible.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXI

Dios es el alimento de nuestra alma

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que Dios, impulsado por su amor infinito y por su infinita misericordia, se ha dignado crear mi alma a imagen y semejanza suya, para que sea capaz de tener por su alimento a Dios mismo. De modo que para mantener nuestro cuerpo nos ha dado los alimentos corporales. Para alimentar, mantener y acrecentar y perfeccionar siempre más nuestra alma en la vida de gracia, que es la vida de los hijos adoptivos de Dios y que conduce al alma a ser semejante a Dios en la gloria por toda la eternidad, se nos ha dado por alimento a sí mismo todo, uno en la esencia y trino en las personas, con todos sus atributos y perfecciones infinitas.

tud he merecido que mi alma no sea más alimentada por vos. Pero qué, ¿me queréis abandonar? No lo creo; más bien, por vuestra infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito de mi alma!
¡Alimento nutrimento eterno, infinito, inmenso, incomprendible de mi pobre alma!

Vos veis cuán débil, deformado, llagado estoy, porque no me he alimentado de vos, como podía y debía. Y, en vez de ello, he alimentado mi alma de pensamientos, deseos y afectos, todos terrenos, brutales y de muerte, de muerte eterna; abandonándoos a vos, con horrendísima ingratitud, que sois el alimento de vida eterna.

¡Mi Dios! Y ¿por esta mi negra ingratitud es que no queréis ser más el alimento de mi alma? Al contrario, cuanto más ingrato he sido, desagradecido y reo, tanto más, por vuestra infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María Santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme, firmísima confianza y seguridad de que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de mi monstruosísima ingratitud y de todos mis pecados, y la gracia de llevar una vida toda despegada de los placeres de la tierra y toda ocupada en el ejercicio de la santa oración y meditación y en hacer vuestra santísima voluntad en todos mis deberes; para tener mi alma siempre preparada, dispuesta y firmísimamente unida a vos: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a todos vuestros infinitos atributos y perfecciones, y a todo vos eterno, infinito, inmenso,

incomprensible alimento de mi alma para ser transformado todo en vos, a fin de que llegue a ser semejante a vos en la gloria.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

ARTICULOS SEGUNDO Y TERCERO

del Símbolo Apostólico

Creo en JESUCRISTO, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María.

XXII

Del amor infinito y de la misericordia infinita de Dios, al habernos donado a su divino Hijo hecho hombre para la redención de nuestra alma.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que Dios, que con amor infinito y con su infinita misericordia nos ha creado a su imagen y semejanza para llegar a ser semejantes a él en la gloria por toda la eternidad, apenas vio que Adán había pecado y que, por el pecado de nuestro primer padre, todos de todo el género humano nos convertíamos en masa de perdición¹⁹ e hijos del infierno, movido por la misma infinita misericordia amorosísima,

¹⁹ cf S. Agustín, *Enchiridion* c. 25. Pallotti leía esta cita en la liturgia de las horas (Breviario Romano) del domingo "Septuagésima", hoy suprimido después de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II.

llama al desobediente Adán y le admonesta compasivamente. Y como está enamorado del hombre²⁰, hasta tal punto ingrato y miserable que tan fácilmente abandona y ofende a Dios, bien infinito, y se fabrica por sí mismo su propia ruina, le promete un redentor. Y por redentor da a su mismo y único Hijo divino, nuestro Señor, hecho hombre por nosotros en el seno de una Virgen por obra y virtud del Espíritu Santo, que es nuestro Señor Jesucristo.

Por eso dice san Juan en su santo Evangelio: "Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna"²¹.

Un Dios ultrajado, ofendido, no obedecido, un Dios abandonado por el hombre, hasta tal punto ha llegado a amar a todo el género humano que le ha donado a su mismo Hijo unigénito, encarnado por nosotros en el seno purísimo de María santísima siempre Virgen. De modo que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre en alma, cuerpo y divinidad, es nuestro, es todo nuestro. Y toda la vida de Jesucristo, sus méritos infinitos, sus virtudes perfectísimas son todas nuestras. Por eso el apóstol s. Pablo decía: "El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?"²².

²⁰ cf también al caso s. Catalina de Siena en "*Le orazioni*", Roma 1978, p 46, (oratio IV) donde dice: "fuoco d'amore, pazzo della fattura tua".

²¹ Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret, ut omnis qui credit in eum no pereat, sed habeat vitam aeternam (Jn 3,16).

²² Qui etiam proprio filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit (Rm 8,32).

¡Ah, donación inefable del amor infinito y de la misericordia infinita! ¡Oh don infinito, eterno, inmenso, incomprendible!

Por consiguiente, Jesucristo es mío. El Verbo eterno hecho hombre en alma, cuerpo y divinidad es mío. Las virtudes perfectísimas y todos los méritos infinitos de Jesucristo son míos. Todas las obras que ha hecho Jesucristo sobre esta tierra para la redención del género humano que, como dice san Juan apóstol y evangelista, son tantas que, si todas se debieran registrar, el mundo no sería capaz de contener los libros que se deberían escribir para narrarlas todas. "Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribirían"²³.

Todo Jesucristo eterno, infinito, inmenso, incomprendible es mío. Y es de tal modo mío que, como Dios me lo ha donado, él mismo no me lo puede arrebatar si yo no renuncio a él por el pecado mortal.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor infinito, amor incomprendible!
¡Misericordia eterna, infinita, inmensa, inefable!

¿Quién os ha impulsado a darme un don tal, sino vuestro mismo amor infinito, infinitamente misericordioso?

¡Oh, qué monstruo de ingratitud soy, por cierto! Y lo he sido innumerables veces y durante tantos años. No

²³ Sunt autem et alia multa, quae fecit Jesus, quae si scribantur per singula nec ipsum arbitror mundum capere posse eos, qui scribendi sunt libros (Jn 21,25).

sólo porque no he correspondido con amor a vuestro amor infinito, sino también porque no he sacado provecho nunca, como podía y debía, de vuestro incomprendible don para destruir en mí al hombre viejo, esto es, al pecado. Antes bien, he cometido horribles pecados sin número. Y los he hecho cometer con mis escándalos. No me he revestido del hombre nuevo, esto es, de nuestro Señor Jesucristo. No he enriquecido el alma con las riquezas infinitas, con los méritos infinitos de Jesucristo, con sus virtudes y con su santísima vida. Más bien, he acumulado en mí todas las miserias de todos los vicios, del desahogo de todas las brutales pasiones y de todos los pecados de cada especie.

¡Oh, loco que fui! ¡Oh, monstruo de ingratitud, que he sido yo siempre! ¡Ah, mi Dios! Y, ¿por esto me queréis castigar? Sí, lo merezco. Mas, por vuestra infinita misericordia ayudadme a que os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito, misericordia infinita!

Cómo estáis así de enamorado del hombre que habéis llegado a donarle a vuestro mismo unigénito Hijo, encarnado en el seno de una Virgen por obra y virtud del Espíritu Santo. Y se lo habéis donado todo en alma, cuerpo y divinidad con todos sus méritos infinitos, con todas sus virtudes y con toda su vida santísima.

Sin embargo, habéis visto cuán miserable es el hombre, puesto que Adán, aunque haya sido creado por vos en gracia y, por tanto, de naturaleza incorrupta, también

os ha traicionado pisoteando vuestro amoroso precepto y comiendo el alimento prohibido, si bien podría haber comido otros innumerables alimentos.

¡Ah, mi Dios! Este vuestro modo de obrar en favor nuestro (perdonadme si os lo digo), me haría decir que vos estáis enamorado de la miseria.

Sí, mi Dios, vuestra infinita misericordia ha mirado y ha sido siempre propicia sobre nuestra miseria para destruirla y para darnos la verdadera riqueza: nuestro Señor Jesucristo. Pero yo no he sacado nunca provecho de ella como debía. Y por este don no os he sido agradecido nunca. Por eso mezcuro que me sea quitado para siempre.

Mas, por vuestra infinita misericordia, por los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza que vos, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de mis pecados y la gracia de no pecar más, para no perder nunca más el don que me habéis hecho. A fin de que nuestro Señor Jesucristo sea mi verdadera riqueza en el tiempo con la plenitud de la gracia, y en la eternidad con la plenitud también de la gloria.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXIII

Dios, impulsado por su amor infinito y por su infinita misericordia, se ha hecho hombre para enseñarnos, en su santísima humanidad, cómo debemos vivir para perfeccionar nuestra alma, en cuanto es una viva imagen de Dios.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que el apóstol s. Pablo nos advierte que Dios siempre nos ha hablado o por medio de la ley o por medio de los profetas y, finalmente, en su Unigénito hecho hombre por nosotros: "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos"²⁴.

El mismo santo apóstol, escribiendo a los primeros fieles de Roma, les dijo: "A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo"²⁵; para indicar que Dios nos ha dado a su divino Hijo para imitarlo y para ser, en cuanto es posible, semejantes a él.

²⁴ Multifariam multique modis olim Deus loquens Patribus in Prophetis: novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit heredem universorum, per quem fecit et saecula (Hb 1,1-2).

²⁵ Quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis filii sui (Rom 8,29).

En su Hijo divino nos ha hablado con sus obras y con su doctrina. Puesto que por la desobediencia de Adán nuestra alma fue toda llagada con la ignorancia del intelecto, con la malicia de la voluntad, con la debilidad de las fuerzas del espíritu, y con la inclinación al desahogo de todas las malvadas pasiones; así nuestro Señor Jesucristo, para combatir las todas y para darnos la gracia de imitarlo, quiso humillarse infinitamente no sólo en el misterio de la encarnación, sino también naciendo en los padecimientos y humillaciones del pesebre y llevando una vida humilde, pobre, penosa, perseguida, laboriosa, benéfica y despreciada.

Por eso se dignó permitir que Herodes lo buscara para hacerlo morir apenas nacido. Para reservarse a beber el amarguísimo cáliz del misterio de la cruz hasta la última gota, se sometió a los padecimientos de la huida y demora en Egipto y del retorno a Nazaret. Allí vivió en la humildad, pobreza, fatigas y en el ejercicio perfectísimo de todas las virtudes. Todas con la obediencia al Padre celeste y con la sumisión perfecta a María santísima, su madre virgen, y a s. José, su padre putativo.

Un Dios eterno, infinito, incomprensible, inmenso, ha hecho todo esto por nosotros pecadores. Lo ha hecho en su santísima humanidad asumida por la divina persona para someterse a todo padecimiento. Lo ha hecho con amor infinito. ¡Oh exceso de amor incomprensible!

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Amor infinito de mi alma, misericordia inefable, incomprensible! ¡Oh divinos inventos de vuestro amor infinitamente misericordioso!

¡Ah, Jesús mío! ¡Redentor de mi alma, salvador mío! Yo siento lo que me enseña la santa fe en vuestros santísimos Evangelios. Pero yo no llego a entender vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia que os ha impulsado a hacer todo esto, y a hacerlo así: a hacerlo con amor infinito para enseñarme con vuestra santísima vida sobre esta tierra qué vida debo llevar también yo para perfeccionarme a mí mismo, en cuanto soy viva imagen vuestra y del Padre y del Espíritu Santo.

¡Ah, mi Dios! ¡Oh, cuán ingrato soy hacia vuestro amor infinito! Pues no he sacado provecho nunca de ello como debía y podía, ayudado por vuestra gracia. Más bien, vos conocéis cuánto he abusado siempre, viviendo todo en oposición a lo que vos habéis hecho y sufrido para ser mi ejemplo.

Por eso, todos los pecados que he cometido, los he cometido porque no os he imitado en la vida humilde, pobre, penosa, laboriosa, obediente, de sumisión y de abnegación.

¡Ah, mi Dios! Es verdad que merezco que ahora me abandonéis. Pero creo que no me abandonaréis jamás. Antes bien, por vuestra misma infinita misericordia vos os dignáis ayudarme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Jesús mío! ¡Redentor de mi alma, mi divino ejemplo!

¿Quién puede llegar a comprender el amor infinito y la infinita misericordia, con la cual habéis nacido por mí en un establo y habéis llevado una vida humilde, pobre,

laboriosa, penosa y despreciada? ¿Quién puede comprender mi monstruosa ingratitud contra vuestro amor y misericordia infinita?

¡Ah, mi Dios! Es verdad, muy verdadero, que por mi negra ingratitud merezco que vos no me favorezcáis más con ninguno de vuestros dones. Mas, por vuestra misma infinita misericordia, por vuestros infinitos méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y creo ciertamente que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de mis pecados y el don de imitaros siempre en vuestra vida humilde, pobre, penosa, laboriosa y obediente, para perfeccionar meritoriamente mi alma en cuanto es viva imagen vuestra y del Padre y del Espíritu Santo.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXIV

El amor infinito y la infinita misericordia de Dios, al habernos dado a nuestro Señor Jesucristo también como nuestro hermano primogénito.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que el apóstol s. Pablo escribiendo a los primeros fieles de Roma y

hablando de nuestro Señor Jesucristo, nos asegura que Dios nos lo ha donado para que él sea nuestro hermano primogénito: "Para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos"²⁶. Esto es, primogénito entre muchos hermanos. O sea, primogénito de todos los verdaderos cristianos católicos. Así nos lo ha donado el eterno divino Padre.

Por consiguiente, es de fe que el amor infinito y la misericordia infinita de Dios, aunque en su infinita sabiduría haya visto desde toda la eternidad nuestra ingratitud y los pecados enormísimos e innumerables que hubiéramos cometido, no sólo nos ha creado a su imagen y semejanza dándonos el libre arbitrio para perfeccionarnos meritoriamente a nosotros mismos en cuanto somos su viva imagen, sino que —abandonado por nosotros por el pecado y habiendo renunciado a él por Padre— nos ha donado a su eterno divino Hijo para nosotros; no sólo como redentor, sino también como nuestro hermano primogénito. Con esto ha querido reavivar en nosotros, más viva y más sensiblemente, la fe de aquella íntima, verdadera, estrechísima *relación* que, para ser expresada, se puede llamar parentesco sobrenatural. Por el cual entramos en los derechos de los hijos de Dios, de herederos de Dios y de coherederos con Jesucristo. Por eso, el apóstol s. Pablo, escribiendo a los romanos, les aseguró así: "Todos los que son guiados por el espíritu de Dios son hijos de Dios..., si hijos, también son herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo"²⁷.

²⁶ Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus (Rm 8,29).

²⁷ Quicumque Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei... si autem filii dei heredes, heredes quidem Dei, coheredes autem Christi (Rm 8,14.17).

Por consiguiente, es de fe que nosotros, si vivimos sin el pecado mortal, somos hijos de Dios, herederos de Dios, coherederos de Jesucristo. Hijos de Dios, pues no sólo somos viva imagen de Dios, somos también hijos adoptivos de Dios. Por consiguiente, somos hijos del eterno, del inmenso, del infinito, del incompresible. Como hijos adoptivos de Dios somos todos legítimos herederos de Dios. Por consiguiente, nuestra herencia eterna, infinita, inmensa, incomprensible es Dios, todo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y todos los infinitos atributos de Dios: la potencia infinita, la sabiduría infinita, la bondad infinita, la pureza por esencia, la infinita misericordia, la justicia por esencia, la santidad, la perfección por esencia y todas las infinitas perfecciones de Dios.

Somos coherederos de nuestro Señor Jesucristo, porque él es nuestro verdadero hermano primogénito al ser nosotros hijos adoptivos de Dios. Por consiguiente, nuestra eterna herencia nos la debemos disfrutar con nuestro mismo divino redentor y nuestro hermano primogénito Jesucristo en la manifestación de la gloria del mismo Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible, por toda la eternidad.

2.

¡Ah, Dios mío! ¡Amor infinito, infinita misericordia! ¿Cuándo habría podido imaginar que, después de que habéis sido ofendido infinitamente, ultrajado con incomprensible ingratitud y abandonado por nosotros, no sólo nos habéis dado el redentor, sino que os habéis dignado dárnoslo también como nuestro hermano primogénito y nos habéis ensalzado a ser vuestros hijos adoptivos, vues-

tros herederos y coherederos de vuestro Hijo encarnado por nosotros?

¡Ah, Dios mío! ¿Cuándo he sacado provecho yo de vuestra incomprensible misericordia; más bien, cuánto he abusado de ella y, por eso, qué privaciones de gracias y qué castigos eternos he merecido yo?

Vos solo lo comprendéis. Pues vuestra amorosísima misericordia infinita me inspira una confianza siempre mayor. Por eso, por vuestra misma infinita misericordia estoy cierto que me queréis ayudar a que siempre yo os ore así:

3. Plegaria

¡Jesús mío! ¡Amorosísimo redentor mío! ¡Queridísimo hermano mío primogénito!

¿Cuándo os he amado y respetado como mi queridísimo hermano primogénito? Más bien, ¿cuántas veces os he traicionado y os he hecho traicionar por los demás con mis innumerables y horrendísimos escándalos? Lo he hecho no sólo con monstruosísima ingratitud hacia vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia, sino también con gravísimo daño de mi alma despojándome del nobilísimo y preciosísimo derecho de ser vuestro coheredero, heredero de Dios e hijo adoptivo de Dios.

Mas, ¿por esto me queréis rechazar de vos como merezco?

Pero, vos sois la misericordia por esencia. Por eso, por vuestra misma infinita misericordia, por vuestros infinitos méritos y los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza de

que, súbitamente, me concedéis el perfecto dolor de mis pecados y os dignáis restituirme el preciosísimo derecho de hijo adoptivo de Dios, de heredero de Dios y de vuestro coheredero, para hacerme disfrutar con vos la incomprendible herencia en la gloria, por toda la eternidad.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXV

Dios, al habernos dado a su divino Hijo hecho hombre por nosotros como nuestro hermano primogénito, nos ha dado juntamente por madre a la misma madre santísima de su divino Hijo y por hermanos nuestros nos ha dado a todos los santos; y por eso los cuidados que tienen hacia nosotros todos los santos ángeles.

1.

Iluminado por la santa fe, todas las veces que recuerdo que Dios, amor infinito y misericordia infinita de mi alma, se ha dignado darme por mi hermano primogénito a nuestro Señor Jesucristo, debo recordar también que esta

operación inefable de su amor infinito y de su misma infinita misericordia comprende juntamente un mar inmenso de otros dones, favores y gracias. Los cuales yo nunca llegaré a comprender; en especial, tampoco aquel que me dice la santa fe: que nuestro Señor Jesucristo es nuestro hermano primogénito; y María santísima, que es verdadera madre de Jesucristo, es mi madre.

Por consiguiente, ¡oh dichoso yo!, ¡oh feliz yo!, la hija del eterno Padre, la madre del eterno Verbo encarnado, la esposa purísima del Espíritu Santo es mi madre. Es una madre que en la santidad y, por tanto, en la potencia, en la sabiduría, en la caridad y en la gloria supera a todos los ángeles y a todos los santos.

Además, debo recordar también que, habiéndome dado por hermano primogénito a Jesucristo, juntamente me ha dado por hermanos a todos los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pues también aquellos del Antiguo Testamento están salvados por la viva fe en Jesucristo como futuro redentor para ellos. Por consiguiente, todos los santos profetas y patriarcas son mis hermanos. Todos los demás santos de cada estado, grado, sexo y condición, que nos precedieron en el curso de más de cuatro mil años ²⁸ antes del nacimiento de Jesucristo, todos son mis hermanos. Los santos apóstoles y evangelistas, los santos inocentes, los santos mártires, los santos pontífices, doctores, obispos, sacerdotes, levitas y clérigos de cada orden, los santos anacoretas, cenobitas, confesores, vírgenes, viudas, penitentes y todos los santos

²⁸ Era el cálculo del tiempo mayormente aceptado en la época de Pallotti.

que hay y habrá hasta el fin del mundo; todos son y espero que sean mis amorosísimos hermanos; todos están en la caridad perfecta; todos son propicios a ser escuchados a mi favor por Dios, mi Padre.

Si el hijo de cualquier soberano de este mundo es respetado de modo tal por los cortesanos del propio padre, ¡cuáles serán a favor mío los verdaderos cuidados y las efusiones de la caridad de todos los santos ángeles, que son los ministros de la corte de mi Padre celeste y de mi hermano primogénito Jesucristo, y de mi madre, reina del paraíso! Pues, me reconocen favorecido por los inefables dones de hijo adoptivo de Dios, de hermano de Jesucristo, de hijo de María y hermano de todos los santos.

2.

¡Ah, mi Dios! ¡Yo no entiendo!

¡Oh amor infinito, amor incomprendible, misericordia infinita de mi alma!

¡Vos iluminadme para conocer cuán ingrato he sido; más bien, cuánto he abusado de vuestros dones, y cuán reo soy por haber obrado siempre en oposición a cuanto debía hacer para corresponder con amor, con humildad y con corazón verdaderamente grato a vuestro amor infinito y a vuestra infinita misericordia. Cuán loco he sido que no he sacado provecho, como podía y debía, de la intercesión de los ángeles, de mis amadísimos hermanos, los santos, y de la poderosísima intercesión de mi querida madre María; especialmente para obtener la gracia de imitarlos en todas las virtudes como vos queréis, ¡oh Dios mío! Mas, por vuestra misma infinita misericordia estoy seguro que me ayudáis ahora y siempre a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío amorosísimo!

Vos solo sabéis y comprendéis cuán ingrato he sido yo hacia vos. No sólo os he abandonado a vos y he traicionado a mi hermano primogénito Jesucristo tantas veces cuantos son los pecados que he cometido y he hecho cometer con mis escándalos, sino que, además, otras tantas veces he herido el corazón de mi querida madre María con la espada de la iniquidad. Ni he sacado provecho de su intercesión, ni de la intercesión de todos los santos mis queridísimos hermanos; ni he imitado sus santas virtudes, como debía y podía. Por eso he sido siempre pecador, gran pecador.

Pero ahora, iluminado por vos con vuestra gracia, por vuestra misma infinita misericordia, por los méritos infinitos de Jesucristo, por los méritos e intercesión de María santísima, mi enamoradísima madre, y de todos los ángeles y de todos los santos, mis queridísimos hermanos, tengo firme confianza que os dignáis concederme la perfecta contrición de todos mis pecados y la gracia de imitar a todos los santos; para imitar más de cerca a mi querida madre María y a mi hermano primogénito Jesucristo hasta la muerte, siempre con mayor perfección.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento

como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXVI

Dios, impulsado por su amor infinito y por su infinita misericordia, no ha impedido el pecado de Adán, para que nuestra vida fuera ennoblecida, santificada y enriquecida toda por los méritos de la vida de nuestro Señor Jesucristo.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que Dios, perfección y santidad por esencia, cuando no impidió el pecado, que siempre podría haberlo impedido, no lo impidió por fines dignos de sí mismo y de todas sus infinitas perfecciones. Yo no soy capaz de llegar a comprender todos los fines santísimos, amorosísimos y misericordiosísimos por los que no impidió el pecado de Adán. Si bien la santa fe me llevó a ver aquel motivo principalísimo por el que él quiso darnos a nuestro Señor Jesucristo. De ahí que la santa Iglesia canta en la liturgia del Sábado Santo de la Pascua de Resurrección: “¡Feliz la culpa que mereció tal redentor!”²⁹.

Tanto más ³⁰ razón tenemos para admirar, puesto que

²⁹ O felix culpa, quae talem, ac tantum meruit habere Redemptorem.

³⁰ Este apartado entero (de aquí a Is 64,6) lo añadió Pallotti en un repaso posterior en una hoja adicional. Se sentía impulsado a completar y profundizar esta verdad de la fe (cf Prop núm 556 y Lumi 470).

Dios no nos hubiera donado a su Unigénito divino hecho hombre por nosotros, si Adán u otro cualquiera no hubiese pecado nunca. Y aunque todos no hubieren hecho otra cosa que obras buenas, éstas obras buenas nunca hubieran sido enriquecidas, perfeccionadas y ennoblecidas por los méritos infinitos y por la perfección y santidad de la vida santísima de Jesucristo. El cual santifica, perfecciona y enriquece con sus méritos infinitos todos los pensamientos, palabras y obras de nuestra vida; también aquellas que se dicen indiferentes por sí mismas, pero que son hechas por nosotros por amor a Dios, en estado de gracia. Sin los méritos de Jesucristo, nuestras buenas obras se habrían quedado como son por sí mismas, esto es, casi como una nada ante Dios; más bien, monstruos de imperfección ante la perfección infinita de Dios. De ahí que el santo profeta Isaías nos asegure: “Como paño inmundo todas nuestras obras justas”³¹.

2.

¡Ah, mi Dios! No soy digno de contemplar los excesos de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia. ¿Cómo habéis llegado a permitir que Adán os ofendiese infinitamente? Para donarnos a vuestro divino Hijo; no sólo era para redimir nuestra alma de la esclavitud del pecado y para destruir en nosotros toda deformidad contraída por nuestra alma por el pecado, sino también para que —todos los pensamientos de nuestra mente, todos los afectos no desordenados del corazón, todas las palabras,

³¹ Et quasi pannus menstruatæ universæ iustitiæ nostræ (Is 64,5).

las obras, los pasos y el uso de todas las potencias del alma y de los sentimientos de nuestro cuerpo y de todas las cosas creadas por vos en nuestro servicio—, fuese santificado, ennoblecido y enriquecido todo por los méritos infinitos y por la infinita santidad y perfección de todos los pensamientos, palabras, deseos, obras, alientos, pasos, y por el uso de las cosas creadas y de todas las potencias del alma santísima y del cuerpo immaculado de nuestro Señor Jesucristo. De modo que por la comunicación y aplicación de los méritos infinitos de Jesucristo sea destruida toda deformidad de nuestras obras. También la de aquellas que se dicen obras buenas, pero que por sí mismas, sin la aplicación de los méritos y de la santidad y perfección de la vida de Jesucristo son ante vos, perfección por esencia, tales que se pueden llamar horrendísimos monstruos. Por la aplicación de los mismos méritos, santidad y perfección de la vida de Jesucristo, no sólo queda destruida la deformidad de nuestras obras buenas y de las indiferentes, si bien hechas igualmente por vuestro amor, sino que las mismas obras son santificadas, perfeccionadas y enriquecidas por la santidad, por la perfección y por los méritos infinitos de Jesucristo. Entonces podemos decir: la santidad, la perfección y los méritos de Jesucristo, toda la vida de Jesucristo es mía³².

¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Amor infinito, amor incomprensible, amor no conocido, amor ultrajado, amor

32 Pallotti formuló al caso la siguiente jaculatoria: "Jesús mío, con la santidad y perfección de vuestra vida santísima destruye toda la deformidad de mi vida. Y vuestra vida santísima sea mi vida". "Destruatur tota vita mea, et vita Jesu Christi domini mei sit vita mea" (Analecta 2,13 - diciembre 1921).

nunca correspondido por mí y siempre por mí perseguido, pisoteado, contradicho! Mas, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Amor infinito! ¡Misericordia eterna, infinita, inmensa, incomprensible!

¿Quién os puede comprender en los designios inefables del exceso de vuestro mismo amor infinito y de vuestra misma infinita misericordia? Ningún otro que vos, que sois sabiduría infinita. Así vos solo comprendéis cuán horrenda y monstruosa es mi ingratitud y cuán enorme mi culpa por no haber sacado nunca provecho de vuestros designios amorosísimos, como podía y debía, ayudado por la divina gracia. Por eso merezco que yo quede privado para siempre de todos vuestros dones. Sí, lo merezco infinitamente y lo he merecido innumerables veces.

Mas, por vuestra misma infinita y amorosísima misericordia, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo y por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza que, súbitamente, me concedéis la perfecta contrición de todos mis pecados. Con la santidad y perfección de la vida santísima de Jesucristo destruís súbitamente en mí toda deformidad de mi vida pasada. Con la vida del mismo Jesucristo nuestro Señor santificáis toda mi vida y me enriquecéis con todos sus méritos infinitos. De modo que el alimento que tome, la bebida y el reposo, todo será santificado en mí por la santidad de la vida de Jesucristo;

así podré decir con verdad que la vida de Jesucristo es mía.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero immaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXVII

El amor infinito y la misericordia infinita de nuestro Señor Jesucristo en su bautismo.

1.

Illuminado por la santa fe, debo recordar que nuestro Señor Jesucristo, no se contentó —con haberse humillado infinitamente por nosotros en el misterio de la encarnación, y con haber nacido en la pobreza y padecimientos del pesebre, y con haber llevado una vida siempre humilde, pobre, laboriosa y despreciada para redimir nuestra alma de la esclavitud del pecado, para destruir toda la deformidad de nuestra vida malvada, y para santificar, ennoblecer y enriquecer con sus méritos infinitos todas las obras, palabras y pensamientos de toda nuestra vida—, sino que previó que con el pecado yo rechazaría de mí tan preciosos tesoros de vida eterna. Para animarme y

para preparar para mí y para todos un tesoro infinito de gracias para hacer penitencia por mis pecados, él, aunque era el inocente, el impoluto, la santidad por esencia, el segregado de los pecadores, se dignó trasladarse a las orillas del Jordán con amor infinito y movido por su infinita misericordia. Y entre la turba de los pecadores, como si fuese uno de ellos, pidió públicamente a su precursor s. Juan Bautista que lo bautizase con el bautismo de penitencia.

2.

¡Ah, Jesús mío! ¡Salvador mío! ¡Hermano mío primogénito! ¡Amor mío infinito! ¡Misericordia incomprensible, infinita, eterna, inmensa! ¡Oh, cuán ciego he sido! ¡Oh, qué loco soy yo! ¡Oh, qué monstruo de ingratitud! ¡Oh, cuanto de oprobio, de humillación, de desprecio se diga de mí, no se dirá nunca bastante; ni tampoco cuanto merezo por no haber sacado nunca provecho, como debía y como podía, de vuestro amor infinito! Si vos, inocente y santidad por esencia, no tenéis dificultad de aparecer pecador en vuestra santísima humanidad para animarme a la penitencia después del pecado, a fin de que vuelva a teneros a vos con todos los méritos infinitos de vuestra vida santísima como mi todo, mi tesoro, mi riqueza, mi vida y vida eterna; ¿cómo, después de haber pecado, he tardado yo tanto en hacer penitencia por mis enormes pecados?

¡Ah! ¡Jesús mío! Es verdad que merezco ser abandonado por vos. Merezco que vos ya no seáis más mío, todo mío. Merezco quedar en la extrema miseria de mis pecados.

dos. Mas, ¿qué?, ¿me queréis tratar como merezco? Si me tratáis como merezco, deberías mandarme súbitamente al infierno. Y he merecido tantos infiernos cuantos pecados he cometido y he hecho cometer con mis escándalos. Mas vos me hacéis vivir aún, porque queréis usar de misericordia conmigo. Por consiguiente, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Jesús mío! ¡Amor mío infinito, misericordia infinita! Vos, en el exceso de vuestro mismo amor y misericordia infinita, se diría que os olvidáis de vuestra santidad, de vuestra infinita perfección y majestad infinita, y de vuestro odio infinito contra el pecado. Pues os habéis humillado a aparecer pecador para animarme a mí y a todos a la penitencia después del pecado; para que cada pecador vuelva a poseer toda la riqueza infinita de todo vos con todos vuestros méritos. Es verdad, Jesús mío que yo soy el primer ingrato hacia vuestro amor infinito. Pero ya no creo que por esto me queráis castigar como merezco. Más bien, por vuestra misma infinita misericordia, por vuestros infinitos méritos, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza y tengo por cierto que, súbitamente, me concedéis el don de una perfecta contrición y la gracia de hacer siempre penitencia por mis pecados, y de vivir y morir como perfecto penitente³³.

³³ Pallotti añadió las palabras "y de vivir y morir como verdadero penitente" en un repaso posterior, presumiblemente cuando separó el ofre-

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero immaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXVIII

El amor infinito y la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo en el desierto.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que nuestro Señor Jesucristo, después de haberse humillado infinita-

cimiento de la plegaria. Compara esta cita con la de Lumi que escribió él después del 12 de mayo de 1849 en S. Agata dei Goti: "Vos me concedéis todo... con la más perfecta contrición y con la vida y muerte de un verdadero y perfecto penitente" (Prop 572 y Lumi 281-282). Melia refiere al caso: "Tal conclusión no he leído nunca en ninguna otra parte de dicho libro. Y está única y remarcable en este último escrito suyo. Lo mismo también repetía en los últimos meses de su vida, particularmente al confesar, diciendo: "Oremos por la gracia de vivir y morir como verdaderos penitentes" (Melia: *Dei manoscritti relativi alle opere del servo di Dio D. Vincenzo Pallotti*", capítulo 13: "Predizione della sua morte"). Cf "si os conosciere como os debiera conocer os amaría, estaría totalmente separado del mundo, sería todo vuestro, sería un verdadero penitente siempre preparado para presentarme en cualquier momento a vuestro divino tribunal para rendir cuentas de mi vida" (Prop núm 555 y Lumi 466).

mente al recibir el bautismo de penitencia, quiso también retirarse al desierto. Allí se quedó durante cuarenta días y cuarenta noches en oración y en rigurosísimo ayuno sin tomar alimento o bebida de clase alguna, sometiéndose a probar todo padecimiento. Finalmente llegó hasta permitir a su enemigo y nuestro enemigo común, el demonio, que lo tentase nada menos que tres veces. Y lo venció siempre. Todo esto él lo hizo por todos nosotros. Lo hizo con amor infinito. Lo hizo movido por su infinita misericordia, si bien había previsto qué poco provecho sacaríamos de ella; pero cuánto abusaríamos de ella obrando en oposición a los santísimos fines.

Por estos fines se dignó hacer obras tan inefables, con las cuales quiere enseñarnos la práctica del santo retiro para retirarnos a menudo a tratar a solas con Dios, para asegurar el quehacer de la salvación eterna del alma. Quiso él enseñarnos el ejercicio de la santa oración para sacar provecho para nosotros del medio inefable de la plegaria, para obtener todas las gracias. Quiso enseñarnos la práctica del santo ayuno para aprender a tener mortificadas nuestras pasiones y nuestra carne. En fin, quiso, con las victorias sobre las tentaciones del demonio, animarnos a vencer todas las tentaciones de nuestros enemigos espirituales, para que no dejemos nunca de perfeccionar nuestra alma, ya que ella es viva imagen de Dios; y mucho más para que no hagamos nunca obras ruinosas a nuestra alma.

Y todo lo hizo no sólo para nuestro ejemplo, sino también para darnos la gracia de imitarlo en todo, y para darnos los méritos de su retiro, de su oración, de su ayuno y de sus victorias.

¡Jesús mío! ¿Quién habría podido imaginar que un Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible, feliz en sí mismo, sabiduría por esencia como vos sois, y ofendido y ultrajado por nosotros, hecho hombre por nosotros, pudiera llegar a hacer todo esto, aunque hayáis previsto que no seríais correspondido con amor y con gratitud y que, más bien, seríais poco conocido y muy vilipendiado?

¡Ah, mi Dios! Yo no entiendo. ¡Siento vuestro amor infinito y vuestra misericordia infinita, pero no la comprendo y la olvido en cada momento!

¡Mi Dios! Yo soy el primer ingrato a vuestro amor infinito y a vuestra infinita misericordia: y más que todos he abusado de ella. Pues, en vez de amar el retiro para tratar a solas con vos el quehacer de mi eternidad, he amado el tumulto, las conversaciones peligrosas y los espectáculos también pecaminosos. He descuidado el ejercicio de la santa oración. Y cuando la hice un poco, ¡oh cómo la he profanado!

No he amado el ayuno y la mortificación de la carne y, en vez de ello, ¡oh cuán intemperante he sido! ¡Ay de mí!, cuán brutalmente he buscado los placeres sensuales y lascivos. En vez de vencer todas las tentaciones de los enemigos espirituales, he secundado sus abominables sugerencias y juntamente con ellas, después de haberos abandonado, he combatido contra vos con mi escandalosa vida.

¡Ah, Jesús mío! Después de una vida tan impía, no entiendo como aún me hacéis vivir sobre esta tierra. Lo sé: sois el eterno, el inmenso, el incomprensible amor

infinito, infinitamente misericordioso de mi alma. Por consiguiente, por vuestra misma infinita, amorosísima misericordia sé que me queréis ayudar a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Jesús mío! ¡Mi amorosísimo hermano primogénito! ¡Verdadero Dios y verdadero hombre! ¡Dios eterno, infinito, inmenso, incomprendible! ¡Amor infinito! ¡Misericordia incomprensible, misericordia infinita!

Vos solo, con el Padre y con el Espíritu Santo, nos podéis iluminar para conocer vuestro amor infinito y vuestra infinita misericordia expresada en vuestro sagrado retiro, oración, ayuno y en las victorias contra el demonio en el desierto. Y nos podéis ayudar con la gracia para sacar provecho de ella como vos queréis. No porque vos tengáis necesidad de ella, sino porque nosotros tenemos extrema necesidad para llevar a cabo nuestros deberes hacia vos, para perfeccionar nuestra alma en viva imagen vuestra y para remediar los excesos de nuestra ingratitud y abominable impiedad.

Mas, por vuestra infinita misericordia, por vuestros méritos infinitos, por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, creo firmemente que me concedéis, súbitamente, la perfecta contrición de todos mis pecados y la gracia de sacar provecho de los méritos infinitos de vuestro retiro, oración, ayuno y de las victorias en el desierto; para remediar el exceso horrendísimo de mi ingratitud e impiedad, como vos queréis.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXIX

El amor infinito y la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo en todo lo que hizo por nosotros en los años de su predicación.

1.

Iluminado por la santa fe, debo recordar que nuestro Señor Jesucristo, impulsado por su infinita y amorosísima misericordia quiso enseñar a todos la verdadera doctrina con amor infinito. La cual, fielmente observada, lleva a las almas a perfeccionarse meritoriamente en cuanto son viva imagen de Dios; y las hace llegar a nuestro último, único, beatísimo fin.

Después de haber practicado él con perfección durante treinta años lo que quería enseñarnos, comenzó a predicar el Evangelio. Se dignó predicarlo con todos los padecimientos más graves de una vida: la más pobre, la más humilde, la más laboriosa, la más benéfica y la más despreciada. Todo se dignó sufrir y obrar con amor infinito. Continuó obrando en todo, aunque fuera perseguido y calumniado horriblemente por sus enemigos y fuera hasta

buscado para hacerlo morir, no obstante que hacía bien a todos. Para que todos reconocieran que él era y es nuestro redentor, prometido desde el principio del mundo, deseado por los patriarcas, anunciado precisamente por los santos profetas, suspirado por todas las gentes, obraba milagros sin número, daba luz a los ciegos, oído a los sordos, habla a los mudos, salud a los enfermos, vida a los muertos, saciaba a los hambrientos sin serle requerido, y evangelizaba a los pobres para conducir a todos a la posesión de las verdaderas riquezas en la eternidad feliz.

Obraba tales prodigios no sólo para dar un signo de su divinidad, sino también para mostrar su amor infinito y su infinita misericordia, siempre pronta a renovar tales prodigios y aún mayores, cuando lo requiera la gloria del Padre celeste y la salvación eterna del alma.

Y mucho más aún, para obrar en nuestra alma aquellos prodigios espirituales que son de un orden tanto más superior, como que el bien eterno supera cualquier ventaja temporal. Es decir, él está siempre pronto a iluminar la ceguera de nuestra alma, a abrir los oídos del corazón del pecador que fue sordo a las divinas llamadas, a soltar la lengua de aquel que, por engreída vergüenza, calló los pecados en el tribunal de la penitencia; está pronto a sanar todas las enfermedades de nuestra alma, aunque fuesen del pecador más habituado al pecado y a los vicios, y desea dar siempre la vida espiritual a las almas muertas a la gracia por el pecado mortal.

2.

¡Ah, Jesús mío! ¡Mi queridísimo hermano primogénito! ¿Cuándo he sacado provecho yo de vuestra celeste

doctrina, de vuestros milagros y de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia, con la cual todo lo habéis hecho por mí en un mar inmenso de padecimientos, de tribulaciones, de malignas persecuciones y de las más diabólicas calumnias?

¡Ah, Jesús mío! ¡Amor mío infinito! Vos sabéis que toda mi vida forma una historia continuada de la más monstruosa ingratitud contra vos y de la más necia negligencia contra los verdaderos tesoros de mi alma, de los que debía enriquecerla, sacando provecho de todo lo que habéis hecho y padecido por nosotros en los años de vuestra celeste predicación. Así, en vez de ello, la he arruinado siempre más, multiplicando cada día y añadiendo pecados a pecados, sin número.

¡Ah, mi Jesús! Ya que todavía me soportáis sobre esta tierra, por vuestra misma infinita misericordia ayudadme a que yo os ore siempre así:

3. Plegaria

¡Jesús mío! ¡Mi hermano amorosísimo! ¡Maestro de vida eterna, taumaturgo indefectible!

Cuando recuerdo todo lo que por nosotros habéis enseñado, obrado y padecido en los años de vuestra celeste predicación, aunque habéis visto siempre mi ingratitud, no pierdo la confianza, más bien se me acrecienta. Por eso, por vuestra misma infinita misericordia, por vuestros méritos y por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza que me daréis la perfecta contrición de todos mis pecados y una gracia eficaz y perpetua para poner en práctica

todas vuestras celestes doctrinas; para vivir siempre en la confianza de que, en cada momento, obraréis en mi alma siempre nuevos prodigios de vida eterna y me haréis sacar provecho de todos vuestros padecimientos amando y sufriendo el padecer, también el padecer puro; como vos queréis, para ser todo semejante a vos.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

XXX

El amor infinito y la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo en la elección de los doce apóstoles

1.

Iluminado por la santa fe, cuando recuerdo que el eterno Padre, con amor infinito ha mandado a su divino Hijo Jesús, sumo, universal y eterno Sacerdote y Pontífice de todas las almas, debo recordar igualmente que nuestro mismo divino redentor Jesucristo después de su resurrección, dijo a sus apóstoles: "Como el Padre me envió,

también yo os envió"³⁴. Así se ha dignado ordenar a los suyos y a sus sucesores que vayan a anunciar en todo el mundo la obra de la divina redención, para que todos saquen provecho de ella para su eterna salvación, y para que hagan sus veces sobre esta tierra como verdaderos pastores de las almas, médicos espirituales y padres para conducirlos a todas a los verdaderos pastos de eterna salvación, para curarlas de sus enfermedades espirituales y para guardarlas como padres amorosos en su divino corazón.

Por eso los ha elevado a la sublísima dignidad de sacerdotes evangélicos, y les ha dado otros de superior dignidad episcopal, cuando dijo a s. Pedro: "Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas..."³⁵. Entonces ha dado a toda la Iglesia la cabeza visible, su verdadero Vicario, el Sumo Pontífice, con el don de la infabilidad en las definiciones de fe y con todos los dones del sacerdocio, del episcopado y del sumo pontificado.

Nos ha asegurado que quien lo escucha, a él le escucha; y quien los desprecia, a él le desprecia. He aquí cómo habló nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles: "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado"³⁶.

Por la obra de su sacrosanto ministerio nos comunica los tesoros de su gracia, los méritos de la obra de la

³⁴ Sicut misit me Pater, et ego mitto vos (Jn 20,21).

³⁵ Pasce agnos meos... Pasce agnos meos... Pasce oves meas... (Jn 21,15.16.17).

³⁶ Qui vos audit me audit, qui vos spernit, me spernit, qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me (Lc 10,16).

redención. Todo lo ha hecho con amor infinito e impulsado por su infinita misericordia para ayudar la miseria de nuestra pobre humanidad, a fin de que, ayudada por el ministerio pastoral de un modo visible, nuestra alma se disponga a recibir las acciones y las comunicaciones de la gracia espiritual e invisible. Todo esto lo ha hecho, si bien ha previsto cuán pocos y qué poco provecho sacarían de ello; y cuántos despreciarían y perseguirían aún a sus representantes y sus verdaderos ministros.

2.

¡Jesús mío! Yo soy el más ingrato de todos, porque más que todos he abusado de aquel amor infinito y de aquella misericordia infinita, con la que habéis elegido a los doce apóstoles y a todos sus sucesores para el sacerdocio evangélico; a otros también para el episcopado. Y los habéis enriquecido de todos los dones, gracias y privilegios necesarios para salvar nuestra alma.

¡Jesús mío! Es verdad que, por mi ingratitud y por el abuso que he hecho de tales gracias, he merecido que para mí no haya ya ningún sacerdote ni en vida ni en muerte. Mas, puesto que hoy me habéis recordado vuestras inefables misericordias, por vuestra misma infinita misericordia estoy seguro que me queréis ayudar siempre a que yo os ore así:

3. Plegaria

¡Jesús mío! ¡Mi amorosísimo hermano primogénito, sumo, universal y eterno sacerdote y pontífice de todas las almas!

Yo soy el más indigno de vuestras gracias y de vuestras inefables misericordias, porque soy el más ingrato y el más desagradecido hacia vuestro amor infinito y hacia vuestra infinita misericordia. Mas, ¿por esto queréis que yo crea que me queréis abandonar como merezco? No, nunca, ¡oh Jesús mío!

Más bien, por vuestra infinita misericordia, por vuestros infinitos méritos y por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza que me concedéis la perfecta contrición de todos mis pecados, la gracia de hacer penitencia por ellos y de respetar siempre a vuestro Vicario en la tierra, el Sumo Pontífice, a los obispos y a los sacerdotes, como vos queréis, y de sacar provecho del sagrado ministerio que les habéis confiado para santificar mi alma, como a vos os place, y de morir con su sagrada asistencia ministerial para ser enriquecidos en aquellos momentos extremos de la vida con todos los tesoros de la santa religión católica.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

El amor infinito y la misericordia infinita de nuestro Señor Jesucristo en la institución de la santísima Eucaristía.

1.

Iluminado por la santa fe, recuerdo que nuestro Señor Jesucristo, después de haber mostrado su amor infinito y su infinita misericordia en el curso de su santísima vida en todo lo que hizo y lo que dijo para nuestra eterna salvación, antes de ir a morir por nosotros en la muerte de cruz, se dignó instituir la santísima Eucaristía. La instituyó como sacrificio incruento y como sacramento para comida de nuestras almas. En ella se nos ha dado todo a sí mismo en alma, cuerpo y divinidad bajo las especies del pan y del vino. A fin de que este incomprensible exceso de su amor infinito y de su infinita misericordia sea perpetuo y universal, hasta el fin del mundo, elevó a sus apóstoles a la sublísima dignidad de sacerdotes y les dio la omnipotente potestad sobre su cuerpo real, para que puedan renovar la santísima Eucaristía tantas veces cuantas usen de tan inefable potestad.

A fin de que no la tuvieran ociosa, les mandó emplearla en memoria de su pasión y muerte de cruz. A la que se acercaba queriendo renovar perpetuamente, con el ministerio de los apóstoles y de sus sucesores en el sacerdocio, el sacrificio de la cruz sobre los altares sin el derramamiento de su preciosísima sangre; pero volviendo realmente a sacrificarse por nosotros haciéndose sacerdote y víctima. Con él podemos y debemos ofrecer el sacrificio

incruento para adorar a Dios como merece, para agradecer a nuestro divino benefactor cumplidamente, para satisfacer la divina justicia y la divina majestad ultrajada por nosotros con nuestros pecados y para obtener todas las gracias, dones, favores y misericordias de los que tenemos necesidad para nuestra eterna salvación.

Con tal exceso incomprensible de su amor infinito y de su infinita misericordia, no sólo quiso ser para nosotros sacerdote y víctima, alimento y comida de vida eterna para nuestras almas, sino que además, quiso permanecer siempre con nosotros en los santísimos altares; en el trono de gracia y de misericordia para darnos todo y siempre con amor infinito en todas las necesidades de la vida presente; a fin de proveernos de todo para llegar a nuestro único, último, beatísimo fin con la plenitud de los méritos, con la perfección de todas las virtudes y con la comunicación de toda su santísima vida.

2.

¡Oh amor infinito! ¡Amor incomprensible! ¡Jesús mío! ¡Salvador mío! ¡Sacerdote y Víctima! ¡Alimento y nutrimento de mi alma, médico y medicina, consolador y consejero sapientísimo, mi bien infinito, autor y distribuidor de la gracia, mi todo, amor infinito y misericordia infinita de mi alma!

¡Oh, cuán poco provecho he sacado! Más bien, ¡cuánto he abusado y profanado la santísima Eucaristía con mis irreverencias en las iglesias, y con mis multiplicados sacrilegios!

¿Cuándo he sacado provecho, como podía y debía, de

vuestra amorosísima y misericordiosísima demora en los santísimos altares; dejándoos solo y abandonado en las iglesias donde estáis día y noche por nosotros pobrecillos, para enriquecernos con vuestros tesoros infinitos, para sanar las llagas de nuestra alma, para liberarnos de las enfermedades espirituales, para comunicarnos vuestros méritos, para revestirnos de vuestras perfectísimas virtudes? ¿Cuándo puedo decir de haber hecho verdaderamente bien y con las debidas disposiciones una comunión eucarística? ¿Cuándo he asistido como debía a una misa?

¡Ah, Jesús mío! En vos resplandece el exceso incomprendible de vuestro infinito amor y de vuestra infinita misericordia en la santísima Eucaristía. Y yo soy el monstruo más horrible del más detestable exceso de ingratitud y de profanación contra vos en la santísima Eucaristía. Mas, por esto no quiero desesperar. Por tanto, por vuestra misma infinita misericordia estoy seguro de que vos me ayudáis a orar siempre así:

3. Plegaria

¡Dios mío! ¡Amor infinito, amor incomprendible!

Vos solo comprendéis cuán indigno soy. Más indigno de vuestras misericordias, cuanto más abominable y monstruosa es mi ingratitud hacia vuestro amor infinito; con el cual habéis instituido la santísima Eucaristía, como sacrificio y como sacramento para nutrimento de mi alma.

¡Dios mío! ¡Yo me quedo estupefacto! Yo, todo pegado a la tierra, todo inmerso en el desahogo de las brutales pasiones, yo me olvido de vos, verdadero alimento de las

almas. Y vos, os movéis a compasión por mí. Con el valor infinito de vuestros méritos infinitos de toda vuestra vida y en un sensible modo sacramental, me habéis querido despertar del sueño de la muerte. Con la memoria de vuestro infinito amor en el padecer, me habéis querido estimular para alimentarme de vos, verdadero Dios y verdadero hombre en alma, cuerpo y divinidad, con el santísimo Sacramento del Altar.

¡Oh inventos incomprensibles de vuestro amor infinito y de vuestra infinita misericordia por mí no correspondida, por mí olvidada, por mí profanada! Mas, ¿también por esto me queréis abandonar y castigar como merezco? ¡Ah, mi Jesús! Por vuestra misma infinita misericordia, por vuestros méritos infinitos y por los méritos e intercesión de María santísima y de todos los ángeles y santos, tengo firme confianza que me concedéis la perfecta contrición de todos mis pecados y de hacer penitencia por ellos, la gracia de sacar provecho siempre del incruento sacrificio de la santa misa, del santísimo sacramento de la Eucaristía y de adoraros siempre en los altares con la confianza de que me daréis todas las gracias, dones, favores, misericordias, de los que tengo necesidad, y la gracia de recibirlos sacramentado antes de morir para encontrar la muerte preciosa de los justos.

4. Ofrecimiento

Eterno Padre, con los sacratísimos corazones de Jesús y de María, os ofrezco la sangre preciosísima del cordero inmaculado, nuestro divino redentor, en agradecimiento como si ya me hubieseis concedido todas las gracias imploradas a mí y a todos, ahora y siempre.

ÍNDICE

	Página
Prólogo	7
INTRODUCCION.....	13
1. Cómo surge este escrito.....	13
a) Los <i>Inventos de Amor</i> de Cambi	13
b) El encargo hecho a V. Michettoni.....	20
c) El tiempo y el lugar de la redacción del escrito.....	23
d) Incompleto y sin publicar	25
2. El círculo de lectores y el fin del libro	26
3. El significado del libro	28
a) El descubrimiento de la vida interior de Pallo- tti.....	28
b) El maestro de la oración.....	30
c) El fundador de la Sociedad del Aposto- lado Católico.....	31
4. El contenido.....	32
5. El pensamiento fundamental	34
6. El gran movimiento de la vida	38
7. El ser a imagen y a semejanza de Dios	42
8. Cuando las fórmulas están llenas de vida.....	49
9. La unidad y la pasión.....	58
10. Para entrar finalmente en el tema	62
DIOS, EL AMOR INFINITO	

A todos los fieles (Preámbulo)..... 66

Artículo primero del Símbolo Apostólico

I	Dios es amor creador	
II	Los ángeles en el plan del amor	69
III	Los ángeles de la primera jerarquía	72
IV	Los ángeles de la segunda jerarquía	79
V	Los ángeles de la tercera jerarquía	81
VI	El amor en las cosas creadas	85
VII	El amor de Dios en la conservación de las cosas creadas.....	88
VIII	La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios.....	91
IX	El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, en el uso del libre arbitrio.....	95
X	El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, ha de obrar <i>siempre y bien</i>	98
XI	El alma, imagen de Dios Padre.....	101
XII	El alma, imagen del Hijo	104
XIII	El alma, imagen del Espíritu Santo	107
XIV	El alma, imagen de la potencia de Dios	111
XV	El alma, imagen de la sabiduría de Dios ...	114
XVI	El alma, imagen de la justicia de Dios.....	116
XVII	El alma, imagen de la misericordia de Dios	119
XVIII	El alma, imagen de la pureza de Dios	122
XIX	El alma, imagen de la santidad y de la perfección de Dios.....	125

XX	El alma, imagen del Dios eterno, infinito, inmenso, incomprensible	128
XXI	Dios, el alimento de nuestra alma.....	131

Artículo segundo y tercero del Símbolo Apostólico

XXII	El amor infinito de Dios al donarnos a su Hijo	136
XXIII	El Hijo de Dios hecho hombre para enseñarnos	141
XXIV	Jesucristo, nuestro hermano primogénito .	144
XXV	Por Jesucristo María es nuestra madre y los santos nuestros hermanos	148
XXVI	Nuestra vida ennoblecida, santificada y enriquecida por los méritos de Jesucristo	152
XXVII	El amor de Jesucristo en su bautismo de penitencia	156
XXVIII	El amor infinito de Jesucristo en el desierto	159
XXIX	El amor de Jesucristo en su predicación...	163
XXX	El amor de Jesucristo en la elección de los doce apóstoles	166
XXXI	El amor de Jesucristo en la Eucaristía	170